

Bianca™

La mujer de su vida

Diana Palmer

Él era todo lo que Tiffany Blair quería. Era el peligro. Era el amor… y ella había nacido para estar siempre a su lado. El problema estaba en que el poderoso Kingman Marshall insistía en que el matrimonio era para los tontos. Pero para bien o para mal Tiffany había decidido casarse con él. Era joven, bella… y totalmente inalcanzable. Él era demasiado mayor y estaba demasiado escarmentado por la vida como para esperar fantasías de finales felices.



Diana Palmer

La mujer de su vida

ePub r1.0

Capítulo 1

TIFFANY lo vio a lo lejos, cabalgando sobre el gran semental que ya había matado a un hombre. Odiaba al caballo, aunque debía admitir que tenía un aspecto regio con aquel alto y taciturno jinete sobre la grupa.

Tal vez fuera un caballo asesino, pero respetaba a Kingman Marshall. Como la mayoría de la gente de Jacobsville, Tejas. Su familia había vivido en el Guadalupe River desde la guerra civil, en un rancho llamado Lariat.

Era primavera, y eso significaba rodeo. No era nada extraño ver al dueño de Lariat cabalgando al atardecer, echando una mano para recuperar un becerro perdido o marcando alguna res. King se mantenía en forma con el trabajo del rancho, y a pesar del hecho de estar asociado al padre de Tiffany y de compartir un despacho con él, sus hombres no lo veían demasiado.

Aquel año estaban utilizando helicópteros para agrupar el ganado, y habían armado un corral en una ancha zona de terreno para revisar cada res, separar los novillos y marcarlos. Era un trabajo duro, no apto para débiles. King no habría permitido que Tiffany se acercara, pero no era un asiento de primera fila en el corral lo que ella quería. Si pudiera llamar su atención, distraerlo un momento de su tarea y que mirara en su dirección…

Tiffany se puso en pie sobre el tronco más bajo que conformaba la valla, y, evitando cuidadosamente el alambre de púas, movió su sombrero Stetson color crema en dirección a King. Era la viva imagen de la elegancia juvenil con sus pantalones de montar, la sexy camisa de seda rosa y las botas altas negras. Su padre, Harrison Blair, era socio y amigo de King, y si Tiffany quería ir tras éste, su padre la

animaba a hacerlo. Sería un matrimonio planeado en el cielo. Eso, si ella conseguía de alguna forma convencer a King, por supuesto. Era un hombre esquivo y ásperamente masculino. Hacía falta algo más que una jovencita de casi veintiún años con un padre rico para atraparlo. Pero Tiffany tema gran confianza en sí misma; era bella e inteligente.

Su larga melena negra caía hasta su cintura, y se negaba a cortársela. Le sentaba bien a su alta y esbelta figura y era un elegante marco para su suave rostro ovalado y sus grandes ojos verdes. Tenía una alegre sonrisa que nunca se desvanecía. Tiffany siempre estaba llena de fuego, ardiendo con un amor por la vida que su padre comparaba a menudo con el de su madre, muerta hacía tiempo.

—¡King! —llamó, con una voz clara que cruzó el límpido aire de la mañana.

King volvió la cabeza hacia ella. Incluso en la distancia, Tiffany pudo ver la fría expresión de sus pálidos ojos azules, los rasgos duros y nítidamente delineados de su rostro. Era un hombre rico. Trabajaba duro y jugaba duro. Tenía mujeres. Tiffany sabía que así era, pero también conocía su discreción. Era un hombre hecho y derecho y vivía como tal. No había nada de muchacho en aquel cuerpo alto y en plena forma. Hacía años que había madurado. Su padre, un hombre rico y alcohólico se encargó de quemar su juventud, exigiendo una obediencia ciega del único hijo de su frívola y huida mujer.

Tiffany observó cómo cabalgaba hacia ella. Se detuvo junto a la cerca, sonriéndole con ligera arrogancia. Era un hombre fuerte, de largas piernas, estrechas caderas y anchos hombros. No había un gramo de grasa de más en él. Gracias al cuello abierto de su camisa roja, la mirada de Tiffany tuvo acceso a la morena musculatura y al oscuro vello de su pecho. Los vaqueros realzaban los poderosos músculos de sus piernas, y tenía manos grandes y elegantes que ella anhelaba sentir en las suyas con pasión. Aunque no tenía demasiadas expectativas de que llegara a suceder. King la trataba la mayoría del tiempo como a una cría, o incluso como a una molestia menor.

—Has madrugado mucho, pequeña —dijo con su voz profunda, aterciopelada, con un ligero matiz tejano. Bajo el ala del sombrero, sus ojos eran gris azulados, y tan penetrantes como sólo podían serlo los ojos azules.

—Mañana cumplo veintiún años —dijo Tiffany con frescura—. Va a haber una gran fiesta para celebrarlo y tienes que venir. Corbata

negra, y no se te ocurra traer a nadie. Vas a ser para mí toda la tarde. Es mi cumpleaños, y en mi cumpleaños quiero regalos... y tú eres el mío. Mi gran regalo.

King alzó sus oscuras cejas con gesto indulgente.

—Deberías haberme dicho antes que iba a ser un regalo de cumpleaños —dijo—. Tengo que estar en Omaha el sábado.

—Tienes tu propio avión —le recordó Tiffany—. Puedes volar.

—A veces tengo que dormir —murmuró él.

—Yo no lo aseguraría —replicó Tiffany, batiendo sus largas pestañas sugerentemente—. ¿Vendrás? Si no lo haces, meteré una almohada debajo de mi vestido y te acusaré de ser el culpable. Tu reputación se irá al traste, te echarán del pueblo rociado de brea y plumas y...

King rió al ver el destello de la mirada de Tiffany, su radiante sonrisa.

—Eres una bruja —acusó—. Probablemente me darán una medalla por haber logrado atravesar tus defensas.

Tiffany se preguntó cómo se habría enterado de eso, y supuso que su orgulloso padre le habría hablado de su reputación por la indiferencia que mostraba ante los hombres.

King encendió un cigarrillo y dio una profunda calada.

—Las niñas y sus antojos —murmuró—. De acuerdo. Daré unas vueltas contigo por la pista y brindaré por tu cumpleaños, pero no me quedaré. No puedo permitírmelo.

—Vas a matarte trabajando —protestó Tiffany, y añadió en tono solemne—: Sólo tienes treinta y cuatro años y parece que tienes cuarenta.

—No pasamos buenos tiempos —murmuró él, sonriendo al ver la intensidad del radiante y joven rostro de Tiffany—. Hemos tenido sequía y bajada de precios. Debo hacer todo lo posible para mantener mi negocio a flote.

—Deberías tomarte un descanso de vez en cuando —aconsejó Tiffany—. Y no me refiero a una noche en el pueblo. Deberías alejarte de aquí para descansar de verdad una temporada.

—No puedo permitirme unas vacaciones —dijo King, sonriendo ante la exasperada mirada de la joven—. ¿Qué vas a ponerte para esa fiesta tuya? —preguntó para distraerla.

—Un vestido de ensueño. Seda blanca, escotado, con tirantes, y

una gardenia en el pelo.

—Eso suena peligroso —dijo King con suavidad.

—Lo será —prometió Tiffany, lanzándole una sugerente mirada—. Puede que incluso te des cuenta de que he crecido.

King frunció el ceño. Aquel coqueteo no era nuevo, pero últimamente resultaba más inquietante. Solía encontrarse evitando a la pequeña señorita Blair sin entender realmente por qué. Su cuerpo se puso alerta mientras la miraba, y se movió inquieto en la silla. Tiffany era demasiado joven para él, y además, virgen, al menos según su protector padre. Todos aquellos años de obsesiva protección paternal habían dado como resultado una jovencita muy inmadura e inasequible. No convenía dejar que se acercara. No es que resultara fácil acercarse a Kingman Marshall, ni siquiera para sus infrecuentes amantes. Tenía buenos motivos para mantener a las mujeres a distancia. Mientras crecía aprendió demasiado bien que las mujeres no eran de fiar.

—¿A qué hora? —preguntó en tono resignado.

—¿Hacia las siete?

King permaneció pensativo un momento.

—De acuerdo —dijo, bajando ligeramente el ala de su sombrero sobre sus ojos—. Pero sólo me quedaré una hora.

—¡Estupendo!

King no dijo adiós. Nunca lo hacía. Hizo girar a su caballo y se alejó con tal arrogancia que Tiffany deseó poder tirarle algo a la cabeza. Era delicioso, pensó, y su cuerpo ardía sólo con mirarlo.

Dando un largo y profundo suspiro, se volvió y montó su yegua. A veces se preguntaba por qué se molestaba en adorar a un hombre como aquél. Uno de aquellos días se casaría y ella se moriría. ¡Que Dios no permitiera que se casara con alguien que no fuera ella!

Ese fue el momento en que la realidad la golpeó por primera vez entre los ojos a Tiffany. ¿Por qué un hombre maduro como él, con toda su experiencia, iba a querer una inexperta y joven mujer como ella a su lado? Aquella pregunta le preocupó tanto que casi perdió el control de su montura. Hasta ese momento nunca se había planteado sus posibilidades reales con King. Nunca se había atrevido. Lo cierto era que su situación le asustaba. Nunca había pensado en su vida sin él. ¿Y si tenía que empezar a hacerlo?

Mientras cabalgaba de vuelta a su casa, se fijó en el color de la

hierba. Había muchos trozos muy secos, de tono marrón. Eso era muy malo para el ganado, y si no llovía pronto, la nueva yerba se quemaría rápidamente bajo el intenso sol de Tejas. Sabía mucho sobre el negocio del ganado. Después de todo, su padre se dedicaba a él, y ella era hija única que trabajaba duro para compartir sus intereses. Sabía que si no había suficiente heno al final del verano, King tendría que importar pienso para que sus reses pasaran el invierno. El coste de esa operación resultaba prohibitivo, y podía suponer un desastre económico para alguien con un negocio del tamaño del de King.

Pero si King se arruinaba, pensó Tiffany, ella se buscaría un trabajo para mantenerlo. Sólo pensarlo le hizo doblarse de risa sobre su montura. El orgullo de King nunca le permitiría aceptar aquella clase de ayuda.

Incluso el río Guadalupe iba con el cauce bajo. Aquel río, como casi toda aquella parte de Tejas, tenía mucha historia. Los arqueólogos habían encontrado restos de campamentos indios en sus orillas que se remontaban a más de siete mil años de antigüedad y, debido a ello, gran parte de la zona había sido declarada reserva natural.

King habría encajado muy bien en el agitado pasado de aquellas tierras, Excepto por su actitud hastiada hacia la vida y las mujeres, probablemente como resultado de tener demasiado dinero y tiempo en sus manos. A pesar del duro trabajo en sus tierras, pasaba mucho tiempo en el despacho, hablando por teléfono, y también viajando. Estaba tan centrado en ganar dinero que parecía haber olvidado cómo disfrutarlo.

Tiffany cabalgó lentamente hacia su casa, un poco deprimida por haber tenido que trabajar tan duro para conseguir que King aceptara ir a su fiesta. Y aún rondaba su cabeza la especulación de un futuro sin él.

Su padre salía justo cuando ella empezaba a subir las escaleras del porche. Vivían en una gran casa amarilla, de estuco, con un pequeño jardín, una piscina tras éste, y un garaje en el que permanecían guardados el Jaguar rojo de Tiffany y el Mercedes Benz de su padre. El lugar estaba rodeado de grandes robles. El río Guadalupe estaba cerca, pero no demasiado, y Tejas se extendía como un gran mantel verde amarillo hacia un abierto y espacioso horizonte.

—Aquí estás —dijo Harrison Blair. Era un hombre elegante, alto, de pelo cano y ojos verdes—. Llego tarde a una reunión. Los

proveedores han llamado para algo relacionado con los canutillos de queso. Dicen que no podrán hacerlos.

—Llamaré a Lettie. Ella los hará si se lo pido amablemente —dijo Tiffany, sonriendo al pensar en su madrina—. King va a venir a la fiesta. Lo he atrapado en el río.

Harrison miró cariñosamente a su hija por encima de sus gafas.

—Haces que parezca un zorro. Ten cuidado jovencita: si no lo cercas bien, podría escaparse.

—No a mí —Tiffany rió y su rostro de iluminó con juvenil seguridad—. Tú espera. Un día de estos llevaré colgado un nuevo diamante. No podrá resistirse. Lo que pasa es que todavía no lo sabe.

Harrison se limitó a mover la cabeza. Su hija era tan joven... Todavía no había aprendido que la vida daba con una mano, pero luego pedía cuentas con la otra. Aunque aún le quedaban muchos años para aprender aquellas duras lecciones. Que disfrutara mientras pudiera. Él sabía que King nunca se casaría con una jovencita como su preciosa hija, pero eso era algo que ella tendría que descubrir por su cuenta y aceptar uno de esos días.

—Estaré de vuelta a las cuatro —dijo, pellizcando cariñosamente su mejilla—. ¿Vamos a tener champán? Si es así, espero que se lo hayas encargado a los proveedores. No pienso utilizar mi reserva particular hasta el día de tu boda.

—Sí vamos a tener champán y sí se lo he encargado a los proveedores —dijo Tiffany—. Después de todo, no se cumplen veintiún años todos los días.

Harrison miró a su hija con orgullo.

—Eres como tu madre. Ella estaría tan orgullosa de ti como yo lo estoy.

Tiffany sonrió.

—Sí —hacía mucho tiempo que su madre había muerto, pero los recuerdos eran aún de una dulce amargura. La señora Blair fue una mujer vivaz y brillante, un zafiro rodeado de diamantes. Su marido nunca volvió a casarse, y no parecía sentir demasiada inclinación hacia la compañía de otras mujeres. Solía decirle a Tiffany que el verdadero amor era un regalo muy escaso del cielo. Él y su madre habían recibido esa bendición, y se sentía satisfecho con conservar sus recuerdos.

—¿Cuánta gente va a venir, por cierto? —preguntó mientras se

ponía el sombrero.

—Unas cuarenta personas —contestó Tiffany—. No demasiadas. Sólo algunos amigos míos y otros de King —sonrió—. Quiero asegurarme de que sean compatibles antes de llevármelo al altar.

Harrison rompió a reír. Además de haber heredado su buen olfato para los negocios, su hija era incorregible.

—¿Crees que tendrán mucho en común? Tiffany frunció sus bonitos labios.

—El dinero y el ganado siempre son una buena mezcla —recordó a su padre—. Además, los amigos de King son casi todos políticos. Se enorgullecen de tener cosas en común con los potenciales votantes. Harrison guiñó un ojo.

—Bien pensado.

Tiffany se despidió moviendo la mano y fue a llamar a Lettie para pedirle que hiciera los canutillos de queso y a los proveedores para que finalizaran los arreglos. Era una buena anfitriona, y le gustaban las fiestas. Era un reto encontrar gente compatible y reunirla en una atmósfera hospitalaria. Hasta ese día, lo había hecho muy bien. Ahora había llegado el momento de demostrarle a King lo organizada que era.

Las flores y la comida acababan de llegar cuando iba por el largo pasillo hacia su habitación para vestirse. Mordisqueó un ala de pollo mientras caminaba, esperando no morirse de hambre. Iba a haber cosas de picar y bebidas, pero no una mesa a la que sentarse para comer adecuadamente. Había decidido que prefería bailar a comer, y un competente grupo local iba a amenizar el baile. Ya estaban en el salón, montando el equipo y afinando, mientras Cass, el ama de llaves, vigilaba a algunos vaqueros del rancho encargados de ordenar las sillas y apartar los muebles. Odiaban ser utilizados para trabajos en el interior de la casa, y sus acusadoras miradas lo demostraban. Pero Tiffany sonrió y al instante se derritieron. La mayoría eran hombres que ya trabajaban para su padre cuando ella nació, y, como éste, siempre la habían mimado.

Subió corriendo las escaleras, sintiendo una gran excitación al pensar en la tarde que la esperaba. King no iba a la casa a menudo, sólo cuando su padre quería hablar de negocios fuera del despacho, o, de vez en cuando, para tomar una copa con algún conocido de éste. Contar con él para la fiesta era una estimulante novedad. Sobre todo si

terminaba como ella había planeado. Tenía la mira bien puesta sobre el gran ranchero. Ahora no debía errar el tiro.

Capítulo 2

EL VESTIDO de Tiffany había sido diseñado por un modisto de San Antonio que también tenía una boutique en un gran centro comercial de la ciudad. Tiffany se enamoró de él en cuanto lo vio. El hecho de haber tenido que gastarse toda su paga no la echó para atrás. Era sencillo, sofisticado, y el vestido ideal para hacer que King se diera cuenta de que ya no era una niña. El bajo corpiño dejaba la curva de sus generosos senos seductoramente expuesta, y las estrechas tiras de diamante apenas lo sujetaban. Daba la sensación de que podrían salirse en cualquier momento, y ése era el encanto del vestido. La falda de seda blanca caía con suavidad sobre unos bonitos zapatos de raso. Llevaba su larga melena en un elaborado peinado sujeto con horquillas de diamante. La pequeña gardenia de seda que había añadido a éste era pura dinamita. Le hacía parecer inocentemente seductora. Justo lo que quería.

Se sintió un poco nerviosa mientras bajaba las elegantes escaleras. Los invitados ya estaban llegando, y la mayoría eran de una edad cercana a la de King. Eran hombres de negocios con éxito, la mayoría políticos, con esposas y novias del brazo, exquisitamente vestidas. Por un instante, Tiffany se sintió demasiado joven e incómoda. Pero enseguida sonrió y se lanzó a su trabajo de perfecta anfitriona.

Simuló a la perfección. Nadie notó que sus esbeltas piernas temblaban. De hecho, un amigo de uno de los políticos más jóvenes, un pelirrojo llamado Wyatt Corbin, tomó la sonrisa como una invitación y se pegó a ella como un sello. Era alto y atractivo, pero no muy sofisticado. Y, aunque lo hubiera sido, Tiffany tenía su corazón puesto en King, y fue de grupo en grupo, tratando de librarse de su admirador.

Desafortunadamente, éste era testarudo. La llevó a la pista a bailar un vals justo cuando King entraba. Tiffany sintió ganas de gritar. King estaba increíblemente elegante con su esmoquin, que enfatizaba su atractivo. Tras dedicar a Tiffany una divertida mirada, se volvió a saludar a dos atractivas mujeres maduras. Su secretaria, Carla Stark, no había sido invitada; Tiffany se había encargado específicamente de ello. Ya había suficientes cotilleos sobre los dos, y Carla no era una competencia justa.

Gracias al pelirrojo patoso que estaba bailando con ella, Tiffany perdió su oportunidad. Le sonrió con dulzura y de pronto, con total precisión, le golpeó en el tobillo con el pie.

—¡Ay! —se quejó el joven secretario.

—Lo siento, Wyatt —murmuró Tiffany, batiendo las pestañas inocentemente—. ¿Te he pisado?

—Ha sido por mi culpa. He dado un paso equivocado —dijo él, forzando una sonrisa—. Tú bailas muy bien.

Tiffany pensó que era un mentiroso encantador. Volvió la vista hacia King, pero éste se hallaba muy entretenido hablando y sonriendo a una preciosa rubia que lo miraba como si acabara de descubrir el mejor regalo de todos bajo el árbol de Navidad. «No gracias a mí», pensó Tiffany con pesar.

Pero ella también sabía jugar al juego de ignorar y volvió de nuevo sus ojos verdes hacia Wyatt. «Feliz cumpleaños para mí», pensó en silencio. Luego preguntó a Wyatt por su trabajo y charlaron mientras bailaban.

King se había sentado en un sofá con la rubia, que en ese momento le decía algo al oído. Tiffany quiso echar atrás la cabeza y gritar. A fin de cuentas, ¿de quién era la fiesta, y con que político estaba la rubia aquella? Miró a su alrededor en busca de algún hombre mayor sin pareja.

—Supongo que debería bailar con Becky, al menos una pieza —dijo Wyatt al cabo de un rato—. Es mi prima. No tenía nadie más a quien traer. ¿Me disculpas un segundo?

Dejó a Tiffany y fue directamente hacia la rubia que tenía dominado a King. Pero si esperaba que ella sacrificara su trofeo, estaba muy equivocado. Hablaron en susurros, mientras King miraba por encima del hombro a Tiffany, con una sonrisa levemente burlona en los labios. Ella le dio la espalda y fue a por una copa de champán.

Wyatt volvió al cabo de un minuto.

—No le importa que no baile con ella —dijo, sonriendo—. Ha encontrado a un ganadero al que echar el lazo. El hombre con el que está es Kingman Marshall, ya sabes.

—¿En serio? —preguntó Tiffany inocentemente, tratando de no mostrar lo furiosa que estaba. Entre Wyatt y su prima le habían arruinado la fiesta de cumpleaños.

—Me pregunto por qué estará aquí —dijo Wyatt, frunciendo el ceño.

Tiffany lo tomó de la mano.

—Vamos a bailar —dijo, arrastrándolo hacia la pista. Monopolizó a Wyatt durante el resto de la tarde, ignorando a King como si nunca lo hubiera visto y como si no le importara volver a verlo. Que flirteara con otras mujeres. Que le rompiera el corazón. El nunca lo sabría. Mantendría la barbilla alzada aunque tuviera que morir en el intento. Sonrió a Wyatt y coqueteó descaradamente. Cuando llegó el momento de cortar el pastel, le pidió que la ayudara a servirlo. King ni siquiera pareció fijarse en que lo estaba ignorando. Pero el padre de Tiffany estaba completamente desconcertado y la miraba sin comprender nada.

—Esta fiesta es un aburrimiento —dijo Tiffany una hora después, cuando sintió que ya no podía soportar más ver a la rubia colgada de King en la pista de baile—. Vamos a dar un paseo en coche.

Wyatt pareció sentirse incómodo.

—Bueno... he venido en un jeep...

—Usaremos mi Jaguar.

—¿Tienes un Jaguar?

Tiffany no necesitó decir más. Sin molestarse en mirar hacia King, saludó a su padre con la mano, le mandó un beso y tiró de Wyatt hacia la puerta. Aunque éste no parecía necesitar que lo animaran. Se quedó anonadado cuando Tiffany le dio las llaves y ocupó el asiento de pasajeros del elegante coche.

—¿Quieres decir que puedo conducirlo yo?

—Por supuesto. Adelante. Está asegurado. Pero me gusta ir de prisa, Wyatt —dijo Tiffany. Y esa noche era cierto. Estaba harta de la fiesta, harta de King, harta de su vida. Sentía un dolor que nunca había creído poder sentir. Sólo quena salir de allí, escapar.

Wyatt puso en marcha el coche y apretó el acelerador. Tiffany bajó

la ventanilla para que la brisa agitara su pelo. Se quitó las horquillas de diamantes y las guardó en el bolso, dejando que su larga melena volara al viento. El champaña que había bebido empezaba a surtir su efecto y le estaba haciendo sentirse muy bien. La velocidad del elegante coche deportivo estimulaba aún más su falsa euforia. No le importaba la indiferencia de King. ¡No le importaba en lo más mínimo!

—¡Vaya coche! —dijo Wyatt con admiración mientras salían a la carretera principal.

Tiffany rió y se apoyó contra el respaldo del asiento con los ojos cerrado. No iba a pensar en King.

—¡Ve más de prisa, Wyatt! ¡Parece que nos estamos arrastrando! Me encanta la velocidad. ¿A ti no?

Por supuesto que a Wyatt le gustaba la velocidad. Y no necesitó que lo animaran dos veces. Apretó el acelerador a fondo y los doce cilindros entraron en acción, haciendo que el coche saliera como una flecha.

Tiffany rió, disfrutando de la velocidad, de la furia del movimiento. ¡Sí, aquello alejaría el despecho, el dolor, aquello...!

El sonido de una sirena tras ellos le hizo recuperar el sentido. Volvió la cabeza y vio las luces azules de un coche de policía.

—¡Por Dios santo! ¿De dónde ha salido? —preguntó, asombrada—. No lo había visto. Deben lanzarlos en paracaídas —murmuró, riendo a continuación su propia ocurrencia.

Wyatt redujo la marcha y detuvo el coche en un lateral, con el rostro a tono con su pelo. Miró a Tiffany.

—Cuánto lo siento. ¡Y, encima, el día de tu cumpleaños!

—No te preocupes. He sido yo la que te ha dicho que corrieras.

El policía se detuvo junto al coche mientras Wyatt bajaba la ventanilla.

—¿Wyatt? —exclamó el agente al reconocerlo.

—Así es, Bill —Wyatt suspiró mientras sacaba su carné de conducir —. Tiffany Blair, éste es Bill Harris. Es uno de nuestros nuevos policías locales, además de mi primo.

—Me alegro de conocerlo, oficial, aunque me habría gustado que hubiera sido en otras circunstancias —dijo Tiffany, sonriendo débilmente—. Debería ponerme la multa a mí, no a Wyatt. Es mi coche y yo le he pedido que corriera.

—Ibas a ochenta y cinco millas por hora —dijo el agente con amabilidad a Wyatt—. Odio tener que hacer esto. El señor Clark se va a enfadar mucho contigo. Acaba de estar despotricando sobre los conductores que corren.

—El alcalde me odia de todas formas —gruño Wyatt.

—Yo no le diré que te he puesto una multa si tú no lo haces —dijo Bill, sonriendo.

Apuesto lo que quieras a que lo averiguará de todos modos. Espera y verás.

—Ha sido culpa mía —murmuró Tiffany—. Y es mi cumpleaños...

Un coche deportivo negro se detuvo en aquel momento tras el del policía. Un instante después, King salió de él y se acercó al Jaguar.

—¿Qué sucede, Bill? —preguntó al agente.

—Han excedido el límite de velocidad, señor Marshall —dijo el oficial—. Me veo obligado a ponerle una multa. Prácticamente iban volando.

—Imagino por qué —murmuró King, mirando a una pálida Tiffany.

—Nadie me ha obligado a correr—dijo Wyatt caballerosamente—. Ha sido culpa mía, podría haberme negado.

—La primera lección de responsabilidad —asintió King—. Aprender a decir no. Vamos, Tiffany. Ya has causado suficientes problemas por una noche. Te llevo a casa.

—No pienso dar un sólo paso contigo, King... —empezó a decir ella, furiosa.

King rodeó el coche, abrió la puerta y sacó a Tiffany sujetándola por los brazos. El contacto de sus manos provocó en ella un escalofrío de excitación.

—No tengo tiempo para discutir. Ya te las has arreglado para meter a Wyatt en suficientes problemas —King se volvió hacia el joven—. Será mejor que tú devuelvas el Jaguar. Tu prima te está esperando para irse. Siento que se te haya estropeado la tarde.

—No se me ha estropeado en lo más mínimo, señor Marshall —dijo Wyatt, sonriendo a Tiffany—. Excepto por la multa, he disfrutado de cada minuto.

—Yo también, Wyatt —dijo Tiffany—. Yo... ¿te importaría dejar de arrastrarme, King?

—No. Buenas noches Wyatt. Bill.

Un coro de buenas noches rompió el silencio mientras King llevaba

a una reacia Tiffany a su coche. Tras abrirle la puerta para que entrara, ocupó su asiento tras el volante y puso el motor en marcha.

—Te odio, King —murmuró Tiffany mientras salían a la carretera.

—Ése no es motivo para que incites a Wyatt a convertirse en un criminal.

La mirada de Tiffany desprendió fuego cuando lo miró.

—¡No lo he convertido en un criminal! Sólo le he dejado conducir el Jaguar.

—Y le has dicho a qué velocidad ir.

—¡Él no ha protestado!

King miró a Tiffany de reojo. A pesar de la rigidez de su cuerpo y de la furia que reflejaba su encantador rostro, lo excitaba. Una de las tiras de su vestido se había deslizado de su hombro, revelando más que un poco de uno de sus pechos. La tela de seda perfilaba cada curva de su cuerpo, y King pudo oler el perfume floral que la rodeaba como una seductora nube. No comprendía exactamente por qué, pero le irritaba mucho que lo excitara de aquella manera.

Encendió un cigarrillo que no quena fumar y lo apagó de inmediato, recordando que había dejado de fumar hacía una semana. Y estaba conduciendo más rápido que normalmente.

—No sé por qué diablos me invitaste a la fiesta si pensabas pasarte toda la tarde con ese joven secretario —dijo en tono cortante.

—Asistente secretario —aclaró Tiffany, mirando a King. Parecía irritado. Su expresión era más dura de lo normal y estaba conduciendo tan rápido como Wyatt.

—Lo que sea.

—No sabía que te hubieras fijado en lo que estaba haciendo —dijo Tiffany con dulzura—. Parecías muy ocupado con la primita de Wyatt. Se ha pasado la tarde pegada a ti.

King arqueó las cejas.

—¿Pegada a mí?

—¿No ha sido así? —preguntó Tiffany, volviendo el rostro—. Pues lo siento, pero eso me ha parecido. King detuvo el coche a un lado de la carretera y se volvió hacia ella, sin apagar el motor. Sus ojos escrutaron los de Tiffany. Ella pudo verlos reflejados en el panel de mandos.

—¿Estabas celosa, cariño? —se burló él, en un tono grave y suave que ella nunca le había oído usar. Un agradable cosquilleo recorrió

todo su cuerpo.

—Se suponía que eras mi invitado —murmuró.

—Eso era también lo que yo pensaba, hasta que empezaste a coquetear con ese Wyatt.

Un dedo de King jugueteó con la tira del vestido de Tiffany. Ella fue a subirlo, pero él se lo impidió con la mano. Lo miró a los ojos con gesto interrogante, y pudo sentir el latido de su propio corazón en el intenso silencio que reinó por unos instantes en el coche.

King deslizó el dedo en torno al brazo, acariciando una piel que no conocía aún el tacto de ningún hombre. Al sentir que trazaba el comienzo de su seno, Tiffany se puso un poco tensa.

—Van a... a echarnos en falta dijo, con una voz que sonó demasiado aguda y asustada.

—¿Tú crees?

King sonrió lentamente, porque sabía que estaba excitando a Tiffany y eso le gustó. Podía ver sus senos subiendo y bajando al ritmo de su acelerada respiración, y sus pezones contorneándose contra la seda.

Alargó una mano y, con buscada lentitud, apagó el motor antes de volver a prestarle su atención.

—King —susurró ella con voz temblorosa.

—No te asustes. Va a ser delicioso.

Paralizada, Tiffany vio cómo se movía su mano. King bajó la tira del vestido, haciendo que éste se deslizara hasta la dura punta de un pezón. Después, con un leve tirón más, cayó completamente, desnudando el bonito pecho rosado a unos ojos que habían conocido muchas mujeres. Pero aquello era diferente. Aquella era Tiffany, una joven virginal y completamente carente de experiencia.

Pensar aquello hizo que el cuerpo de King se excitara. Deslizó un dedo por la clavícula de Tiffany, sin apartar la mirada de su conmocionado rostro. Sus ojos eran enormes. Probablemente, todo aquello era nuevo para ella, y tal vez estuviera un poco asustada.

—Ya has cumplido veintiún años. Alguien tiene que ser el primero —dijo King.

—Entonces... quiero que seas tú —susurró Tiffany. El pulso de King se aceleró al instante.

—¿De verdad? No sé si sabes bien en qué te estás metiendo —se inclinó hacia ella, notando su repentina tensión. Se detuvo un

instante, lo suficiente para decir—: No te haré daño.

Temblorosa, Tiffany se echó contra le respaldo del asiento mientras él avanzaba. Pero no era miedo lo que sentía. Mientras lo miraba a los ojos, arqueó lentamente la espalda para dejar que el resto del corpiño cayera, y vio el deseo que brilló al instante en la mirada de King.

—Tus pechos son exquisitos —susurró él, deslizando una mano sobre uno de ellos, haciendo que Tiffany se estremeciera—. Perfectos.

—Me duelen —casi sollozó ella, con los ojos entrecerrados.

—Yo puedo hacer algo al respecto —dijo King con una breve sonrisa. Buscó con su dedo índice la cima de uno de los pechos de Tiffany, lo deslizó con gran suavidad en torno a ella y observó cómo se endurecía. Al oír el leve jadeó que surgió de entre sus labios, la miró al rostro—. Sí —dijo, como si su expresión se lo hubiera dicho todo. Y así era. Tiffany lo deseaba. Le habría dejado hacer lo que hubiera querido con ella, y comprobarlo hizo que una oleada de calor recorriera su cuerpo.

Tiffany se movió contra el asiento y echó la cabeza atrás, entreabriendo los labios, rogando con su cuerpo más de aquella dulzura.

King deslizó un brazo tras su cuello, atrayéndola hacia sí. La observó mientras con una mano abarcaba uno de sus pechos, tomando su suave peso y acariciándole el pezón con el pulgar.

Tiffany gimió suavemente ante el inesperado placer, y se mordió el labio inferior.

—No hagas eso —susurró él, inclinándose—. Déjame...

Sus duros labios tocaron los de ella, y los mordió con suavidad, los deslizó cálidamente de un lado a otro.

—Abre la boca —dijo, y Tiffany lo hizo así.

Gimió ásperamente debido a la intensa excitación que King estaba despertando en ella. Nunca había soñado que un beso pudiera ser tan íntimo, tan dulcemente excitante. La lengua de King cruzó sus labios, entró en la tierna oscuridad de su boca y la acarició.

—King —gimió ella unos momentos después, entrelazando las manos tras su nuca—. King... —susurró, temblorosa.

Él no había esperado aquel brote de ardor, que le hizo ser más áspero de lo que pretendía. Presionó con fuerza su boca contra la de Tiffany, haciéndole echar la cabeza atrás, mientras que con una mano acariciaba las duras puntas de sus pezones, que le decían lo excitada

que estaba.

Siguiendo un impulso incontenible, bajó la cabeza y tomó un pezón entre sus labios, absorbiéndolo, besándolo, jugueteando con él con su lengua.

—Sí… sí… —gimió Tiffanny, acariciando el negro pelo de King, sujetándolo allí contra ella mientras sus ojos se llenaban de lágrimas a causa de una mezcla de frustración y dulce angustia.

Sin apartarse de ella, King deslizó las manos por sus costados y le bajó aún más el vestido, hasta el comienzo de sus braguitas de encaje.

Entonces Tiffany empezó a desabrocharle la chaqueta y a tirar ansiosamente de su camisa, anhelando tocarlo y experimentar lo que él estaba experimentando. Tiró hasta que él le apartó la mano y retiró su camisa a un lado para ella. Tiffany apoyó la mano contra el espeso pelo de su pecho, y lo acarició con doloroso placer.

King la hizo girar un poco y presionó sus caderas contra las de ella, dejándole ver lo desesperadamente que la necesitaba.

Ella volvió a gemir al sentir su pasión. Enterró el rostro en su garganta, temblorosa.

—¿Estás asustada, Tiffany? —susurró King a su oído—. ¿No sabías que el cuerpo de un hombre se endurece con el deseo?

—Sí… pero no estoy asustada —replicó ella, estremeciéndose—. Yo también te deseo. Quiero… estar contigo. Quiero saber qué se siente teniéndote…

King escuchó aquellas palabras con una mezcla de júbilo y sorpresa. Su mente volvió a funcionar. Deseo. Sexo. Abrió los ojos. ¡Tiffany sólo tenía veintiún años, por Dios santo! Y era virgen. Era la hija de su socio. ¿Qué diablos estaba haciendo?

Se apartó de ella y, tras hacerle apartar las manos de su nuca, se volvió para abrir la puerta del coche. Sabía que debía salir de allí antes de que la tentación se volviera demasiado fuerte como para resistirla. Se detuvo junto al parachoques delantero, con la camisa abierta y el pecho palpitante. Se inclinó un poco para dejar que la brisa acariciara su acalorada piel. ¡Debía haberse vuelto loco!

Tiffany, que apenas estaba recuperando el sentido de la realidad, lo miró con ojos que no comprendían exactamente lo que estaba pasando. Y entonces lo supo. Las cosas habían estado a punto de ir demasiado lejos. King había empezado a hacerle el amor, y, al recordar quiénes eran, se había interrumpido. Debía sentirse muy

frustrado.

Quiso salir del coche y acercarse a él, pero, probablemente, eso sólo habría servido para empeorar las cosas. Bajó la mirada y se dio cuenta de que estaba desnuda hasta las caderas. Y él la había visto así, la había tocado...

Se subió precipitadamente el vestido, sintiéndose repentinamente avergonzada. Hacía un momento le había parecido algo totalmente natural, pero ahora no. Deslizó los tirantes sobre sus hombros, sin atreverse a mirar sus duros e inflamados pezones. King los había besado...

Se estremeció al recordar. Pensó que ahora la odiaría. La odiaría por haberle dejado ir tan lejos, por haberse burlado de él. Había nombres para las chicas que hacían esas cosas, y ella no había hecho nada por frenarlo. Había sido King quien lo había hecho, porque ella no habría podido.

Se ruborizó intensamente. Trató de recolocarse el peinado con manos temblorosas. ¿Cómo iba a enfrentarse ahora a sus invitados? Todo el mundo se daría cuenta de lo que había pasado. ¿Y si Wyatt pasaba por allí con el Jaguar...?

Miró a sus espaldas, pero no había ningún coche a la vista. Entonces se dio cuenta de que estaban en la propiedad de King, no en la suya. ¿Habría planeado aquello?

Tras unos momentos más, vio que King se erguía y pasaba una mano por pelo. Se abrochó la camisa y la metió en la cintura de sus pantalones. Luego abrochó su chaqueta y estiró su corbata.

Cuando, finalmente, volvió al coche, estaba pálido y distante. Tiffany lo miró mientras cerraba la puerta, preguntándose qué podría decir.

—Te llevo a casa—dijo él, tenso—. Ponte el cinturón —añadió, pues Tiffany no parecía tener suficiente presencia de ánimo como para pensar por sí misma.

King puso el coche en marcha sin mirarla. Unos minutos después llegaban a la casa de Tiffany. Estaba totalmente iluminada y la mayoría de los coches ya se habían ido. El jaguar estaba cerca de la puerta principal. De manera que Wyatt había vuelto, pensó Tiffany. Pero era posible que ya se hubiera ido. Esperaba que así fuera... y que se hubiera llevado a su prima consigo. No quería volver a verlos.

King detuvo el coche frente a la puerta, pero no paró el motor.

Tiffany tomó la manija de la puerta y luego se volvió a mirarlo, nerviosa.

—¿Estás enfadado? —preguntó con suavidad. King siguió mirando de frente.

—No lo sé.

Ella se mordió el labio.

—Yo no lo siento —dijo, con repentina valentía. King se volvió hacia ella y la miró con gesto levemente divertido.

—No. Yo tampoco lo siento.

A pesar de la vergüenza que sentía, Tiffany logró sonreír.

—Has dicho que en algún momento tenía que suceder.

—Y tú que querías que sucediera conmigo.

—Y lo he dicho en serio —Tiffany miró a King a los ojos, pero no encontró ningún secreto en ellos—. No me siento avergonzada por lo sucedido.

King la miró un momento antes de hablar.

—Eres exquisita, pequeña Tiffany —dijo—. Pero demasiado joven para tener una aventura, y, a pesar de lo de esta noche, te aseguro que no tengo por costumbre dedicarme a seducir vírgenes.

—¿Es una aventura todo lo que tienes que ofrecer? —preguntó ella, mostrando una repentina madurez. King frunció los labios pensativamente.

—Sí, creo que sí. Tengo treinta y cuatro años. Me gusta mi libertad. No quiero el compromiso que supone tener una esposa. Al menos, de momento. Y tú no eres lo suficientemente mayor para asumir esa responsabilidad. Necesitas unos años más para madurar.

Tiffany se consideraba suficientemente madura, pero no pensaba discutir aquel punto con él. Sus verdes ojos destellaron.

—Pero no para la cama.

King respiró profundamente.

—En una relación hay más cosas que el sexo, sobre el que, además, sabes muy poco.

—Puedo aprender —murmuró Tiffany.

—Y muy de prisa, juzgando por lo de esta noche —asintió King, con una maliciosa sonrisa—. Pero el placer físico se agota pronto.

—¿Entre tú y yo? —preguntó ella, mirándolo con adoración—. No creo que se agotara nunca. Puedo imaginarme seduciéndote en toda clase de circunstancias y lugares.

El corazón de King dio un brinco. No debería preguntar. No debería…

—¿Por ejemplo? —preguntó, a pesar de sí mismo. —Por ejemplo, en el asiento delantero de un elegante coche deportivo europeo aparcado frente a mi casa… —murmuró Tiffany.

King sintió la sangre palpitando en su sien. Tiffany lo excitaba sólo con mirarlo.

—Será mejor que entres en casa —dijo, tenso.

—Sí, supongo que tienes razón —replicó ella en tono irónico—. No estaría bien correr el riesgo de que alguien nos viera.

La cosa empeoraba por momentos. King empezaba a sentirse incómodo sentado.

—Tiffany…

Ella abrió la puerta y se volvió a mirar su duro rostro.

—Huye mientras puedas —dijo con suavidad—. Siempre estaré a dos pasos de ti.

—Soy un viejo zorro, cariño —replicó King—. No es fácil atraparme.

—Ya veremos —dijo Tiffany, sonriendo—. Buenas noches, querido.

King contuvo el aliento mientras ella cerraba la puerta y le mandaba un beso. Tenía que irse de allí para pensar. Lo último que quería era encontrarse de novio en una boda celebrada a punta de pistola. Tiffany era demasiado tentadora, y la mejor manera de manejar aquella situación era alejándose de ella unas semanas, hasta que ambos se calmaran. Un hombre debía mantener la cabeza clara, en los negocios y en las relaciones personales.

Apretó suavemente el acelerador y se alejó de la casa. Sí, eso era lo que debía hacer. Se buscaría un agradable viaje de negocios. Tiffany lo superaría. Y él también. Había tenido mujeres. Ya había conocido aquella clase de hambre antes. Pero no podía satisfacerla con una virgen.

Pensó en ella, en cómo había dejado que la contemplara, y empezó a sentirse incómodo de nuevo. Su rostro se endureció mientras pisaba el acelerador más a fondo. Tal vez, un buen viaje serviría para borrar la imagen. ¡Algo debía servir!

Tiffany entró en la casa, sin aliento, y preocupada pensando que lo que había sucedido pudiera notarse. Pero nadie pareció reparar en ello. Wyatt se acercó y le preguntó dónde había estado con King y ella

le dio una ambigua respuesta.

Durante el resto de la tarde fue la auténtica reina de la fiesta. Pero en su interior, estaba preocupada por el futuro. King no iba a ceder sin luchar. Esperaba tener lo que hacía falta para atrapar aquel tejano. Lo deseaba más que a nada en el mundo. Y ella no era una chica acostumbrada a llevarse decepciones.

Capítulo 3

KING se ha ido del país —dijo Harrison Blair tres días después de la fiesta de Tiffany. Al ver que su hija no decía nada, añadió—: No pareces sorprendida en lo más mínimo.

—Está huyendo asustado —dijo ella con seguridad, sonriendo a su padre mientras tejía—. No lo culpo. Si yo fuera un hombre perseguido por una mujer persistente, estoy seguro de que también huiría.

Harrison movió la cabeza.

—Me temo que no está huyendo de ti —murmuró—. Se ha llevado a su secretaria con él.

El corazón de Tiffany latió más rápido, pero no perdió una puntada.

—¿En serio? Espero que Carla disfrute del viaje. ¿A dónde han ido?

—A Nassau. King tiene una reunión con el ministro de alimentación y consumo para hablar de la posibilidad de exportar allí su ganado. Pero estoy seguro de que Carla se llevó su traje de baño.

Tiffany hizo tres puntos más. Carla Stark era una pelirroja muy bonita y deseable, y, desde luego, no era virgen. Quiso echar la cabeza atrás y gritar, pero habría sido un gesto demasiado juvenil. Se trataba de un obstáculo temporal, eso era todo.

—¿No tienes nada que decir? —preguntó su padre.

Tiffany se encogió de hombros. Harrison dudó.

—No quiero ser cruel —empezó—. Sé que tienes puesto tu corazón en King. Pero el tiene treinta y cuatro años, corazón. Tú sólo tienes veintiuno. Madurar lleva tiempo. Y yo te he protegido demasiado. Tal vez me equivoqué siendo tan estricto en el tema de los hombres.

—No habría cambiado nada, papá. Fue King desde que tengo catorce años. No podría haberme interesado nunca por los chicos de

mi edad.

—Ya veo.

Tiffany dejó a un lado las agujas de tejer, se levantó y besó a su padre en la frente.

—No te preocupes por mí. Puede que no lo creas, pero soy dura.

—No quiero que malgastes tu corazón con King. Ella sonrió.

—¡No lo haré!

—No es un hombre de los que se casan, Tiff —dijo Harrison—. Si te seduce, enseguida serás historia.

—Ya lo sé —dijo Tiffany—. No se hace ilusiones respecto a mí, y me ha dicho que no piensa tener una aventura conmigo.

El padre de Tiffany se quedó sorprendido.

—¿En serio?

Ella asintió.

—Por supuesto. También me dijo que no quería una esposa. Pero todas las relaciones tienen estos pequeños contratiempos. Y, en principio, ningún hombre quiere casarse, ¿no?

El rostro de Harrison se oscureció.

—¡Tú tampoco puedes seducirlo!

—Podría si quisiera —replicó Tiffany—. Pero no lo haré, así que deja de mirarme como un ogro. Quiero un hogar e hijos, no unos cuantos meses de felicidad seguidos de un brazalete de diamantes y un ramo de rosas.

—¿Me he perdido algo?

—Lettie dice que así es como King despide a sus mujeres —explicó Tiffany—. Con un brazalete de diamantes y un ramo de rosas. Aunque ninguna le ha durado más de dos meses —añadió, sonriendo traviesamente—. Es amable por parte de ellas dejarle practicar hasta que esté listo para mí, ¿no te parece?

Harrison abrió los ojos de par en par.

—¿Qué ha pasado con el tradicional doble juego?

—Ya te lo he dicho; no quiero a nadie más. No podía esperar que King llevara una vida de total abstinencia mientras no sabía que iba a casarse conmigo. Se ha pasado todo este tiempo buscando la mujer perfecta y aquí estaba yo, justo debajo de sus narices. Ahora que es consciente de ello, estoy seguro de que no habrá nadie más. Ni siquiera Carla.

Harrison se aclaró la garganta.

—Tiffany...

Ella sonrió.

—Espero que quieras muchos nietos. ¡Creo que los niños son lo mejor del mundo!

—Tiffany...

—Me apetece una taza de té. ¿Y a ti?

Harrison contempló a su hija mientras ésta corría hacia la cocina. Con los vaqueros, la camiseta azul y el pelo sujeto en una larga cola de caballo, no parecía lo suficientemente mayor para salir con hombres, y menos aún para casarse.

Estaba en las nubes, pensando en una casa y en niños y sin tener en cuenta la realidad de una vida con un hombre como King. Éste no querría hijos de repente, aunque ella creyera que sí. Tiffany era demasiado joven para asumir una responsabilidad como ésa. Además, King no sería feliz con una jovencita impulsiva que no era lo suficientemente madura para hacerse cargo de sus comidas de negocios y para soportar la soledad de una casa de la que él faltaría muy a menudo. Tiffany esperaría constante amor y atención, y King no podía darle eso. Suspiró, temiendo que a su hija se le rompiera el corazón. No parecía haber forma de evitarlo.

Tiffany no estaba pensando precisamente en comidas de negocios o en tener a King en casa sólo las noches de luna llena. Soñaba con niños y niñas jugando en torno a sus faldas en las largas tardes de verano, y en King sosteniéndole la mano mientras veían la televisión por la noche. Y, además, estaba planeando cómo conseguir atraparlo. Lo primero era lo primero, y ahora que había llamado su atención, tenía que conseguir que siguiera centrado en ella.

Llamó al despacho de King para averiguar cuándo regresaba y dejó el recado de que tenía una reunión con su padre el siguiente lunes antes de comer para hablar de una venta.

Pasó el fin de semana planeando cada movimiento de su campaña. De una manera u otra, pensaba pescar aquel sexy hombre.

Encontró una excusa para ir a Jacobsville el lunes por la mañana y se compró un vestido de seda color jade que se ceñía a sus curvas como una segunda piel. Se hizo un complicado peinado que sujetó con una peineta de jade. Con los zapatos de tacón negros y el bolso a juego, dando una imagen de seductora elegancia, entró en el despacho de su padre justo cuando éste y King estaban a punto de salir para comer.

—Tiffany —dijo Harrison, mirándola con los ojos abiertos de par en par. Nunca había visto a su hija tan elegante.

King tampoco podía apartar la mirada de ella. Sus ojos parecieron destellar bajo sus oscuras cejas.

—No me queda un centavo para cenar —dijo Tiffany a su padre con cara de pena—. He gastado todo lo que tenía en el vestido. ¿Te gusta? —giró en redondo, mostrando su exquisito tipo. King apretó la mandíbula y ella tuvo que reprimir una perversa risita.

—Es muy bonito, cariño —dijo Harrison—. ¿Pero por qué no utilizas tu tarjeta de crédito para pagar la comida?

—Porque quiero comprar algunas cosas para un picnic improvisado —replicó Tiffany, bajando la mirada con disimulada coquetería.

—Podrías comer con nosotros.

—Te lo agradezco, papá, pero no tengo tiempo. He quedado con alguien. Espero que le guste el vestido —Tiffany estaba mintiendo, pero esperaba que no se dieran cuenta—. ¿Puedes darme un billete de diez dólares? Harrison sacó su cartera.

—Toma dos —dijo, mirando a su hija a lo ojos mientras se los daba —. Espero que no sea Wyatt —murmuró—. Se deja llevar fácilmente.

—No. No es Wyatt. Gracias, papá. Hasta pronto, King.

—¿Quién es?

La profunda y semi enfadada voz de King hizo que Tiffany se detuviera justo cuando estaba a punto de salir. Se volvió con las cejas alzadas, como si la pregunta la hubiera sorprendido.

—Nadie que conozcas —contestó con sinceridad—. Volveré por la noche, papá.

—¿Cómo puedes ir a un picnic con ese vestido? —preguntó King, tenso.

Tiffany deslizó una mano por su cadera.

—No es esa clase de picnic —contestó—. Vamos a sentarnos a comer en la alfombra de su cuarto de estar. Tiene la chimenea encendida. ¡Va a ser tan romántico!

—Estamos en mayo. Hace demasiado calor para encender el fuego.

Tiffany se encogió de hombros.

—No nos sentaremos demasiado cerca —replicó.

A continuación, salió del despacho y fue hasta el ascensor, sin apenas poder contener su júbilo. Había conseguido alterar a King. Que

se cociera en aquella mentira el resto del día, se dijo, y esperaba que se sintiera tan incómodo como ella se había sentido sabiendo que había viajado a Nassau con su secretaria.

Por supuesto que no había picnic, porque Tiffany no se iba a encontrar con nadie. Pasó por una tienda de pescado y patatas, compró una ración pequeña y la llevó a su casa. Una hora después estaba tumbada frente a su propia chimenea, que permanecía apagada, hojeando una revista de modas. Tumbada sobre el estómago en la espesa alfombra beige, con vaqueros y una camiseta corta, descalza y con el pelo suelto, era la viva imagen de la juventud.

La repentina aparición de King en el umbral de la puerta la tomó por sorpresa. No esperaba que la descubriera, al menos, no tan rápido.

—¿Dónde está él? —preguntó King, con las manos en los bolsillos. Miró a su alrededor—. ¿Escondido en algún armario? ¿Agachado tras el sofá?

Tiffany se había quedado paralizada en el sitio, con un trozo de pescado en la mano.

—No te estaba engañando —dijo, finalmente—. Bueno, tal vez un poco —reconoció—. Tú te llevaste a Carla a Nassau, ¿no? Espero que lo pasaras bien.

—Sí, claro.

King cerró la puerta bruscamente y se acercó a ella. La luz del techo caía directamente sobre su pelo negro, haciéndolo brillar con oscuros destellos azules.

Tiffany giró sobre sí misma y fue a levantarse, pero antes de que pudiera hacerlo, con un movimiento casi felino, King se colocó sobre ella, apoyando el peso de su cuerpo sobre sus brazos.

—Supongo que sabrás a pescado —murmuró, mientras se inclinaba y apoyaba su boca sobre los labios de Tiffany.

Ella dio un gritito ahogado. King movió las caderas con firmeza, haciéndole separas los muslos con sus piernas y colocándose rápidamente entre ellos. Casi al mismo tiempo, la aferró por las muñecas, reprimiendo la débil protesta de Tiffany ante la intimidad de la postura en que habían quedado.

King apartó un poco la boca y la miró a los ojos. Movió una pierna y empujó con el muslo entre los de Tiffany. Sus ojos brillaron mientras le dejaba sentir su excitación.

—Ahora ya sabes cómo sucede —murmuró con voz ronca—. Y lo

que se siente cuando sucede. Dobla un poco las piernas. Quiero que me sientas totalmente contra ti.

—¡King!

Él se movió insistentemente, obligándola a obedecer. Tiffany sintió la intimidad de su presión y entreabrió los labios, temblorosa.

—Es una lástima que no tengas a nadie con quien compararme —murmuró King mientras inclinaba la cabeza—. Pero puede que eso esté bien. No querría asustarte…

Su boca obligó a Tiffany a entreabrir los labios. Era tan diferente a la noche de la fiesta…. Ahora, Tiffany estaba a la defensiva. King se mostraba más excitado e insistente y ella se sintió más joven e insegura, sobre todo cuando él empezó a moverse de forma tan seductora que todo su cuerpo empezó a rezumar placer sensual.

King oyó el suave gemido que escapó de entre los labios de Tiffany y alzó la cabeza.

—¿No sabías que el placer proviene de esta intimidad? —murmuró.

—Sólo por los libros… y las películas —confesó ella, sin aliento, estremeciéndose cuando King volvió a moverse.

—¿Y no te resulta más excitante hacerlo que leer sobre ello? —dijo, y volvió a apoyar sus labios sobre los de Tiffany—. Ábrelos —susurró—. Los besos profundos forman parte del proceso.

—King, no… No estoy segura.

—Claro que lo estas —dijo él contra su boca—. Sólo sientes aprensión, y eso es natural. Te han contado que te dolería, ¿verdad?

Tiffany tragó con esfuerzo, consciente del vértigo que empezaba a apoderarse de ella.

King chupó sensualmente su labio inferior.

—Cuando suceda, te daré todo el tiempo que necesites —murmuró—. Si puedo excitarte lo suficiente, no te importará un poco de dolor. Puede que incluso intensifique el placer.

—No… No entiendo.

—Lo sé. Eso es lo que más me excita. Desliza las manos por la parte trasera de mis muslos y presióname contra ti.

—¿Qu… qué?

King empezó a mover la boca entre los labios de Tiffany.

—Te has puesto ese vestido para excitarme. De acuerdo. Estoy excitado. Ahora satisfáceme.

—Yo... pero... no puedo jadeó Tiffany—. ¡King!

—¿No era esto lo que querías? Era lo que implicaba tu seductora pose en el despacho de tu padre. Querías que te tomara allí mismo.

—¡No es cierto!

King volvió a empujar con sus caderas, y, instintivamente, Tiffany alzó las suyas para encontrase con él, gimiendo al sentir un placer que sólo era la punta de algún misterioso iceberg de éxtasis.

—Repite eso —dijo King con voz ronca.

Tiffany no podía hacerlo. Estaba ardiendo por dentro, muriendo de deseo. Sin saber lo que hacía, se quitó la camiseta y el sujetador, y unos segundos después tiró de la camisa de King y logró introducir las manos debajo, para sentir su cálida musculatura.

Mientras él la besaba, Tiffany se retorció sensualmente, estremeciéndose al sentir el contacto de sus pieles. Enfebrecida de deseo, deslizó una mano por el liso estómago de King hasta apoyarla contra su excitación.

Él gimió y se estremeció. Colocándose bruscamente de costado sobre la alfombra, tomó la mano de Tiffany, volvió a colocarla en su entrepierna y la movió suavemente, mostrándole el sensual ritmo que necesitaba.

—Dios santo —susurró, besándola con pasión—. No, nena, no pares —gruñó cuando los movimientos de Tiffany se ralentizaron—. Tócame. Sí. Sí. ¡Oh, sí!

Era fascinante ver cómo reaccionaba King a sus caricias. Animada, Tiffany se acercó más a él y apoyó los labios contra el espeso pelo que cubría su pecho. King empezó a temblar. Su cuerpo parecía extrañamente vulnerable, y comprobarlo cohibió a Tiffany.

King se tumbó de espaldas, traicionando su deseo de que lo siguiera tocando. Permaneció tumbado, temblando, con los ojos cerrados.

Tiffany apoyó la mejilla contra su cálida piel, poseída por sensaciones que habían sido tabú toda su vida.

—Dime qué hacer —susurró—. Haré cualquier cosa por ti. ¡Cualquier cosa!

King tomó su mano durante un largo y doloroso momento. Luego la llevó hasta su pecho y la sostuvo allí mientras trataba de calmar su respiración.

Los senos de Tiffany transmitieron su frescura a la piel de King

cuando se inclinó sobre el pecho de éste. Permaneció allí con los ojos cerrados, cerca de él, más cerca de lo que nunca había estado.

—Qué excitante ha... ha sido —dijo ella con voz entrecortada—. Nunca imaginé que podría tocarte así, ¡y a plena luz del día!

La inocencia de su comentario hizo que King rompiera a reír.

—¡Calla! —chistó Tiffany—. ¿Y si Mary te oye y entra?

King se apoyó en un codo y la miró a los ojos. —Te he echado de menos —murmuró.

Tiffany sintió que su corazón remontaba el vuelo. Sonrió.

—¿De verdad? Él asintió.

—No es que quisiera —añadió, con tal gesto de disgusto que Tiffany rió. Pudo ver la indecisión que había en su mirada, junto con una tensión que era desconocida para ella—. Me estás atando con cuerdas de terciopelo —continuó él—. Nunca me he sentido así. No sé cómo manejarlo.

—Yo tampoco —dijo Tiffany con sinceridad. Respiró despacio, repentinamente consciente de su desnudez.

King percibió su incomodidad y la ayudó a vestirse con una economía de movimientos que, de alguna forma, resultó desconcertante.

—Haces que me sienta dolorosamente joven —confesó Tiffany.

—Lo eres —dijo él sin dudar—. Esto empieza a resultar peligroso. Últimamente no puedo quitarte las manos de encima. Y lo último que haría sería seducir a la hija única de mi socio.

—Lo sé, King —dijo Tiffany.

Él se levantó y ella permaneció sentada en el suelo, observando cómo se abrochaba la camisa. Fue una situación extrañamente íntima.

King lo sabía. Sus ojos sonrieron, aunque sus labios no lo hicieran.

—¿Qué vamos a hacer? —añadió Tiffany.

El la miró con inquietante intensidad.

—Ojalá lo supiera —dijo, inclinándose y tomándola de una mano para que se pusiera en pie. Apoyando ambas manos sobre sus hombros, añadió—: ¿No te gustaría ir a Europa?

Tiffany frunció el ceño.

—¿Para qué?

—Podrías ir a la universidad. O de vacaciones. Lettie iría contigo —sugirió King, mencionando a la madrina de Tiffany—. Ella te mimaría y tú regresarías sabiendo mucha historia.

—No quiero ir a Europa, y la historia no me interesa tanto.

Él suspiró.

—No voy a acostarme contigo, Tiffany.

Tiffany hizo un puchero con sus enrojecidos labios.

—No te he pedido que lo hicieras —bajó la vista—. Pero yo no voy a acostarme con nadie más. Ni siquiera he pensado en ningún otro hombre desde que tengo catorce años.

King sintió que su mente se convertía en un torbellino al escuchar aquella confesión. Frunció el ceño. Se le estaba subiendo a la cabeza y no sabía cómo impedirlo. Tiffany era demasiado joven. No tenía la madurez ni la sofisticación necesarias para sobrevivir en su mundo. Podría haberle dicho eso, pero no lo habría escuchado. Estaba viviendo en un mundo de sueños. Él no podía permitírselo.

No contestó. La miró con gesto preocupado, asombrado de su propia locura. Ninguna mujer había despertado tanto su deseo sólo por pasearse ante él con un vestido de seda. Había acusado a Tiffany de tentarlo, pero sabía que ésa no era toda la verdad. No había podido quitarse de la cabeza el recuerdo de su suave cuerpo desde la fiesta de cumpleaños. La deseaba violentamente. Pero no sabía qué hacer al respecto. El matrimonio estaba fuera de cuestión, y más aún una aventura. Y, además, seguía siendo la hija de su socio.

—Estás pensando —murmuró Tiffany. King se encogió de hombros.

—No se me ocurre nada mejor que hacer —dijo con sinceridad—. Me voy —añadió repentinamente—. Tal vez esto pase si lo ignoramos.

De manera que aún pensaba resistir. Tiffany no esperaba otra cosa, pero, de todas formas, no pudo evitar sentir cierta decepción.

—Puedo aprender—dijo.

King alzó las cejas.

—Puedo ser una buena anfitriona —continuó ella, como si la hubiera retado con la mirada—. Ya conozco a casi toda la gente de tu círculo, y del de papá. No tengo quince años.

King entrecerró los ojos.

—Puede que sepas actuar como una buena anfitriona, pero no tienes ni idea de cómo ser una esposa.

El corazón de Tiffany latió locamente en su pecho.

—También puedo aprender a serlo.

El rostro de King se endureció.

—No conmigo. No quiero casarme. Y antes de que lo digas —

añadió, alzando una mano—, sí, te deseo. Pero el deseo no basta. Ni siquiera es un comienzo. Puede que yo sea el primer hombre que has deseado, Tiffany, pero tú no eres la primera mujer que he deseado yo.

Capítulo 4

LA BURLONA sonrisa de King hizo que el rostro de Tiffany se pusiera rojo de rabia.

—¡No era necesario que dijeras eso!

—Sí lo era —replicó él con calma—. Tú quieres jugar a las casitas y yo no.

Tiffany apretó los puños a los lados del cuerpo y lo miró al rostro. Aquella clase de cosas estaban totalmente al margen de su experiencia. Lo único que le interesaba a King de ella era su cuerpo, y eso no bastaba. Y ella no tenía otra cosa con la que negociar. Había perdido.

Era una nueva sensación. Siempre había tenido todo lo que había querido. Su padre la había mimado en exceso. King había sido otro artículo imposible en su lista de lujos, pero ahora le estaba diciendo que no podía tenerlo. Su padre no podía comprárselo. Y ella no podía coquetear y conseguirlo por sí misma. La sensación de derrota era extrañamente fría. Se asentó en la boca de su estómago como un negro vacío. No sabía cómo manejarlo.

Y King lo notó. Su arrogante sonrisa lo demostró. Tifanny quiso gritar y patalear, pero sabía que esa clase de comportamiento no iba a servirle de nada. Relajó las manos y el cuerpo y se limitó a mirarlo, con una inseguridad que nunca antes había sentido.

—Tal vez lo intente otra vez cuando tenga la edad de Carla —dijo, tratando de sonreír.

King asintió con admiración.

—Ese es el espíritu —dijo con amabilidad.

Tiffany no quería amabilidad o pena. Metió las manos en los bolsillos.

—No tienes por qué irte de la ciudad para evitarme. Voy a ir con Lettie a Nueva York la semana que viene —dijo, improvisando sobre la marcha. Lettie haría lo que su ahijada le pidiera, y Tiffany tenía los medios para viajar a donde le apeteciera. Además, le encantaba Nueva York.

King entrecerró los ojos con suspicacia.

—¿Sabe Lettie que va a ir?

—Por supuesto —replicó ella sin dudar.

—Por supuesto —repitió King, respirando profundamente. Su cuerpo aún le estaba dando problemas, pero no pensaba permitir que Tiffany lo supiera.

—Hasta pronto —dijo ella animadamente. King asintió.

—Adiós.

Y se fue.

A finales de otoño, Tiffany caminaba por una acera de Nueva York, vestida con la última creación de David Marron, un joven diseñador cuya moda inspirada en el estilo español había causado sensación entre sus compradores. Se habían conocido a través de un amigo de Lettie y David había visto increíbles posibilidades en el largo pelo negro y la elegancia de Tiffany. La vistió con un traje de encajes que recordaba a los que llevaban las mujeres nobles españolas en el siglo diecisiete, y el lugar se vino abajo cuando Tiffany participó en el desfile de primavera del diseñador. Salió en la portada de una conocida revista de moda y su rostro se hizo popular en menos de seis meses.

Lettie, con su cabello delicadamente teñido de rojo y sus bizqueantes ojos marrones, estaba encantada con su logro. Le dolió mucho ver lo triste que estaba Tiffany cuando fue a rogarle que se la llevara de Tejas, y no dudó en complacerla.

Compartían un lujoso apartamento en Park Avenue y acudían a menudo a los lugares de moda de la ciudad. En aquellos meses, Tiffany maduró, se volvió más sofisticada y reservada. A pesar del realce de su belleza y elegancia, mostraba una distante frialdad con todos los hombres que se acercaban a ella. Aprender a olvidar a King era un trabajo de jornada completa. Justo cuando estaba deseando volver a casa con su padre, donde las posibilidades de ver a King cada semana serían excelentes, una conocida marca de ropa interior le ofreció un lucrativo contrato y dos semanas de vacaciones filmando

anuncios en Jamaica.

—No podía rechazarla le dijo a Lettie, encogiéndose de hombros—. ¿Qué dirá papá? Prometí ayudarlo con la fiesta de Navidad, pero después del viaje a Jamaica tengo una sesión de fotos para hacer la promoción.

—Has hecho bien —aseguró Lettie—. A tu edad, lo lógico es divertirse, conocer gente, aprender a ser independiente —suspiró con suavidad—. El matrimonio y los hijos son para más tarde, cuando ya estés asentada en tu carrera.

Tiffany miró a su madrina.

—Tú nunca te casaste.

Lettie sonrió con tristeza.

—No. Perdí a mi prometido en Vietnam. No pude volver a querer a ningún hombre de la misma manera.

—¡Cuánto lo siento, Lettie!

—Uno acaba acostumbrándose a vivir con lo que en un principio parece insoportable. Mis obras de caridad siempre me han mantenido ocupada. Y también te tenía a ti, por supuesto —añadió Lettie, dando un abrazo a su ahijada—. No puedo quejarme de mi vida.

—Algún día tienes que hablarme de él.

—Algún día lo haré. Pero, de momento, tú vete a Jamaica y pásalo lo mejor que puedas haciendo ese anuncio.

—¿Vendrás conmigo? —preguntó Tiffany, ligeramente preocupada al pensar en ir a un sitio tan lejano sin tener cerca ningún rostro familiar.

Lettie le palmeó la mano.

—Por supuesto que iré. Me encanta Jamaica.

—Tengo que llamar a papá para decírselo.

—Me parece buena idea. Últimamente se queja de que tus cartas son cada vez más esporádicas.

—Voy a hacerlo ahora mismo.

Tiffany descolgó el teléfono y marcó el número del despacho de su padre. Retorció nerviosamente el cable mientras esperaba a que contestara.

—¡Hola, papá!

—No me lo digas —dijo Harrison—. Acabas de conocer a un príncipe destronado y vas a casarte con él por la mañana.

Tiffany rió.

—No. Acabo de firmar un contrato para hacer unos anuncios de ropa interior y tengo que ir a Jamaica a empezar a rodar.

—¿Cuándo?

—Mañana por la mañana.

—¿Y cuándo volverás?

—Dentro de dos semanas. Pero luego tengo compromisos de trabajo en Nueva York hasta Nochebuena.

—¿Y mi fiesta de Navidad? —preguntó el padre de Tiffany en tono resignado y deprimido—. Contaba contigo para organizarla.

—Puedes organizar una fiesta de Año Nuevo para tus clientes —improvisó Tiffany, con risa en la voz—. Tendré tiempo de sobra para organizarla antes de que tenga mi próximo compromiso de trabajo. De hecho, no sé cuándo será. El contrato de lencería es sólo para la temporada de primavera. Diseñan distintos modelos para cada temporada. A mí me ha tocado la primavera.

—Comprendo por qué —murmuró Harrison—. Mi hija, la modelo —añadió tras un suspiro—. No debería haber permitido que tomaras ese avión con Lettie. Es culpa suya. Sé que ella está detrás de todo esto.

—Papá...

—Voy a hacer que la disequen y la cuelguen en la pared de mi despacho en cuanto venga. ¡Díselo!

—Sabes que quieres mucho a Lettie —Tiffany reprendió a su padre a la vez que guiñaba un ojo a su madrina.

—¡Haré que la fusilen!

Tiffany rió.

—Te advierto que ahora mismo se está riendo.

—Dile que ría mientras pueda... —Harrison dudó un momento y habló con alguien—. King quiere que te diga que te echa de menos.

El corazón de Tiffany dio un brinco, pero tenía muy claro que no estaba dispuesta a sufrir más humillaciones.

—Dile que no me tome el pelo. Ahora tengo que dejarte, papa. Te llamaré cuando vuelva de Jamaica.

—Espera un momento. ¿Va a acompañarte Lettie?

—¡Por supuesto! Lo vamos a pasar en grande. Cuídate papá. ¡Adiós!

Harrison aún estaba tratando de averiguar a dónde iba su hija cuando ésta colgó. Miró a King, haciendo una mueca de impotencia.

Este tenía una expresión que Harrison no recordaba haber visto nunca en su rostro.

—Ha firmado un contrato —dijo, bajando la mirada como si todo fuera culpa suya.

—¿Para qué? —preguntó King.

—Para hacer unos anuncios de lencería —contestó Harrison—. ¡Imagínate! ¡Mi mimada hija desfilando en prendas íntimas para que la vea todo el mundo!

—¡Ni hablar! ¿Dónde está?

—Mañana por la mañana sale para Jamaica. King... —añadió Harrison cuando vio que su socio se dirigía hacia la puerta—. Tiffany es mayor de edad —dijo con amabilidad—. Es una mujer. No tengo derecho a decirle cómo vivir su vida. Ni tú tampoco.

—¡No quiero que otros hombres se la coman con los ojos!

Harrison asintió.

—Lo sé. Yo tampoco. Pero es decisión suya.

—No pienso permitirlo —dijo King, testarudo.

—¿Cómo te propones impedirlo? No puedes hacerlo legalmente. Y no creo que tengas ningún otro medio para conseguirlo.

—¿Le has contado lo que te he dicho?

Harrison volvió a asentir.

—Ha contestado que no le tomes el pelo.

Los pálidos ojos azules de King se oscurecieron. Nunca se le había ocurrido pensar que pudiera perder a Tiffany, que no estaría siempre en casa de Harrison esperándolo. Pero ahora, Tiffany había descubierto el placer de la libertad personal y no quería asentarse.

—¿Habla en serio respecto a su trabajo, o crees que es sólo un truco más para llamar mi atención?

Harrison rió cariñosamente.

—No lo sé. Pero debes admitir que es muy bonita. No es de extrañar que haya llamado la atención de una agencia de modelos.

King miró por la ventana con gesto pensativo.

—Entonces debe estar pensando en convertirlo en una profesión.

Harrison no le dijo que el contrato de trabajo de Tiffany podía no durar demasiado.

—No le vendrá mal tener una profesión. Eso le ayudará a madurar. Sé que la he protegido demasiado, pero ahora quiere echar a volar sola. Es joven y cree tener el mundo a sus pies. Que disfrute de ello

mientras pueda.

King bajó la mirada.

—Supongo que ésa es la mejor elección.

—Es la única elección —replicó Harrison—. Volverá a casa cuando esté lista.

King no dijo otra palabra al respecto.

Entretanto, Tiffany descubrió en Jamaica que posar y ser modelo era un trabajo duro. No sólo era cuestión de ponerse ante una cámara y sonreír. Implicaba constantes cambios de vestuario, pausas para transformar la iluminación, inesperados cambios de tiempo y arrebatos de temperamento artístico por parte del fotógrafo.

Lettie observaba desde la distancia, disfrutando del entusiasmo de Tiffany por su trabajo. Las dos semanas pasaron rápidamente, y tuvieron muy poco tiempo para hacer turismo.

—Qué mala suerte —se quejó Tiffany cuando estuvieron de vuelta en Nueva York—. He visto el hotel, la playa y el aeropuerto. No sabía que iba a pasar cada minuto trabajando o descansando para la sesión del día siguiente.

—Bienvenida al mundo de la pasarela —bromeó Lettie—. Toma otro trozo de apio, cariño.

Tiffany hizo una mueca de desagrado, pero comió sin protestar el apio que le ofreció su madrina.

De noche, permaneció despierta pensando en King. No creía que la hubiera echado de menos. King no echaba de menos a la gente. Era totalmente autosuficiente. Pero habría sido maravilloso que hubiera sido verdad.

Pero aquel sueño sólo duró hasta que hojeó una revista del corazón en la peluquería. En ella vio una foto de King y Carla con el siguiente pie: ¿Suenan campanas de boda en el futuro del millonario y la secretaria?

Pasó la página como si no la hubiera visto, pero, esa noche, cuando fue a la cama, lloró sin parar.

El amor no correspondido cobró su tasa a Tiffany durante las siguientes semanas. Lo único bueno de la tristeza era que atraía a otra gente triste. Así conoció a Mark Allenby, un modelo que había roto con su novia y necesitaba un hombro en el que llorar. Era muy atractivo y sensible, y justo lo que Tiffany necesitaba para su

vapuleado ego.

Era un hombre impulsivo, con temperamento artístico, capaz de llamarla en el momento mas inesperado para invitarla a pasar la tarde en un local de moda retro beatnik en el que los dueños leían mala poesía. También le encantaban las bromas prácticas, como poner cojines falsos bajo una pareja que estaba posando para un anuncio romántico.

—Ahora entiendo por qué no estás casado —dijo Tiffany después de ayudarlo a librarse del furioso fotógrafo, Y seguro que ya no vuelves a trabajar para él.

—Sí lo haré —replicó Mark, riendo—. Cuando llegas a cobrar lo que cobro yo, no necesitas llamar a los fotógrafos para conseguir trabajo. Son ellos los que te llaman a ti —se volvió y lanzó un beso con la mano al enfurruñado fotógrafo. Luego tomó a Tiffany de la mano y salieron del estudio.

—Necesitas un cambio de look dijo mientras volvían al apartamento de Tiffany.

Ella se detuvo y lo miró.

—¿Por qué?

—Pareces demasiado niña —contestó él con sencillez, sonriendo—. Si quieres prosperar en el mundo de la pasarela, necesitas una imagen más cercana a la alta costura.

Tiffany hizo una mueca.

—En realidad no estoy segura de querer eso. Me gusta el trabajo, pero lo cierto es que no necesito el dinero.

—¡Por supuesto que necesitas el dinero, cariño!

—No lo necesito. El dinero no vale mucho cuando no puedes comprar con él lo que quieres.

Mark apartó un mechón de su rizado cabello de la frente y le dedicó una de sus famosas miradas de hombre inescrutable.

—¿Y qué quieres que no puedes comprar?

—A King.

—¿King?

Tiffany hizo una mueca.

—Kingman. Kingman Marshall. Así se llama.

—¿El millonario que sale en las revistas? —preguntó Mark, frunciendo los labios—. Vaya, vaya, no hay duda de que apuntas alto. Pero el señor Marshall consigue con facilidad todas las mujeres que

quiere. Y si tienes algo mínimamente serio en mente, más vale que lo olvides. Su padre le enseñó que el matrimonio es sólo para los locos. Corre el rumor de que su madre dejó a su padre sin un centavo cuando se divorció de él, y que eso condujo a éste al suicidio.

—Lo sé —dijo Tiffany con tristeza.

—Y Marshall se vengó por ello. Supongo que también habrás oído mencionar eso.

—A menudo —replicó ella—. Llevó a su madre a juicio, acusándola de ser parcialmente responsable del suicidio de su padre. Ganó —Tiffany se estremeció, recordando la expresión de King tras el veredicto, y, sobre todo, la de su madre. Perdió dos tercios de su dinero y al atractivo gigoló que vivía con ella. No era de extrañar que King tuviera tan baja opinión del matrimonio y las mujeres.

—¿Qué fue de ella? —preguntó Mark.

—Murió cuatro años después de una sobredosis de drogas.

—Triste final.

—Desde luego.

—No se puede culpar a Marshall por tratar a las mujeres como las trata. Supongo que no se fía de nada que lleve faldas.

—Estabas hablándome sobre mi cambio de imagen —dijo Tiffany, ansiosa por dejar el tema de King antes de que le dieran ganas de ponerse a gritar.

—Es cierto. Te llevaré a mi peluquero. Él hará una nueva mujer de ti. Luego iremos a comprarte un vestuario adecuado.

Los verdes ojos de Tiffany brillaron de excitación.

—Suena divertido.

—Te aseguro que lo será —dijo Mark, sonriendo traviesamente—. Vamos, cariño.

Pasaron el resto del día transformando da imagen de Tiffany. Cuando, esa noche, Mark la llevó a uno de los lugares de moda, una de das modelos con las que había trabajado ni siquiera da reconoció. Fue un cumplido de primer orden.

Lettie se quedó muda al verla.

—Soy yo —dijo Tiffany, girando con su vestido negro y los aros de diamantes que colgaban de sus lóbulos. El corte de pelo a lo chico que le habían hecho en la peluquería hacía que sus rasgos resultaran más marcados y sus ojos más grandes. Sólo llevaba un toque de maquillaje, el necesario para resaltar sus altos pómulos y la perfección de su

estructura ósea. Parecía una sofisticada y elegante mujer cinco o seis años mayor de lo que en realidad era.

—Me dejas pasmada —logró decir Lettie al cabo de un minuto—. Eres el vivo retrato de tu madre.

La expresión de Tiffany se suavizó. —¿En serio?

Lettie asintió.

—Era preciosa. Siempre la envidié.

—Ojalá la hubiera conocido —dijo Tiffany—. Todo lo que tengo son unas fotos y el vago recuerdo de ella cantándome por la noche.

—Eras muy pequeña cuando murió. Harrison nunca ha dejado de echarla de menos —la mirada de Lettie se entristeció—. Creo que nunca dejará de hacerlo.

—Con papá nunca se puede estar seguro de nada —dijo Tiffany, pues sabía lo que Lettie sentía por Harrison. Aunque nunca se le habría ocurrido mencionarlo—. ¿Por qué no vienes con nosotros esta noche?

—Tres son multitud, querida. Mark te querrá para él sólo.

—Las cosas no son así —dijo Tiffany con suavidad—. Él está de duelo porque se ha quedado sin novia, y yo por King. Los dos tenemos el corazón roto y compartimos profesión, pero poco más. Es un amigo... y lo digo sinceramente.

Lettie sonrió.

—Me alegra saberlo. Parece un hombre muy agradable. Pero algún día terminará en Europa, viviendo en alguna villa, y eso no te iría.

—¿Estás segura?

Lettie asintió.

—En el fondo de tu corazón, tú también lo estás. Tiffany se miró en el espejo y sonrió.

—Buenas plumas hacen buenos pájaros, pero King no es la clase de hombre al que impresionan la sofisticación o la belleza. Además, las revistas del corazón dicen que va a casarse con Carla.

—Lo he leído. Pero supongo que no lo creerás, ¿no?

—No creo que llegue a casarse nunca, a menos que lo atrapen —dijo Tiffany, repentinamente triste—. Sólo ha visto lo peor del matrimonio.

—Es una lástima. Eso le ha hecho distorsionar su visión de las cosas.

—Nada la cambiará nunca —Tiffany sonrió a su madrina—.

¿Seguro que no quieres venir con nosotros?

—Esta noche no, gracias. Pero pregúntamelo en otra ocasión.

—Tenlo por seguro.

Mark parecía pensativo mientras tomaba su helado de crema de menta.

—¿Te preocupa algo, Mark? —preguntó Tiffany.

—La verdad es que sí —confesó él—. Mi novia ha sido vista en la ciudad con un actor no demasiado famoso. Al parecer, está loca por él.

—Puede que esté haciendo lo mismo que tú —dijo Tiffany en tono animado—. Salir con alguien para aplacar su dolor.

Mark sonrió con tristeza.

—¿Es eso lo que yo estoy haciendo?

—Eso es lo que tú y yo estamos haciendo.

Mark deslizó una mano por la mesa y tomó la de Tiffany.

—Cuánto lamento que no nos conociéramos hace tres años, cuando yo aún tenía el corazón entero. Eres única. Me gusta mucho estar contigo.

—Lo mismo digo. Pero lo nuestro nunca podrá ser más que amistad.

—Lo creas o no, lo sé muy bien —Mark dejó su cuchara en la copa —. ¿Qué vas a hacer en Navidad?

—Tratar de volver del lugar en el que voy a posar para una sesión de fotos y rogar para que los pilotos de las compañías aéreas no se pongan en huelga.

—¿Y en Año Nuevo?

—Tengo que volver a casa y organizar una fiesta de negocios para mi padre —Tiffany miró a Mark y, de pronto, sus ojos adquirieron un repentino brillo—. He tenido una idea. ¿Te gustaría venir a Tejas?

Mark arqueó las cejas.

—¿Tendré que montar a caballo?

—No todo el mundo en Tejas monta a caballo. Vivimos en Jacobsville. No está muy lejos de San Antonio. Allí tiene su negocio mi padre.

—Jacobsville —dijo Mark, tomando su copa de vino—. ¿Por qué no? Está muy lejos de Manhattan.

—Sí. Además, no puedo soportar la idea de volver a casa sola.

—¿Puedo saber por qué?

—Por supuesto. El hombre que ha roto mi corazón vive allí. Ya te

hablé de él. Me fui de casa para tratar de olvidarlo. Pero los recuerdos y el dolor de corazón no pueden dejarse atrás —murmuró Tiffany.

—Lo sé muy bien —dijo Mark, y a continuación la miró con ojos traviesos—. ¿Y qué voy a ser yo? ¿La competencia?

—¿Te importaría? —preguntó Tiffany—. Me encantará hacer lo mismo por ti cuando quieras. Necesito tu apoyo moral.

Mark permaneció pensativo un momento y luego sonrió.

—Lo cierto es que ésta puede ser la respuesta perfecta a nuestros dolores de cabeza. De acuerdo. Lo haré —tras dar un sorbo de vino, añadió—: Qué diablos. Me veré las caras con Kingman Marshall. A fin de cuentas, no quiero vivir para siempre. Soy todo tuyo, cariño. Al menos, mientras dure la fiesta.

Tiffany alzó su copa.

—Por el orgullo.

Mark respondió a su brindis. Mientras bebía, Tiffany se preguntó cómo iba a poder soportar ver a King con Carla. Al menos, contaría con compañía para disimular sus sentimientos. King nunca sabría que su corazón se estaba rompiendo.

Capítulo 5

TIFFANY, Mark y Lettie tomaron el avión el día anterior a Noche Vieja. Con un ceñido vestido negro y accesorios de plata, Tiffany era la imagen de la elegancia femenina. Y las mujeres suspiraban cuando Mark pasaba a su lado con su traje oscuro y sus gafas. No era habitual ver a un hombre tan atractivo en persona, y a Tiffany le gustaba ver cómo reaccionaba la gente al verlo.

Lettie se sentó tras ellos y leyó revistas mientras Mark y Tiffany hablaban de su trabajo y de los lugares a los que éste iba a llevarlos próximamente.

No fue un vuelo tan largo como había esperado. Llegaron a San Antonio justo a tiempo para comer. Tiffany esperaba que su padre fuera a recibirlos, y así fue. Padre e hija se abrazaron cariñosamente antes de que ésta le presentara a Mark.

Harrison frunció el ceño mientras estrechaba su mano, pero enseguida recuperó la compostura y el gesto de preocupación desapareció de su rostro. Luego besó cariñosamente a Lettie y los condujo a todos hacia la limusina que los esperaba en la entrada.

—Mark va a quedarse con nosotros, papá —dijo Tiffany—. Los dos trabajamos para la misma agencia de modelos en Manhattan, y nuestras vacaciones han coincidido.

—Nos alegra tenerte con nosotros —dijo Harrison, con una forzada calidez en la que sólo pareció fijarse Tiffany.

—¿Qué tal está King? —preguntó Lettie.

Harrison dudó un momento y lanzó una rápida mirada a su hija.

—Está bien. ¿Nos vamos?

Tiffany se preguntó por qué estaría actuando su padre de una forma tan peculiar, pero simuló no estar preocupada por King o sus

sentimientos.

—¿Conseguiste terminar los preparativos? —preguntó Harrison a su hija.

Ella sonrió.

—Por supuesto. La distancia ya apenas supone un obstáculo, y no ha sido tan complicado. He tratado con la misma gente durante estos últimos años, organizando estos acontecimientos para ti. Los proveedores, las flores, la orquesta... incluso las invitaciones fueron enviadas a tiempo.

—¿Estás segura? —murmuró Harrison. Tiffany asintió.

—Estoy segura.

—¿No olvidaste enviar una invitación a Kingman y a Carla?

—¡Por supuesto que no! Fue una de las primeras en salir —dijo Tiffany en tono convincentemente despreocupado—. ¿Cómo iba a olvidar a tu socio?

Harrison pareció relajarse un poco.

—¿Qué sucede? —preguntó Tiffany, intuyendo que había algún problema.

—King y Carla están fuera, y parece que no piensan volver hasta la semana que viene. Al menos, eso me ha dicho el jefe del despacho de King. Yo no he tenido noticias de él, y me preguntaba por qué habrá querido renunciar a la fiesta. Nunca se la pierde. AI menos, hasta ahora.

Tiffany no traicionó sus dolidos sentimientos por lo que acababa de oír. Se limitó a sonreír.

—Supongo que tenía otros planes y no ha querido cambiarlos.

—Es posible —dijo Harrison, aunque no parecía convencido.

Mark alargó una mano y tomó la de Tiffany, estrechándola cariñosamente. Como Harrison, pareció sentir cómo había afectado a Tiffany la noticia sobre la ausencia de King. Pero Mark hizo una pregunta a Harrison sobre un curioso edificio junto al que pasaron camino de Jacobsville, distrayendo su atención del tema. Para cuando llegaron a la casa del rancho, Mark sabía más sobre El Alamo de lo que nunca habría imaginado.

Tiffany estuvo demasiado ocupada ese día y al siguiente para hacer compañía a Mark, así que éste tomó prestado el coche del garaje y se dedicó a viajar para conocer el lugar. Regresó con un montón de chismes sobre la historia de la zona, que parecía encontrar realmente

fascinante.

Observó con divertida indulgencia cómo dirigía Tiffany a la gente que trabajaba para la fiesta.

—Lo haces muy bien —dijo—. ¿Dónde aprendiste? Tiffany pareció sorprendida.

—En ningún sitio. Me encantan las fiestas, y organizarlas resulta algo natural para mí.

—A mí no me gustan —dijo Mark—. Normalmente acabo convirtiéndome en parte de la decoración. Tiffany sabía a que se refería. Había aprendido rápidamente que pocas de las fiestas a las que asistían los modelos eran algo más que oportunidades que utilizaban los diseñadores para mostrar sus últimas creaciones. Pero algunos de los clientes encontraban a los modelos más interesantes que la ropa que llevaban.

—Aquí no formarás parte del decorado —prometió, sonriendo—. ¿Qué te parece? —preguntó, señalando el salón en el que iba a celebrarse la fiesta. El lugar estaba lleno de flores y largas mesas cubiertas de mantelería de encaje, vajilla de porcelana y candelabros. Se iba a servir un buffet y bebidas. También habría una pequeña orquesta para que la gente bailara.

—Muy elegante —dijo Mark.

Tiffany asintió distraídamente, recordando otras fiestas en las que había bailado sin parar, cuando King estaba cerca para sonreírle y sacarla a la pista. No había bailado con él a menudo, pero cada ocasión estaba indeleblemente grabada en su mente. Podía cerrar los ojos y verlo, tocarlo. Suspiró con pesar. Más le valía dejar de pensar en el pasado. Tenía que seguir adelante, y King no quería nada de ella. Su ausencia de aquella fiesta tan especial así lo revelaba.

—Creo que servirá —replicó al cabo de un momento, sonriendo a Mark—. Ven y te enseño cómo he decorado el resto de la casa.

Tiffany se puso un vestido largo plateado para la fiesta, con un clip de diamantes en su corto pelo. Había aprendido a caminar, a moverse, a posar, e incluso la gente que la conocía hacía años se quedó sorprendida con su nueva imagen.

A su lado, Mark, resplandeciente con su traje oscuro, atraía la atención femenina con igual magnetismo. Una de las conocidas de Tiffany, una pequeña y bonita pelirroja llamada Lisa, parecía totalmente cautivada por él. Permaneció en una esquina, sola,

mirándolo.

—¿Me apiado de ella y te la presento? —preguntó Tiffany a Mark en tono de broma.

Mark miró a la joven, que apenas debía haber cumplido los veinte, y ésta se puso tan roja como su pelo. Segundos después, corrió hacia sus padres. Mark rió con suavidad.

—Es muy joven —murmuró—. ¿Amiga tuya? Tiffany negó con la cabeza.

—Sus padres son amigos de mi padre. Lisa es una solitaria. No le preocupa tanto salir con chicos como los caballos. Su familia tiene establos y crían caballos de carreras.

—Vaya, vaya. ¿Todo eso y sin novio?

—Es tímida con los hombres.

Mark arqueó las cejas. Miró a la joven por segunda vez y contempló sus intensos ojos azules sin pestañear. Lisa volcó parte de su bebida y volvió a ruborizarse, mientras su madre se afanaba en secarle el vestido con una servilleta.

—Qué perverso —dijo Tiffany, reprendiendo a su amigo.

—Unos ojos como esos deberían ser ilegales —murmuró Mark, sin apartar la mirada de Lisa. Tomó a Tiffany del brazo y tiró de ella hacia el grupo en el que estaba la joven con sus padres—. Preséntame.

—No... —empezó Tiffany.

—No soy tan perverso como crees —dijo Mark, tranquilizándola—. Simplemente me intriga. Pero te prometo que no me aprovecharé de ella.

—De acuerdo —dijo Tiffany, y se detuvo junto a la señora McKinley—. ¿Se desteñirá? —preguntó amablemente, señalando el vestido de Lisa.

—No creo —dijo la mujer, sonriendo—. Era casi todo hielo. Lisa, recuerdas a nuestra Tiffany, ¿no?

Lisa alzó la mirada, muy azorada mientras sus ojos iban nerviosamente de Mark a Tiffany.

—Ho... hola, Tiffany. Me alegra volver a verte.

—Lo mismo digo, Lisa —replico Tiffany con una genuina sonrisa —. Siento lo de tu vestido. ¿Conoces a Mark Allenby? Trabaja conmigo. Nos representa la misma agencia de modelos en Nueva York. Puede que lo hayas visto en el anuncio de comida rápida de...

—¡Di... Dios santo! ¿Eras tú? —balbuceó Lisa—. Pensaba que... me

sonaba tu cara.
Mark sonrió.
—Me alegra que lo recuerdes, Lisa. ¿Te apetece bailar?
Lisa parecía a punto de desmayarse.
—Bueno, sí…
Mark alargó una mano hacia ella.
—¿Nos disculpan? —dijo, dirigiéndose a los padres de la joven y a Tiffany.
Lisa puso la mano en la de él y dejó que la condujera a la pista de baile. Sus ojos parecían tan llenos de sueños y encanto que Mark no podía apartar los suyos de ella.
—Baila de maravilla —dijo la señora McKinley tras observarlos un rato.
—No está mal —gruñó su marido—. ¿Es gay?
—¿Mark? —Tiffany rió—. No, él no. Vino a este país siendo un bebé y sus padres, italianos, tuvieron que trabajar muy duro para sacar adelante a la familia. Ahora gana lo suficiente para mantenerlos a ellos y a sus tres hermanas pequeñas. Es un hombre responsable, leal y no se dedica a seducir a jovencitas inocentes, en caso de que le interese saberlo.
La señora McKinley se ruborizó.
—Lo siento, pero es un desconocido muy atractivo y resulta fácil ver el efecto que tiene en Lisa.
—Yo no me preocuparía —dijo Tiffany con amabilidad—. Acaba de romper con una novia que tenía hace tiempo y su corazón está dolido. No está en disposición de tener ninguna aventura.
—Me alegra saberlo —dijo la madre de Lisa, sonriendo aliviada—. Mi hija es tan inocente…
Porque la habían sobreprotegido demasiado, y eso era una desventaja en el mundo actual, pensó Tiffany con tristeza. Contemplando su champán, se preguntó por qué habría declinado King la invitación a la fiesta. Tal vez quería dejar claro que podía estar perfectamente sin ella. Si era así, lo había conseguido.
Tiffany logró pasar la tarde a base de champán y fuerza de voluntad. Mark parecía estar divirtiéndose enormemente. Apenas dejó un momento a solas a Lisa, y cuando ésta y sus padres se dispusieron a salir, se aferró a su mano como si no soportara que se fuera.
Hablaron en susurros, y, cuando finalmente separaron sus manos,

los ojos de Lisa brillaban considerablemente, aunque la señora McKinley parecía preocupada.

—Mañana voy a ir a ver sus caballos. Espero que no te importe —le dijo Mark a Tiffany mientras los demás invitados se preparaban para irse.

Tiffany lo miró con curiosidad.

—Lisa es muy joven.

—E inocente —añadió Mark, metiendo las manos en los bolsillos del pantalón—. No hace falta que me lo digas. Nunca he conocido a nadie como ella. Es la clase de chica que podría haber conocido en Italia si mis padres no hubieran emigrado a este país.

Tiffany se quedó sorprendida.

—Creía que echabas mucho de menos a tu novia. Mark sonrió vagamente.

—Y yo —volvió la cabeza hacia la puerta principal—. Lisa es vulnerable, dulce y tímida —dijo con suavidad—. Es extraño, porque hasta ahora no me habían gustado las pelirrojas.

Tiffany se mordió el labio. No sabía cómo expresar lo que estaba sintiendo. Lisa era una chica especialmente sensible, que no superaría con facilidad que la abandonaran después de haber fomentado sus esperanzas. ¿Se habría dado cuenta de ello Mark?

—Baila como un hada —murmuró Mark, alejándose.

Harrison se reunió con su hija en la puerta mientras los últimos invitados se iban.

—Tu amigo parece distraído —dijo, observando a Mark, que contemplaba el exterior a través de una oscura ventana.

—Se ha quedado impresionado con Lisa.

—Ya lo he notado. Como el resto de los invitados. Espero que sepa comportarse.

—Es un hombre muy trabajador, con un profundo sentido de la responsabilidad —dijo Tiffany—. No es ningún desalmado.

—Creía que habías dicho que tenía una novia.

—Lo dejó por un hombre más rico —explicó Tiffany—. Su orgullo quedó hecho pedazos. Ese es el motivo por el que está aquí conmigo. No soportaba encontrarse con ella y su nuevo amante en todos los locales de moda.

La actitud de Harrison cambió.

—Pobre tipo.

—No hará ningún daño a Lisa —aseguró Tiffany, cruzando mentalmente los dedos.

Su padre la observó un momento.

—Has madurado mucho en estos últimos meses. Me habría costado reconocerte —Harrison apartó la vista—. Es una pena que King no volviera a tiempo para la fiesta.

Tiffany no pudo evitar un escalofrío.

—No lo esperaba, así que no ha sido una gran pérdida.

Harrison fue a hablar, pero cerró la boca y dedicó una sonrisa a su hija.

—Vamos a tomar algo antes de acostarnos. Dile a tu amigo que venga.

Tiffany tomó a su padre por el brazo, devolviéndole la sonrisa.

—¡Ése es mi padre!

Al día siguiente, Mark volvió a tomar prestado el coche de Harrison y fue al rancho de los McKinley. Mientras Tiffany lo despedía desde el porche, vio que un coche se acercaba a la casa. Era un Lincoln negro. Luchó contra el impulso de salir corriendo. Ya no tenía por qué alejarse de King. Estaba fuera de su alcance. Cruzó los brazos sobre la camisa roja que llevaba puesta y lo esperó apoyada contra una de las columnas del porche. Se sorprendió un poco al ver que Carla no lo acompañaba.

King subió los escalones de dos en dos. Vestía un traje oscuro, como si acabara de salir de una fiesta. Tiffany supuso que aún llevaba la ropa que había utilizado el día anterior. Probablemente no tenía ropa para cambiarse en el apartamento de Carla, pensó venenosamente, segura de que aquello explicaba el traje.

—Vaya, vaya, ¿qué te trae por aquí? —preguntó, sin mostrar ninguna timidez.

King se detuvo frente a ella y frunció el ceño mientras la miraba de arriba abajo. El cambio era increíble. Tiffany ya no era la jovencita que había dejado atrás hacía unos meses. Se había convertido en una mujer elegante, segura de sí misma, con un toque ligeramente cínico en su expresión. Y su sonrisa resultaba un poco burlona.

—He venido a ver a Harrison —replicó en tono seco.

Tiffany señaló la puerta de entrada con la mano.

—Adelante. Yo estaba despidiendo a Mark.

King se quedó repentinamente quieto.

—¿Mark?

—Mark Allenby. Trabajamos juntos. Ha venido conmigo a casa a pasar las vacaciones —replicó Tiffany, mirándolo con frialdad—. Probablemente lo habrás visto en algunos anuncios. Es muy atractivo.

King no dijo nada más. Pasó junto a ella y entró en la casa.

Tiffany lo siguió unos minutos más tarde, y vio que estaba con su padre, en el estudio.

Harrison la vio pasar junto a la puerta cuando ella se dirigía a las escaleras.

—¡Tiffany! Ven un momento, por favor, corazón.

Nunca utilizaba aquellos apelativos cariñosos para dirigirse a ella, a menos que quisiera algo. Tiffany entró en el estudio como si la presencia de King en él le resultara totalmente indiferente.

—¿Qué quieres, papá? —preguntó, sonriente.

—King necesita algunos papeles de la caja fuerte de mi oficina y yo había prometido llevar a Lettie a visitar a su hermana. ¿Te importaría...?

Tiffany conocía la combinación de memoria. Su padre se la había confiado sólo hacía dos años. Pero intuyó en aquello alguna clase de complot y dudó. King lo notó y su expresión se endureció.

—No tienes nada urgente que hacer, ¿no? —insistió Harrison—. Al menos, no con Mark, supongo

—Supongo que no —dijo Tiffany, cediendo—. Voy a por mi chaqueta y ahora mismo bajo.

—Gracias, corazón.

Tiffany se limitó a encogerse de hombros. Ni siquiera se molestó en dedicar una mirada a King.

El trayecto hasta el despacho que compartían Harrison y King era corto. A Tiffany le pareció un poco extraño que éste último no conociera la combinación de la caja fuerte, ya que eran socios.

—¿Es que mi padre no confía en ti? —preguntó en tono burlón mientras entraban juntos en el despacho. —Tanto como en cualquier otro —replicó King—. Pero en caso de que te resulte extraño, tampoco él tiene la combinación de mi caja fuerte. Nuestros respectivos abogados tienen las de ambos. Es una medida de seguridad.

Encendió las luces y cerró la puerta. El resto de los despachos estaban vacíos, cosa que acentuó la sensación de Tiffany de estar a solas con él. No debería haberle preocupado, sabiendo lo que sabía

sobre la relación de King con Carla, pero así era. No había pasado el tiempo suficiente para que olvidara el placer de sus besos, de lo que sintió estando entre sus brazos.

Ignorando sus nervios fue a la caja de seguridad y la abrió.

—¿Qué quieres de aquí?

—Un sobre marrón en el que pone Propuestas Internet.

Tiffany buscó entre los documentos y encontró lo que buscaba. Cerró la caja y le entregó el sobre a King.

—¿Es eso todo lo que quieres de mí? —preguntó, volviéndose hacia la puerta.

—No.

Tiffany dudó un momento junto a él. Lo miró con gesto interrogante.

King no sonreía. Su mirada era penetrante y cautelosa. El corazón de Tiffany latió aceleradamente. Alzó la barbilla.

—¿Y bien?

—¿Fue deliberado?

Tiffany parpadeó.

—¿A qué te refieres?

—A que nos dejaste fuera de la lista de invitados para la fiesta de Año Nuevo.

Tiffany sintió una incómoda tensión en el ambiente. Frunció el ceño.

—Tú y Carla fuisteis invitados —dijo—. Mandé la lista por fax directamente a la imprenta. Vosotros dos erais los primeros de la lista. Las invitaciones fueron enviadas a la secretaria de mi padre. Carla conoce a Rita. Estoy segura de que sabía que figurabais en la lista.

King entrecerró los ojos.

—Dijo que había comprobado la lista y que nuestros nombres no aparecían en ella.

—Alguien miente —replicó Tiffany con calma. King gruño.

—No me cuesta mucho imaginar quién.

—Crees que fui yo, ¿no? ¿Por qué iba a hacerlo? King se encogió de hombros.

—¿Por despecho? —preguntó con una sonrisa burlona—. Después de todo, no te di ninguna oportunidad, ¿no?

Meses de condicionamiento hicieron que el rostro de Tiffany no revelara sus sentimientos. Metió una mano en el bolsillo de su

chaqueta y alzó una ceja.

—Lo cierto es que me hiciste un favor —dijo—. No tienes por qué preocuparte; ya no soy una amenaza para ti. Mark y yo trabajamos para la misma agencia y nos vemos mucho últimamente; y no sólo en el trabajo.

King entrecerró los ojos y la miró de arriba abajo.

—Has cambiado.

Tiffany se encogió de hombros.

—Sólo he madurado —la sonrisa de sus labios no alcanzó sus ojos —. Dicen que tengo un brillante futuro. Al parecer, mi cuerpo es muy fotogénico.

Algo destelló en la mirada de King, que se apartó antes de que Tiffany pudiera verlo.

—Pensé que te fuiste de vacaciones, no a buscar trabajo.

—No tuve muchas opciones —dijo Tiffany, volviéndose hacia la puerta.

King apretó los puños. Se volvió para hablar, pero Tiffany ya había salido al vestíbulo. La siguió, sorprendiéndose al ver que no se dirigía hacia la salida, sino hacia el ordenador de Rita. Tiffany se sentó tras el ordenador, lo encendió y buscó el archivo de la lista de invitados. Cuando lo encontró, hizo que apareciera en la pantalla. Ni King ni Carla figuraban en la lista de invitados. Pero una de las modelos de la agencia era un genio con los ordenadores y le había enseñado a Tiffany algunos trucos.

—Te había dicho que nuestros nombres no aparecían —dijo King tras ella.

—No pienso renunciar tan fácilmente. Espera un segundo —Tiffany cargó un programa diseñado para recuperar archivos perdidos y lo puso en marcha. Unos segundos después apareció de nuevo la lista de invitados en la pantalla. La encabezaban los nombres de King y Carla.

King frunció el ceño.

—¿Cómo lo has hecho? No he visto que tus dedos presionaran ninguna tecla.

—No lo han hecho. Este archivo había sido deliberadamente borrado y sustituido. Estoy segura de que si busco el fax, descubriré que también fue modificado —Tiffany guardó el archivo y se puso en pie. Miró a King fríamente a los ojos—. Dile a Carla que ha sido un buen intento, pero que la próxima vez tendrá que esforzarse en

mejorar su técnica.

Tras tomar su bolso, salió del despacho. King la siguió, pensativo.

—¿Por qué crees que Carla falsearía la lista? —preguntó mientras volvían al rancho.

—Es una chica con aspiraciones. Aunque yo no supongo ninguna amenaza para ella —añadió Tiffany con firmeza—. Cada vez me gusta más mi vida en Nueva York y tengo un hombre al que mostrar mi afecto. Puedes decírselo, antes de que se le ocurran nuevas ideas para hacerme quedar mal.

King no contestó, pero sus manos apretaron el volante con más fuerza de la necesaria.

Tiffany salió del coche antes de que King pudiera soltar su cinturón de seguridad.

Sabía que la casa estaba vacía, porque Harrison había salido y Mark seguiría en el rancho de Lisa. No quería que King pasara.

Se detuvo un momento en el primer escalón.

—Le diré a papá que ya tienes lo que necesitabas. King miró a Tiffany y luego la puerta de la casa.

—¿Está esperándote ahí dentro? —preguntó con frialdad.

—Eso no es asunto tuyo —replicó Tiffany solemnemente—. Como dijiste en aquella memorable ocasión, yo quería jugar a las casitas y tú no. Por si te interesa saberlo, ya no quiero jugar contigo a nada. Adiós.

Fue hasta la puerta, la abrió, pasó al interior y echó el cerrojo. Si King lo había oído, mejor. ¡No quería tenerlo a menos de tres metros de distancia nunca más!

Capítulo 6

TIFFANY subió a su habitación, casi temblando de rabia por la traidora acción de Carla. Sólo ella podía ser la responsable de que su nombre y el de King desaparecieran de la lista. Carla estaba jugando a ganar y creía que ella era un obstáculo para sus aspiraciones. En cierto modo tenía su gracia, porque King no quería saber nada de ella. ¿Cómo era posible que Carla no lo supiera?

Abrió el armario. Era Año Nuevo, y, al día siguiente, ella y Mark tendrían que volar de vuelta a Nueva York para retomar el trabajo. Las primeras semanas del año serían muy ajetreadas, pues los desfiles de primavera se acercaban, y estaba casi segura de que le ofrecerían un nuevo contrato. Era joven y fotogénica y su agente decía que tenía un gran potencial. No era un proyecto de vida tan seductor como el de compartirla con King, pero tendría que conformarse. La soledad era algo a lo que tendría que acostumbrarse, así qué...

—¿Ya estás preparando las maletas?

Tiffany se volvió, sorprendida. King estaba en el umbral de la puerta.

—¿Cómo has entrado?

—Kitty me ha abierto la puerta trasera. Está limpiando la cocina —King cerró la puerta con firmeza y miró a Tiffany con un extraño brillo en sus pálidos ojos azules—. No es normal en ti evitar una confrontación. Antes nunca lo hacías.

—Puede que esté cansada de luchar —replicó Tiffany, tensa.

—Puede que yo también.

King avanzó, arrinconándola contra la cama, y, de pronto, le dio un ligero empujón. Tiffany cayó al colchón y King la siguió. Apoyó los brazos a ambos lados de su cabeza y la miró a los ojos.

—Estoy esperando a Mark —dijo Tiffany, tratando de mostrarse firme.

—¿En serio? Kitty me ha dicho que está en casa de Lisa McKinley, y, al parecer, según se comportaron durante la fiesta, no deben estar hablando precisamente de filosofía —King apartó con una mano las solapas de la chaqueta de Tiffany y a continuación la deslizó sobre uno de sus senos, dejando el pulgar sobre el pezón el tiempo suficiente para que éste se endureciera. Sonrió al sentirlo—. Al menos, algunas cosas nunca cambian.

—No sé qué quieres... ¡oh!

Tiffany se arqueó por completo cuando la boca de King cubrió de repente su seno. Incluso a través de la ropa, le hizo estremecerse de placer. Cedió sin la más mínima lucha.

King deslizó las manos bajo su espalda y le soltó el sujetador. Luego volvió a acariciarla.

—Es como deslizar la mano sobre seda —susurró, alzando la cabeza—. Es como estar en el paraíso —mientras hablaba, King siguió acariciando a Tiffany, viendo cómo se dilataban sus pupilas y sus labios se entreabrían—. Al diablo con todo —murmuró con voz ronca, empezando a desvestirla.

—¡King... no puedes...!

—Quiero besarte —dijo él, mirándola a los ojos mientras le quitaba la ropa.

Aquellas palabras alimentaron el fuego que ya estaba devorando a Tiffany. No volvió a hablar, limitándose a respirar agitadamente mientras King retiraba la chaqueta, la blusa y el sujetador de la cama. Después, tomándola delicadamente con las manos por los costados, la arqueó hacia sí y tomó un pecho en su boca.

No había pasado, ni presente. Sólo existía el gozo de la boca de King en su cuerpo. Tiffany gimió mientras el placer alcanzaba alturas increíbles. Aquellas caricias en sus pezones eran la sensación más dulce que nunca había experimentado. Sintió que volvía a respirar, que estaba viva de nuevo.

—Tranquila, cariño —susurró King cuando los gemidos de Tiffany empezaron a hacerse más intensos—. Tranquila.

—¡King...! —la voz de Tiffany fue casi un ruego.

—Nena... —King se tumbó a su lado y la miró con gesto solemne. Luego, su boca encontró la de ella, mientras sus manos buscaban los

lugares en los que Tiffany anhelaba ser acariciada.

Ella gimió de nuevo, y sus ojos se llenaron de lágrimas de frustración al sentir que aquellas caricias sólo hacían que su hambre de amor se acrecentara.

—De acuerdo —susurró King—. Es demasiado pronto, Tiffany, pero voy a darte lo que quieres —su mano empezó a moverse lentamente contra el cuerpo de Tiffany. Ella se puso rígida, pero King no se detuvo. La besó en los párpados para que los cerrara y luego apagó con sus labios las palabras de protesta que trataban de surgir de su garganta.

Tiffany perdió por completo el control sobre su cuerpo. Este insistía, exigía su propia satisfacción. Sus ojos permanecieron firmemente cerrados mientras se arqueaba una y otra vez, rogando, susurrando a King, olvidando por completo el orgullo en el remolino de una locura que nunca había experimentado.

De pronto, abrió los ojos y se puso rígida al sentir el inicio de una intensa descarga de placer que recorrió su cuerpo como un rayo de sol. Miró a King, maravillada, y, de pronto, se sintió viajando entre las estrellas, cayendo en un estremecido éxtasis para el que ninguna de sus lecturas la había preparado.

Después lloró, por supuesto. Estaba conmocionada y avergonzada por aquella primera experiencia de placer colmado. Ocultó el rostro contra King, aún temblorosa.

—Te había dicho que era demasiado pronto —susurró King—. Te he llevado demasiado lejos. Sólo pretendía besarte —la estrechó entre sus brazos—. No llores. No hay motivo para que estés disgustada.

—Nadie... nunca...

King colocó un dedo sobre los inflamados labios de Tiffany.

—Lo sé —la besó en las mejillas con dulzura, secando sus lágrimas —. Y esto sólo ha sido el principio. No puedes imaginar lo que de verdad sentirás —tomó una mano de Tiffany y se estremeció mientras la movía delicadamente contra su pantalón—. Te deseo.

Tiffany lo besó en el cuello.

—Lo sé. Yo también te deseo.

—Tu padre es mi socio, Tiffany. No hay forma de que nos acostemos sin que él lo averigüe. Le destrozaría. No pertenece a este siglo.

—Lo sé —Tiffany hizo una mueca—. Supongo que yo tampoco.

King alzó la cabeza y contempló la mano de Tiffany apoyada sobre su cuerpo. Sonrió y la miró.

—Estoy hambriento —susurró.

Tiffany tragó con esfuerzo.

—¿Yo podría...?

King suspiró.

—No. No podrías —apartó la mano de Tiffany y la estrechó en la suya con fuerza—. A mi modo, también soy bastante anticuado. Supongo que será mejor que vengas mañana conmigo a la ciudad a elegir un anillo.

Tiffany parpadeó.

—¿Un qué?

—Un anillo de compromiso y otro de boda —dijo King.

—Dijiste que no querías casarte.

—Han pasado varios meses desde entonces. Por decirlo de algún modo, no soy un hombre al que le siente bien la abstinencia. Necesito una mujer.

—Creía que estabas con Carla —dijo Tiffany en tono acusador.

King suspiró pesadamente.

—Ese es uno de los pequeños problemas con que he tenido que enfrentarme desde que te fuiste. Ella no parece ser capaz de despertar mí... interés.

Los ojos de Tiffany se agrandaron. Aquello sí era una novedad.

—Tenía entendido que cualquier mujer podía despertar el interés de un hombre.

—Veo que sigues leyendo novelitas —murmuró King con ironía—. A pesar de lo que puedan decir los libros y los manuales de instrucción, mi cuerpo no parece capaz de entenderlo. Sólo te desea a ti. Y te desea violentamente.

Tiffany aún sentía un cosquilleo por todo el cuerpo debido al placer que había experimentado. Hizo un gesto de duda.

—¿Qué? —preguntó King.

—Me siento culpable. Yo he sido la única que ha disfrutado —murmuró, sin poder ocultar cierta vergüenza.

—Daré tres vueltas a la casa corriendo y luego tomaré una ducha de agua fría —dijo King, sonriendo—. No te apures.

Tiffany volvió a tumbarse de espaldas en la cama, observando los posesivos ojos con que King contemplaba su desnudez.

—Puedes si quieres —susurró con una coqueta sonrisa—. Te dejo.

Los altos pómulos de King se ruborizaron.

—¿Con Kitty en la cocina y sabiendo que estoy aquí? —sonrió burlonamente y miró su reloj—. Creo que más o menos tenemos dos minutos para irnos.

—¿Que pasaría si tardáramos más?

—Que tú o yo recibiríamos una llamada telefónica que, curiosamente, se desconectaría en cuanto fuéramos a responder —dijo King.

Tiffany rió.

—Bromeas.

—En absoluto —King se levantó y recolocó su corbata, mirando a Tiffany con auténtica angustia—. ¡Quiero enterrarme en ti! —gruñó con suavidad.

Tiffany se ruborizó.

—¡King! —exclamó y se levantó para ponerse rápidamente la ropa.

Él rió.

—Qué pronto se ha esfumado toda esa bravuconería. Menuda sorpresa te espera en nuestra noche de bodas.

Tiffany terminó de abrocharse la camisa.

—Eres un auténtico libertino —murmuró.

—Y te encantará que lo sea —dijo King—. Te lo aseguro.

Tiffany se acercó a él con gesto elocuente.

—Después de lo de hoy, no me hará daño, ¿verdad? King dudó.

—No sé —dijo, finalmente—. Tendré tanto cuidado como pueda.

—Eso ya lo sé —Tiffany lo miró a los ojos con una profunda tristeza de la que no parecía poder liberarse—. Es sólo porque me deseas por lo que vamos a casamos, ¿verdad?

King frunció el ceño.

—El sexo es el fundamento de cualquier buen matrimonio. Tú y yo somos muy compatibles en ese aspecto.

Tiffany quería seguir con la conversación, pero hubo una repentina llamada a la puerta.

—¿Qué sucede, Kitty? —preguntó Tiffany, distraída.

—Hay una llamada para el señor Marshall, señorita Tiffany —dijo la asistenta, nerviosa.

—La contestaré abajo, Kitty. ¡Gracias! —añadió King, mirando significativamente a Tiffany.

—¡De nada! —contestó animadamente Kitty, y sus pasos se alejaron de la puerta.

—Sigue las instrucciones de tu padre —dijo King en voz baja.

—Papá siempre me ha protegido.

—Lo sé.

Tiffany frunció los labios y miró a King juguetonamente.

—He sido guardada para ti.

—Haré que el esfuerzo merezca la pena —prometió King, mirándola con intensidad.

—Oh, eso ya lo sé —Tiffany fue a abrir la puerta—. ¿Vienes a cenar esta noche?

—¿Va a estar tu acompañante aquí?

—No estoy segura. Lisa se quedó muy impresionada con él, y viceversa.

King sonrió.

—He entrado en la casa echando chispas a causa de los celos y casi me he puesto a bailar cuando Kitty me ha contado lo de tu invitado y Lisa.

—¿Estabas celoso? —preguntó Tiffany.

King alzó una ceja y deslizó sus ojos sobre ella como si fueran manos.

—Los dos sabemos que me perteneces desde que te crecieron los pechos —dijo con descaro—. Yo mantuve las distancias, casi demasiado tiempo. Pero, afortunadamente, he recuperado el sentido.

—Espero que no te arrepientas.

—Lo mismo espero yo —dijo King sin pensar, y pareció inquietarse ligeramente.

—Trataré de hacerte feliz —susurró Tiffany en un tono que esperaba fuera coqueto.

King sonrió.

—Eso espero.

Tiffany abrió la puerta y él la siguió al pasillo.

Mark se alegró sinceramente al saber que su amiga se había comprometido con el hombre de sus sueños. Él y Lisa habían descubierto que tenían muchas cosas en común, y su romance acababa de empezar a florecer, así que sólo tenía buenos deseos para Tiffany y King. Pero había algo en éste último que lo inquietaba; se notaba que no estaba apasionadamente enamorado de Tiffany. La deseaba; eso

habría sido obvio incluso para un ciego. Pero no parecía honesto que un hombre se casara sólo por deseo. Tal vez, el responsable indirecto era el señor Blair, que debía negarse a aceptar que su hija se convirtiera en la amante de su socio.

¡Por supuesto! Ese debía ser el motivo de los repentinos planes de boda. King había manipulado a Tiffany para que olvidara una boda de cuento de hadas y se conformara con una ceremonia discreta e íntima. No era justo, y a Mark le habría gustado poder ayudar, pero, al parecer, lo único que podía hacer por su amiga era desearle lo mejor y apartarse a un lado. King no parecía la clase de hombre al que le haría gracia que su prometida virgen tuviera un buen amigo...

La vida cambió para Tiffany de la noche a la mañana. Fue con King a una de las mejores joyerías de San Antonio y pasaron media hora mirando anillos antes de que eligiera uno de oro blanco y amarillo con rosas grabadas a su alrededor.

King dudó.

—¿No quieres un diamante? —preguntó.

—No —Tiffany no sabía exactamente por qué, pero no lo quería. Dejó que el vendedor le pusiera el anillo en el dedo.

King le sostuvo la mano y lo miró. El anticuado diseño de la joya le hizo sentirse extrañamente incómodo. Parecía una reliquia familiar, algo que una esposa querría que heredara su hijo. La miró a los ojos sin poder ocultar su recelo. La situación lo había forzado más o menos a proponerle matrimonio a Tiffany, pero hasta ese momento no había pensado más allá de la luna de miel. Allí estaba la prueba de que Tiffany tenía en mente años de matrimonio, no meses, mientras que él sólo quería satisfacer su intenso deseo.

—¿No te gusta? —preguntó Tiffany, preocupada al ver la expresión de King.

Él se obligó a sonreír.

—Es exquisito —contestó—. Sí, me gusta. Tiffany respiró aliviada.

—¿No quieres elegir tú uno? —preguntó al ver que King despedía al dependiente con un gesto de la mano.

—No —contestó él de inmediato—. Soy alérgico al oro —añadió, mintiendo.

—Oh, Oh, ya veo —el rostro de Tiffany se animó un poco. Le había dolido pensar que King no quería llevar un símbolo visible de su condición de casado.

Los preparativos de la boda empezaron poco después. King no quería un gran acontecimiento social, ni tampoco Tiffany. Acordaron que se celebraría una pequeña ceremonia en la iglesia presbiteriana local, a la que asistiría la familia y algunos amigos.

Lo único que lamentó Tiffany fue no poder tener el elegante vestido de novia con el que siempre había soñado. Habría parecido fuera de lugar en una ceremonia tan íntima. En lugar de ello, eligió un vestido blanco con velo y un pequeño sombrero de un diseñador moderno.

Lamentó que su mejor amiga se hubiera casado con un militar que estaba destinado en Alemania. No tenía dama de honor, pero también habría estado fuera de lugar tenerla, dadas las circunstancias.

King empezó a mostrarse más y más irritable según se acercaba la fecha de la boda. Siempre estaba fuera a causa de algún viaje de negocios y Tiffany esperaba que aquello no se convirtiera en un hábito durante su vida de casada. Era lo suficientemente realista como para comprender que su trabajo era importante para él, pero ella también quería formar una parte importante de su vida.

La noche anterior a la boda, King cenó con Tiffany y con el padre de ésta. Estaba tan distante que incluso Harrison lo notó.

—No te estarás arrepintiendo, ¿no? —preguntó en tono de broma, y se puso tenso al ver la expresión que cruzó el rostro de King antes de que éste pudiera controlarla.

—Por supuesto que no —contestó King—. Lo único que sucede es que últimamente he tenido muchas preocupaciones con el trabajo.

Tiffany miró a su prometido. Hasta ese momento no se había fijado en lo tenso e incómodo que parecía sentirse.

—¿Estás seguro de que quieres casarte conmigo, King? —preguntó de repente, sorprendiéndose incluso a sí misma.

Él la miró a los ojos. Los suyos parecían totalmente carentes de expresión.

—No te lo hubiera pedido si no estuviera dispuesto a seguir adelante con ello —replicó.

La respuesta resultó extraña a oídos de Tiffany. Dudó unos segundos.

—Podría seguir trabajando una temporada —sugirió finalmente—. Si quieres, podemos posponer la ceremonia.

—Vamos a casarnos el sábado —le recordó King—. Ya tengo los

billetes para el lugar de Jamaica en que vamos a pasar la luna de miel. Volamos el sábado por la tarde a Montego Bay.

—Esos planes pueden cambiarse —replicó Tiffany. King rió sin humor.

—¿Y ahora quién es la que se está echando atrás?

—Yo no —mintió Tiffany. Sonrió y dio un sorbo a su bebida. Pero una intensa inquietud se había apoderado de su interior. Nunca se había sentido tan insegura de sus sueños y esperanzas. Deseaba a King, y él la deseaba a ella. Pero lo de él era una necesidad física. ¿Y si se cansaba de ella antes de que terminara la luna de miel?

Hizo un esfuerzo por frenar aquella clase de pensamientos. Era absurdo tener tan poca fe en sus propias habilidades. Si había podido volverlo loco de deseo una vez, podía volver a hacerlo. Sabría hacerlo feliz. Podía encajar en su mundo. A fin de cuentas, también era el suyo. En cuanto a Carla, y las complicaciones que pudiera causar, ya se preocuparía más adelante. Si podía hacer que King se sintiera feliz en casa, Carla no tendría opción de interponerse entre ellos.

Miró un momento a King, su recta nariz, la forma de su cabeza, su oscuro pelo... No había duda de su elegancia y atractivo. Tenía dinero y poder, y la arrogancia que estos daban. Pero, teniendo en cuenta su pasado sin amor, ¿sería capaz de amar? ¿Podía aprender a hacerlo?

Mientras ella lo observaba, King volvió la cabeza y la miró, admirando su belleza, su elegancia. De pronto, algo se alteró en su expresión y entrecerró lo ojos.

—¿Qué sucede? —preguntó Tiffany con una traviesa sonrisa—. ¿Hago ruido al tomar la sopa?

King sonrió.

—No. Estaba pensando en lo guapa que eres —dijo con sinceridad —. No cambiarás mucho en veinte años. Puede que te salgan una o dos canas, pero seguirás siendo un milagro.

—Qué piropo más agradable —murmuró Tiffany, dejando la cuchara en el plato—. Pero recuérdalo de aquí a seis años, más o menos. Por si lo olvidas, yo me encargaré de recordártelo.

—No lo olvidaré.

Harrison dejó escapar un suspiro de alivio. Sin duda, lo único que le pasaba a King era que estaba nervioso por la boda. Pero, después de todo, hacía años que conocía a Tiffany, de manera que no habría demasiadas sorpresas para ellos. Tenían cosas en común y se gustaban.

Incluso aunque el amor faltara al principio, estaba seguro de que llegaría. Así debía ser. De lo contrario, nada retendría a un hombre como King.

Tiffany notó la sombría expresión de su padre y alzó una ceja.

—Es una boda, no un funeral —bromeó.

—Lo siento, cariño. Estaba pensando en otra cosa.

—¿En Lettie? —bromeó Tiffany.

Harrison miró atentamente a su hija.

—No —espetó—. Si alguna vez la asan a la parrilla, me encantará llevar la salsa.

—Sabes que te gusta. Lo único que sucede es que eres demasiado testarudo para admitirlo.

—Es una irritación constante. ¡Cómo un moscardón!

—Menuda comparación, papá.

King escuchaba sin ningún interés. Estaba muy pensativo e inusualmente silencioso. Miraba a Tiffany ocasionalmente, pero ahora, su expresión era de preocupación. ¿Le ocultaba algo? ¿Habría algo en su vida que ella desconocía? Tiffany decidió que trataría de sonsacarle la verdad en cuanto estuvieran a solas.

Pero cuando terminaron de comer, King miró su reloj y dijo que tenía que volver al despacho a terminar un papeleo.

Tiffany se levantó y lo siguió al vestíbulo.

—Esperaba que tuviéramos un rato para hablar —dijo, preocupada —. Vamos a casarnos mañana.

—Y ése es el motivo de que tenga que trabajar hasta tarde esta noche —replicó King, tenso—. Hace mucho tiempo que no me tomo una semana libre. Pregúntaselo a tu padre.

—No necesito hacerlo. Sé que trabajas duro —Tiffany lo miró con auténtica preocupación—. Si quieres, aún estás a tiempo de echarte atrás.

King elevó las cejas.

—¿Tú quieres echarte atrás?

Tiffany se mordió el labio inferior, preguntándose si eso sería lo que King quería que admitiera. Era tan difícil tratar de leer sus pensamientos…

—No —dijo con sinceridad—. No quiero. Pero si tú…

—Seguiremos adelante con ello —interrumpió King—. Después de todo, tenemos mucho en común. Así las cosas quedarán en familia.

—Sí, nuestros hijos… —empezó Tiffany. King rió sin ninguna alegría.

—¡No empieces a hablar ya de nuestros hijos! Aún faltan años para eso —de pronto, frunció el ceño y miró a Tiffany a los ojos—. No has ido al médico, ¿no?

—Para hacerme un análisis de sangre —contestó ella.

—Para informarte sobre métodos de contracepción —replicó él, y Tiffany se ruborizó—. Yo me haré cargo de ello de momento. Pero cuando volvamos del viaje de novios, pide hora. No me importa qué elijas, pero quiero que te protejas.

Tiffany sintió como si acabara de recibir una ducha de agua fría.

—Sabes mucho sobre planificación familiar para ser soltero.

—Por eso sigo soltero —dijo King con frialdad—. Tener o no tener hijos será una decisión mutua, no sólo tuya. Espero haberme expresado con claridad.

—Desde luego que lo has hecho.

—Mañana nos veremos en la iglesia —King miró rápidamente a Tiffany de arriba abajo—. Trata de dormir bien esta noche. Mañana nos espera un largo día y un largo viaje.

—Lo intentaré.

King acarició el pelo de Tiffany, pero no la besó.

Volvió a reír, como si acabara de recordar alguna fría broma personal. La dejó en el vestíbulo, sin molestarse en mirar atrás. Fue una deprimente despedida para una pareja a punto de casarse. Debido a ello, Tiffany apenas logró dormir esa noche.

Capítulo 7

Amaneció diluviando. Al ver el tiempo que hacía, Tiffany se sintió aún más deprimida. Miró su reflejo en el espejo y apenas se reconoció. No se sentía como la vieja Tiffany, que se habría enfrentado a lo que hubiera hecho falta para conseguir lo que quería de la vida. Y recordó con escalofriante precisión las palabras de un viejo dicho: «Ten cuidado con tus deseos, pues pueden llegar a hacerse realidad». Se maquilló cuidadosamente, camuflando su palidez y sus ojeras. Luego se puso su vestido blanco, y recordó con retraso que no había un ramo de flores para la ocasión. Pero ya era demasiado tarde. Se puso el sombrero con el velo, tomó su bolso y se reunió con su padre en el vestíbulo. La casa parecía extrañamente vacía, y Tiffany se preguntó qué habría pensado su madre de aquella boda.

Harrison, elegantemente vestido con traje oscuro y una rosa blanca en la solapa, se volvió y sonrió a su hija mientras ésta bajaba las escaleras.

—Estás preciosa —dijo—. Tu madre habría estado orgullosa.

—Eso espero.

Harrison se acercó y frunció el ceño al tomar las manos de Tiffany entre las suyas y comprobar que las tenía heladas.

—¿Estás segura de que esto es lo que deseas? —preguntó solemnemente—. Aún puedes echarte atrás si quieres.

Por un instante, Tiffany pensó en aquella posibilidad y sintió pánico. Pero ya había ido demasiado lejos.

—Todo irá bien —dijo, esforzándose por sonreír—. No te preocupes.

Harrison suspiró con impotencia y se encogió de hombros.

—No puedo evitarlo. Anoche, durante la cena, ninguno de los dos

parecíais especialmente felices. Daba la sensación de que, en lugar de casaros, ibais a subir al patíbulo.

—Oh, papá—dijo Tiffany, y rompió a reír—. ¡Cómo no ibas a salir con algo así!

Harrison también sonrió.

—Eso está mejor. Casi parecías un fantasma cuando has bajado las escaleras. No queremos que la gente confunda la ceremonia con una ejecución.

—¡Espero que no! —Tiffany tomó a su padre por el brazo y respiró profundamente para calmarse—. Vámonos ya. Cuanto antes acabe todo, mejor.

—Esa clase de comentarios resultan realmente reconfortantes —murmuró Harrison mientras la escoltaba hasta la limusina blanca que los iba a conducir hasta la pequeña iglesia.

Sorprendentemente, el aparcamiento estaba lleno de coches cuando llegaron.

—No recuerdo que hubiera tanta gente invitada —dijo Tiffany.

—King debe haberse visto obligado a invitar a la gente que trabaja para él —recordó su padre—. Sobre todo a los ejecutivos.

—Supongo que será eso —Tiffany esperó a que el chofer abriera la puerta y salió cautelosamente del coche, muy consciente de que no llevaba un ramo de novia. Dejó el bolso en la limusina, pues King y ella saldrían en ésta hacia el aeropuerto en cuanto terminara la ceremonia. Debido al poco tiempo que había no se había organizado una recepción, aunque, probablemente, King habría contratado algún restaurante local para los invitados.

Tiffany entró en la iglesia tomada del brazo de su padre.

King estaba de pie frente al altar, con el oficiante.

La decoración era decepcionante. En lugar de los abundantes ramos de rosas que Tiffany esperaba, se encontró con dos pequeños centros de flores a ambos lados del altar, ya ligeramente marchitas. La familia se habría sentado en el primer banco, si ella o King hubieran tenido familiares cercanos. Pero ninguno de los dos los tenía, a pesar de que Tiffany consideraba a Lettie como parte de su familia. Y allí estaba sentada, con un traje precioso y un sombrero que habría llamado la atención de cualquier revista de modas. Tiffany sonrió involuntariamente ante la imagen de su querida madrina. Era una suerte que no hubiera acudido la prensa; de lo contrario, Lettie habría

conseguido dejar en segundo plano a la novia y al novio con su bonito vestido de seda y el peculiar sombrero.

Al ver a Tiffany en el fondo de la iglesia con su padre, el pastor hizo una seña al organista para que empezara a tocar. Unos segundos después sonaron los primeros acordes de la famosa Marcha Nupcial.

Tiffany sintió que las rodillas le temblaban mientras caminaba por el pasillo. Sentía una angustiosa inquietud ante lo que pudiera depararle el futuro.

Y justo cuando pensaba que no podía sentirse peor, vio a Carla sentada en el primer banco de la parte que correspondía a los invitados de King. Incrédula, comprobó que la mujer vestía un traje blanco de encaje con sombrero y velo, como si fuera ella la novia. Sintió que su padre se ponía tenso al fijarse en lo mismo que ella. Pero a ninguno de los dos se les habría ocurrido montar una escena por aquel desagradable detalle. Era increíble que King hubiera invitado a su querida a la boda. Tal vez pretendía poner las cosas en su sitio con aquel detalle. Tiffany sería su esposa, pero él no pensaba hacer ninguna concesión en su vida privada.

King se volvió a mirarla cuando llegó junto a él. Entrecerró los ojos al fijarse en el vestido que llevaba y en la ausencia de ramo de novia. Frunció el ceño. Tiffany no reaccionó. Se limitó a mirar al pastor y a prestarle toda su atención mientras empezaba la ceremonia. Cuando ésta terminó, el oficiante preguntó si alguno de los dos tenía algo que decir. Al ver la incomodidad de Tiffany y King ante su pregunta, los declaró rápidamente marido y mujer y sonrió mientras invitaba a King a besar a su esposa.

Este se volvió y miró a Tiffany un largo momento antes de alzar el velo de su sombrero y besarla con palpable frialdad.

Enseguida, la gente que estaba en los primeros bancos se acercó a ellos para felicitarlos. Lettie fue la primera. Abrazó a Tiffany cariñosa y maternalmente, y ésta tuvo que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas, pues su nueva condición de casada la alejaría inevitablemente de su madrina, que había sido como una auténtica madre para ella.

Estaba volviéndose hacia su padre cuando vio que, con una sonrisa en los labios, Carla rodeaba el cuello de King con los brazos y lo besaba apasionadamente en la boca.

El pastor pareció tan sorprendido como la propia Tiffany y su

padre. Harrison estaba a punto de avanzar hacia ellos cuando Lettie lo sujetó discretamente por un brazo.

—Acompáñame hasta mi coche, Harrison —dijo. Segundos después, King se apartó de Carla y estrechó las manos de varios de sus ejecutivos. Tiffany dedicó a Carla una mirada asesina y tomó el brazo libre de su padre.

—¿Vamos? —dijo a sus acompañantes.

—Esto es... muy poco convencional, desde luego —murmuró Lettie mientras salían de la iglesia.

—No tanto como olvidar con qué mujer te has casado —dijo Tiffany en voz lo suficientemente alta como para que la oyeran King y el resto de las personas que los rodeaban.

Sin necesidad de volverse, sintió la furiosa mirada de King clavada en su espalda.

Pero no le importó. El y su amante ya la habían humillado lo suficiente en el día de su boda. Sintió la tentación de irse a casa con su padre y solicitar una anulación inmediata.

En cuanto llegó a la limusina con Harrison y Lettie, King la tomó del brazo y le hizo entrar en el vehículo sin ninguna ceremonia. Tiffany apenas tuvo tiempo de despedirse con la mano mientras el chofer aceleraba.

—No sé a qué ha venido ese comentario —espetó King en cuanto el coche se alejó.

—Trata de decir eso con menos pintalabios en la boca, querido —replicó Tiffany en tono mordaz.

King sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y se limpió los labios.

—En mi propia boda —murmuró Tiffany, retorciendo nerviosamente el bolso entre sus manos—... tú y esa... esa mujer... dando ese espectáculo.

—Tú tampoco has ayudado mucho a mejorarlo presentándote con ese traje y sin ramo de novia —dijo King con rabia contenida.

—Eras tú quien tenía que haberme dado el ramo —replicó Tiffany, con el orgullo destrozado—. Y en cuanto al traje, no querías una gran boda, así que habría resultado inadecuado vestir un auténtico vestido de novia para una ceremonia tan breve.

King rió con frialdad, mirándola.

—No me dijiste que querías un ramo de novia.

—Puedes darle uno a Carla más adelante y ahorrarle el problema de tener que tomar el mío.

King maldijo entre dientes.

—Adelante —continuó Tiffany—. Termina de estropear el día.

—Todo este maldito asunto fue idea tuya —gruñó King—. ¡Yo nunca pensé en el matrimonio hasta que empezaste a arrojarte en mis brazos! Y la opción de una aventura nunca fue posible.

Tiffany lo miró con tristeza. Ya echaba de menos los viejos tiempos, cuando sólo eran amigos y disfrutaban de su mutua compañía. Esos días se habían ido para no volver.

—Lo sé —dijo con pesar, pensando que, en el fondo, King era tan víctima de las circunstancias como ella misma—. No debería haber esperado que saltaras de alegría ante la idea de casarte conmigo. Tienes razón. Tú no querías casarte y yo te he forzado a ello. Tienes todo el derecho a estar furioso —se volvió hacia él, pálida. Sus ojos habían perdido el brillo que solía iluminarlos—. No tenemos por qué seguir con esta farsa. Podemos conseguir una anulación ahora mismo. Si le dices al chofer que me deje en casa, pondré en marcha los papeleos de inmediato.

King la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Acabamos de casarnos —dijo con brusquedad—. ¿Qué crees que dirá la gente si anulo mi matrimonio una hora después de la ceremonia?

—Nadie tiene por qué saber cuándo ha sido anulado —dijo Tiffany razonablemente—. Tú puedes volar a Jamaica y yo puedo regresar a Nueva York con Lettie hasta que todo esto pase.

—Supongo que volverías a trabajar de modelo —dijo King en tono irónico.

Tiffany se encogió de hombros.

—Al menos tendré algo que hacer.

—Ya tienes algo que hacer —replicó King, enfadado—. Eres mi esposa.

—¿Lo soy? —preguntó Tiffany—. Después de cómo has besado a Carla, nadie en la iglesia lo habría dicho. De hecho, su vestido parecía mucho más adecuado que el mío para la ocasión.

King apartó la mirada, casi como si se sintiera avergonzado. Tiffany volvió a apoyarse contra el respaldo del coche y cerró los ojos.

—Pero me da lo mismo —dijo, cansada—. Decide lo que quieras y

yo lo acataré —volviendo la cabeza y mirándolo con frialdad, añadió —. Todo, excepto dormir contigo. Eso no pienso hacerlo. Ahora no.

King arqueó las cejas.

—¿Qué diablos quieres decir?

—Exactamente lo que has oído replicó Tiffany con firmeza—. Puedes conseguir… eso… de Carla, y con mis bendiciones —mintió, pensando en lo caro que salía el orgullo. Cerró de nuevo los ojos para ocultar el temor que le producía que King pudiera aceptar su propuesta —. He estado viviendo en un paraíso irreal, buscando la felicidad eterna, soñando en satén y encajes, en noches deliciosas y en bebés. Y lo único que tengo para respaldar mi sueño es un deseo de segunda mano que ni siquiera oculta detrás un destello de verdadera amistad, y la tajante prohibición de pensar en tener hijos.

King miró hacia delante, con la mandíbula tensa.

Sí, él había dicho aquello. Había dejado muy claro que no quería hijos de momento. Se había distanciado deliberadamente de Tiffany durante las dos últimas semanas, dando la impresión de ser un hombre forzado a hacer algo que no deseaba. Dejó claro desde el principio que quería una ceremonia rápida y sencilla, pero no quiso que su secretaria Carla se hiciera cargo de organizarla. Había hecho que se encargara de ello otra empleada. Se preguntó qué habría pasado para que sólo hubiera dos sosos centros de flores en toda la iglesia. Y Tiffany ni siquiera había tenido su ramo de novia. De algún modo, Carla debía haberse visto implicada en aquello. Pero no había forma de reparar lo sucedido. Y el vestido de su secretaria y su beso lo habían sorprendido tanto a él como a Tiffany. Pero, aunque así se lo hubiera dicho, ella no lo habría creido. Tiffany estaba pensando en todo lo que le había negado. Y le había negado algo más que unas simples flores. No había habido fotógrafos, ni dama de honor, ni fiesta, ni tarta… Y encima, parecía que él había querido besar a su secretaria en lugar de a su esposa frente a todos los invitados.

Con amargo arrepentimiento, volvió la mirada hacia Tiffany. Había tratado de evitar casarse con ella desde el principio, odiando la debilidad que sentía, castigándose por ello. La boda había sido una farsa. Tiffany se sentía herida y amargada, y él era el único culpable. Contempló con pesar su abatida expresión. Recordó su habitual alegría de vivir, sus bromas, su forma de tentarlo, su tenaz amor… Podría haber tenido todo eso para él solo. Pero había permitido que

sus temores y recelos ensombrecieran la ocasión, y Tiffany había sufrido por ello.

Respiró profundamente y volvió la mirada hacia la ventana. Al parecer, la luna de miel que les esperaba no iba a ser precisamente dulce.

Y no lo fue. Montego Bay era un lugar colorido y lleno de vida, con una historia fascinante y unos habitantes encantadores.

Tenían una suite reservada en uno de los hoteles más caros de la bahía. Afortunadamente, incluía dos dormitorios. Tiffany no preguntó a King qué pensaba de su decisión de dormir en la más pequeña; simplemente se limitó a ocuparla. Le prestó la misma atención que le habría prestado a una compañera de dormitorio, y tampoco le preguntó lo que pensaba al respecto. Era su luna de miel. No había tenido una auténtica boda, pero pensaba tener una auténtica luna de miel, aunque tuviera que pasarla sola.

King había llevado consigo su ordenador portátil, y pasó la primera tarde trabajando en un pequeño escritorio que había junto a una ventana.

Tras ponerse un traje pantalón beige, Tiffany dijo:

—Voy al restaurante a cenar.

King apartó la mirada del monitor de su ordenador.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó, dedicándole una mirada extrañamente apagada.

—No especialmente, gracias.

Tiffany salió mientras King empezaba a acostumbrarse a ser un turista mal recibido.

En el restaurante, Tiffany pidió ensalada de marisco y una piña colada. Ésta contenía bastante más ron del que esperaba y notó que se le subía a la cabeza.

De pronto, se sintió muy contenta, y cuando la orquesta del hotel empezó a tocar para animar a los turistas, Tiffany se unió a la diversión, aplaudiendo y riendo con los demás.

Hasta que un hombre alto y elegante trató de hablar con ella no se dio cuenta de que su comportamiento podía haber sido mal interpretado. Alzó su mano izquierda para que el hombre viera el anillo y le dedicó una sonrisa con las proporciones adecuadas de gratitud y arrepentimiento. El hizo una inclinación de cabeza y se fue. Después, Tiffany volvió a la suite.

King la miró con curiosidad mientras ella cerraba la puerta con una risita tonta.

—¿Qué has estado haciendo? preguntó.

—Sospecho que emborracharme —contestó Tiffany, sonriendo—. No sabes la cantidad de ron que echan en las bebidas.

—Nunca te han sentado bien las bebidas fuertes —dijo King en tono benevolente.

—Un hombre ha tratado de intimar conmigo. King frunció el ceño, pero no dijo nada.

—Le he enseñado mi anillo de casada —añadió Tiffany para aplacarlo—. Y no lo he besado. A fin de cuentas, hoy es el día de mi boda.

—Un mal día —dijo King con tristeza.

—Si no me hubiera puesto tan sensiblera, aún seríamos amigos —dijo Tiffany, con la sinceridad que a veces hacía aflorar el alcohol—. Me gustaría que así fuera.

King se acercó a ella y suspiró.

—Yo también —admitió, tenso. La miró a los ojos—. Tiffany, yo... no quería casarme.

—Lo sé. No te preocupes —dijo ella en tono consolador—. Eso tiene solución. Iré a ver a un abogado en cuanto volvamos.

Aquello no hizo que King se relajara. Sus ojos recorrieron el esbelto cuerpo de Tiffany, buscando todas sus suaves curvas.

—No deberías haber crecido.

—No tuve otra opción —Tiffany reprimió un bostezo y se volvió—. Buenas noches, King.

Casi con dolor, King observó cómo entraba en la habitación. La deseaba desesperadamente. Pero resultaría imposible conseguir una anulación si la seguía al dormitorio. Y Tiffany ya había dejado claro que no quería que lo hiciera. Salió a la terraza, dejando que el aire fresco acariciara su ardiente piel.

Nunca se había sentido tan inquieto, ni tan frío por dentro.

Tiffany despertó con un intenso dolor de cabeza y sensación de náuseas. Acababa de erguirse en la cama cuando King llamó a la puerta y pasó al dormitorio.

—¿Te encuentras bien? —preguntó.

—Tengo resaca —contestó Tiffany sin mirarlo—. Quiero morirme.

King suspiró.

—La próxima vez deja el ron para los expertos y pide una bebida más suave. Tengo unos analgésicos que podrían ayudarte. Te traeré un par. ¿Quieres café?

—Sólo, por favor —dijo ella, sin moverse. Sentía que la cabeza estaba a punto de estallarle.

Cuando King volvió, le dio dos pastillas y un vaso de agua para que se las tragara. Después de tomarlas, Tiffany le dio las gracias y le devolvió el vaso.

—Traeré el café en cuanto lo suban —dijo King—. Supongo que no te apetecerá desayunar, pero te vendría bien llenar un poco el estómago.

—No me siento capaz de comer nada —Tiffany se tumbó de costado, se acurrucó y cubrió su cabeza con la almohada.

King la dejó sola a pesar de sí mismo. Un marido cariñoso se habría quedado con ella, habría sostenido su mano, le habría ofrecido su apoyo. Pero había estropeado tanto las cosas durante las últimas semanas que no creía que sus atenciones fueran bien recibidas. Tiffany ni siquiera tenía que decirle por qué había bebido tanto la noche anterior. Él ya lo sabía.

Minutos más tarde entró en el dormitorio con el café y encontró a Tiffany en el suelo, jadeando. No parecía poder respirar. Tenía el rostro hinchado. Su mirada reflejaba auténtico pánico.

—¡Dios santo! —King fue al teléfono y llamó a recepción para que enviaran de inmediato un médico. Luego se sentó en el suelo, junto a Tiffany, tratando de no mostrar su miedo, de infundirle ánimos. Daba la sensación de que podía ahogarse en cualquier momento.

La rápida llegada del médico alivió en parte su preocupación, pero no por mucho tiempo.

Sin molestarse en mirar a King, el médico descolgó el teléfono y pidió una ambulancia.

—¿Qué ha comido? —preguntó mientras sacaba una jeringuilla de su maletín.

—Esta mañana nada. Tenía resaca. Le he dado un par de aspirinas hace unos minutos.

—¿Es alérgica a las aspirinas? —preguntó el médico.

—Yo... no lo sé.

La mirada que el médico dedicó a King contenía la misma cantidad de desprecio que de enfado.

—¿Es usted su marido? —preguntó con velado sarcasmo, mientras se volvía para pinchar a Tiffany.

—¿Qué le está dando? —preguntó King con sequedad.

—Algo para contrarrestar la reacción alérgica. Será mejor que usted salga a la terraza para indicar a los enfermeros por dónde venir. Dígales que no se retrasen ni un segundo.

Por una vez, King no discutió. Hizo exactamente lo que le decían, sintiendo un escalofrío al lanzar una última y temerosa mirada al hinchado rostro de Tiffany, que jadeaba audiblemente.

—¿Va a morir? —preguntó, angustiado.

El doctor le estaba tomando el pulso.

—No, si puedo remediarlo. ¡Dese prisa, hombre!

King salió a la terraza. Unos segundos después oyó la sirena de la ambulancia.

Los enfermeros llegaron enseguida a la suite y, tras colocar a Tiffany en una camilla, la llevaron a la ambulancia. Respiraba algo mejor y su color había mejorado, pero parecía inconsciente.

—Síganos en un taxi —dijo el médico.

Maldiciendo entre dientes, King tomó su cartera y la llave, cerró la puerta y bajó a tomar un taxi.

Minutos después caminaba de un lado a otro de la sala de emergencias, esperando a que el médico saliera. Era extraña la rapidez con que habían cambiado y se habían reordenado sus prioridades en los últimos minutos. Sólo había necesitado ver a Tiffany en ese estado. Sabía que esa visión lo perseguiría mientras viviera. Aquello no tenía por qué haber sucedido. Nunca se había molestado en preguntarle si era alérgica a algo. No había querido conocerla en profundidad, no había querido comprometerse…

Ahora comprendía que no sabía nada, y que su ignorancia casi le había costado la vida a Tiffany. Lo único que le importaba en esos momentos era que obtuviera los mejores cuidados, que se curara, que nunca más tuviera que sufrir debido a una falta de interés por su parte. Era posible que no hubiera deseado aquel matrimonio, pero el divorcio no era factible. Debía actuar de la mejor forma posible. Y así lo haría.

Capítulo 8

LO QUE no se le ocurrió pensar fue que a Tiffany pudiera darle lo mismo su preocupación.

Cuando, ese mismo día, salió del hospital, con la seria advertencia de no volver a tocar nunca una aspirina, la actitud de Tiffany hacia su marido había cambiado por completo.

Mientras volvían al hotel en un taxi, permaneció silenciosa, retraída. A pesar de su recuperación, seguía estando muy pálida. La hinchazón había desaparecido, pero seguía muy débil. King tuvo que ayudarla para llegar desde el taxi hasta la entrada del hotel.

—Nunca te pregunté si tenías alguna alergia—dijo mientras entraban en el ascensor—. Siento que haya sucedido esto.

—Todo ha sido por mi culpa —dijo Tiffany, con cautela—. Me dolía tanto la cabeza que ni siquiera he pensado qué me estabas dando. No tomo aspirinas desde los trece años.

King la miró mientras ella se apoyaba contra la pared del ascensor. Parecía agotada.

—De una forma u otra, menuda boda has tenido —dijo.

Tiffany rió sin alegría.

—Desde luego.

El ascensor se detuvo y las puertas se abrieron. Sin decir nada, King tomó a Tiffany en brazos y la llevó hasta la suite, dejándola en el suelo sólo el tiempo necesario para sacar la llave y abrir la puerta.

Ella apoyó la cabeza en sus anchos hombros y cerró los ojos, simulando que King la amaba, que la quería. Había vivido en un mundo de sueños casi toda su vida, y la realidad había sido un golpe muy duro para su corazón y para su orgullo. Estaban casados, y, sin embargo, no lo estaban.

King la dejó con gran suavidad en el sofá.

—¿Tienes hambre? —preguntó—. ¿Crees que podrías comer algo?

—Puede que una ensalada —murmuró Tiffany—. Y un vaso de leche.

King llamó por teléfono al servicio de habitaciones y encargó lo que ella había pedido y un filete con ensalada y una cerveza para él.

—No sabía que bebieras cerveza —dijo Tiffany. King la miró con curiosidad.

—Hemos vivido muy cerca desde que puedo recordar —dijo—. Es sorprendente lo poco que sabemos el uno del otro.

Tiffany suspiró y cerró los ojos.

—No creo que quede una gota de nada en mi pobre estómago. Anoche apenas pude comer, y esta mañana ni siquiera he desayunado.

—Y no te conviene perder peso —dijo King solemnemente—. Últimamente has adelgazado.

—Hace meses que no tengo apetito. Cuando trabajas de modelo no te animan precisamente a comer mucho. Y después, cuando... decidimos casarnos, estaba demasiado inquieta. Han sido unas semanas muy ajetreadas.

A King no se le pasó por alto la duda de Tiffany al referirse a su decisión de contraer matrimonio. Le dolía verla así. El cambio que había experimentado era tan dramático que alguien que la hubiera conocido tan sólo unos meses atrás no la habría reconocido.

—¿Quieres volver a casa? —preguntó Tiffany al oír el involuntario suspiro de King

Él sintió que su corazón se encogía al ver la tristeza que reflejaban sus ojos.

—Sólo si tú quieres hacerlo —dijo—. Hay muchas cosas que ver por aquí. Podríamos ir a dar un paseo a Rose Hall, por ejemplo.

Tiffany negó con la cabeza.

—No me apetece hacer turismo —contestó con sinceridad—. ¿No podríamos volver a casa?

King dudó. Tiffany estaba agotada después de la boda, el viaje y su reacción alérgica. Quería decirle que una noche de sueño podía bastar para que se recuperara, pero su demacrado rostro lo convenció de que estaría mejor en casa.

—Si eso es lo que quieres, de acuerdo —dijo con suavidad—. Nos iremos al final de la semana. Mañana por la mañana trataré de

conseguir billetes.

Tiffany asintió.

—Gracias.

Poco después les subieron lo que habían encargado y comieron en silencio. Cuando terminó, alegando que estaba cansada, Tiffany se levantó y dijo que se iba a acostar.

Ya se encaminaba a su cuarto cuando King la llamó.

—Tiffany.

—¿Sí? —preguntó ella, volviéndose.

—Duerme conmigo —el corazón de Tiffany aceleró sus latidos. Sus ojos se agrandaron—. No —añadió King, negando con la cabeza—. Todavía no te quiero de ese modo, cariño —dijo con suavidad—. Esta noche no debes estar sola. Mi cama es muy grande, y no tienes por qué preocuparte de que te toque.

Era muy tentador. King apenas la había tocado desde hacía un mes. Y, aunque él no lo supiera, a Tiffany no le asustaba en lo más mínimo que se aprovechara de la situación. A veces pensaba que sería capaz de dar seis meses de su vida para que King la tumbara en la superficie más cercana y la poseyera hasta dejarla exhausta. Se preguntó qué diría si se lo contara. Probablemente sería una complicación más que no querría. Además, Carla aún seguía esperándolo en casa.

—De acuerdo —dijo al cabo de unos momentos—. Si no te importa...

—¿Importarme? No, claro que no me importa.

King se estaba comportando de forma extraña, pensó Tiffany mientras se ponía uno de sus recatados camisones blancos y después la bata.

Cuando estaba a punto de entrar en la habitación de King, oyó que éste hablaba por teléfono.

—...de vuelta mañana. Quiero todo listo cuando llegue a la oficina. Sí, hablaremos de eso —añadió en tono cortante—. Yo no apostaría nada al respecto. Hazlo. Y esta vez no líes las cosas, o te aseguro que será la última vez que lo hagas. ¿Está claro?

Colgó el auricular con evidente enfado y se pasó una mano por el pelo. Llevaba puesta una bata negra increíblemente sexy. Cuando se volvió, Tiffany sintió que las rodillas se le doblaban al ver la parte expuesta de su pecho y el pelo que lo cubría.

Él también la miraba. La bata y el camisón que llevaba Tiffany habrían aplacado el ardor de cualquier hombre, porque con ellos parecía tan virginal como King sabía que era. Pero a él lo excitaba. Con su suave rostro iluminado por la luz de la mesilla de noche y la mirada baja, casi lo volvía loco de deseo.

—¿Qué lado de la cama prefieres? —preguntó.

—Me gusta el izquierdo, pero me da lo mismo. King le indicó con la mano la cama. Tratando de no fijarse en la atención con que la miraba, Tiffany se quitó la bata y la dejó sobre una silla antes de meterse bajo las sábanas.

La mirada de King se oscureció. Ella casi pudo ver los pesados latidos de su corazón. Mientras la miraba, King bajó la mano hasta el cinturón de su bata y lo soltó. Tras quitársela, permaneció de pie donde estaba, completamente desnudo, completamente excitado, y dejó que Tiffany lo mirara.

Ella entreabrió los labios. Había sido una acción descarada, arrogante por parte de King. No sabía qué hacer o decir. Era… era exquisito. Tenía un cuerpo que habría hecho retorcerse de placer a la mujer más reacia, y Tiffany sintió que todos los poros de su piel se abrían para él.

—Quítatelo —dijo King con voz ronca—. Quiero mirarte.

Tiffany ya no podía pensar. Se puso de rodillas en la cama, se quitó el camisón por encima de la cabeza y lo arrojó al suelo. Su cuerpo estaba tan excitado como el de él. King conocía los indicios.

Rodeó la cama. Mientras se acercaba a Tiffany, su olfato captó el aroma a rosas que desprendía. Al instante quedaron olvidados los duros comienzos de su luna de miel, las acusaciones, la repentina enfermedad. Se acercó a ella como un auténtico depredador.

Dejando escapar un suave gemido de su garganta, Tiffany se tumbó de espaldas sobre la cama, separó las piernas y colocó los brazos junto a su cabeza, ofreciéndose enteramente a él. Temblorosa, y también un poco temerosa de la masculinidad de King, esperó su llegada.

King se tumbó cuidadosamente a su lado, como si aún temiera que Tiffany fuera a asustarse. Colocó una de sus fuertes piernas entre las de ella y tomó sus manos en las suyas, colocándoselas tras la cabeza.

Sin dejar de mirarla, empezó a mover suavemente la pierna entre las de ellas a la vez que bajaba el rostro para besarla en los entreabiertos labios.

Tiffany sintió que cada parte del cuerpo de King era un instrumento de seducción. Aquello no se parecía en nada a lo que había experimentado antes con él. Aquella era la auténtica posesión de la mujer por el hombre, una controlada pulsión de placer que estimulaba pero no satisfacía, que excitaba y a la vez negaba.

Su cuerpo tembló, febril, y se arqueó, rogó, se retorció, tratando de que King acabara con aquella deliciosa tortura. Nunca se había visto sometida a tan placentera tensión.

King la acarició un momento con los dedos, y, finalmente, se colocó entre sus piernas y acercó su excitado sexo hacia el húmedo y anhelante centro de Tiffany. Al sentir cómo empezaba a penetrar en ella, Tiffany clavó las uñas en los musculosos brazos de King, a la vez que se mordía el labio inferior.

King se detuvo. Su corazón latía furiosamente, pero, a pesar del fiero deseo que revelaba, su mirada fue tierna.

—Las primeras veces siempre es difícil —susurró. Siguió mirando a Tiffany a los ojos mientras volvía a moverse—. ¿Me sientes? Háblame.

—¿Hablar? jadeó Tiffany mientras sentía cómo la invadía—. ¡Dios... mío...!

—Háblame —insistió King, sonriendo mientras Tiffany se aferraba a él—. Esto no es un ritual de silencio. Estamos aprendiendo el uno del otro de la manera más íntima posible. No debería ser una especie de prueba penosa. Mira mi cuerpo mientras te poseo. Contempla su aspecto cuando encajamos como los fragmentos de un rompecabezas.

—¡No puedo! —gimió Tiffany.

—¿Por qué? —King se quedó quieto y se alzó deliberadamente durante unos segundos—. Mira, Tiffany —incitó—. No es nada sórdido, o feo, o que tenga que asustarte. Nos estamos haciendo amantes. Es lo más bello que un hombre y una mujer pueden compartir, sobre todo cuando la unión es emocional además de física. Míranos.

Tiffany hizo lo que le decía, pero sus asombrados ojos volaron rápidamente de vuelta a los de King, como buscando su apoyo y consuelo.

—Eres mi esposa —susurró él. Cuando su siguiente movimiento lo llevó hasta el fondo de Tiffany, cerró los ojos y su cuerpo se estremeció.

Ver la vulnerabilidad de King hizo que desaparecieran todos los

temores de Tiffany, lo mismo que la ligera incomodidad de su íntima posición. Alzó una vacilante mano para acariciar su rostro, su negro pelo, abrió los ojos, como si la caricia lo hubiera sorprendido.

Era increíble mirarlo y hablar con él con las luces encendidas mientras sus cuerpos se fundían de la forma más increíble. Pero King no parecía nada sorprendido. De hecho, no dejaba de mirarla. Cuando empezó a mover lentamente sus caderas contra las de ella y la conmoción del placer que Tiffany sintió hizo que alzara las suyas instintivamente para pegarse contra él, King rió con suavidad.

—¡Qué... vergüenza! —gimió ella, temblando debido a las oleadas de creciente placer que sentía con cada movimiento.

—¿Por qué? preguntó King. —¡Te has reído!

—Por que me encantas —susurró él, inclinándose para acariciar con la lengua los labios de Tiffany, a la vez que sus movimientos se alargaban y profundizaban—. Nunca he disfrutado así.

Lo que fue un incómodo recordatorio de que no era ningún novato. Tiffany fue a hablar, pero, como si hubiera intuido lo que iba a decir, él empezó a moverse más de prisa, haciendo que ella se sintiera poseída por el placer más intenso que había experimentado en su vida.

Apenas podía respirar. Se arqueó, impotente, con la boca abierta, jadeando con cada deliberado movimiento de King. Trataba de asir algo huidizo y explosivo, intentaba alcanzarlo con cada fibra de su ser. Parecía estar fuera de su alcance...

—¡Oh... por favor! —logró decir finalmente Tiffany, dejando escapar a continuación un estremecido gritito.

La mirada de King pareció casi violenta en esos momentos. Dijo algo, pero ella no lo oyó. Justo cuando la tensión estalló y Tiffany escuchó su propia voz gimiendo de insoportable placer, King enterró el rostro en su cuello y su cuerpo se estremeció con la misma y dulce angustia.

Después, durante largo rato, aún aferrada a él, Tiffany escuchó junto a su oído la agitada respiración de King.

—No dura —susurró, temblorosa.

—No sería posible —murmuró él—. El cuerpo humano no podría soportar tanto placer continuo sin morir.

Tiffany extendió las manos sobre los hombros de King, aún maravillada al sentirlo tan profundamente enterrado en su cuerpo. Movió las caderas y sintió una nueva e inesperada ola de placer

recorriéndola. Rió al descubrirlo.

King alzó la cabeza y la miró.

—¿Experimentando?

Tiffany asintió y se movió suavemente contra él, jadeando audiblemente al encontrar lo que buscaba. Pero junto a ello llegó una nueva y punzante sensación que le hizo quedarse quieta.

—Tu cuerpo tiene que acostumbrarse a esto —murmuró King—. Ahora necesitas descansar —se movió lentamente y se apoyó sobre las manos—. Trata de relajarte. Puede que esto sea incómodo.

Y así fue. Tiffany cerró los ojos y apretó los dientes cuando King se retiró.

—Y ahora ya sabes unas cuantas cosas que no sabías —murmuró él, tumbándose de espaldas y volviendo la cabeza hacia ella—. Pero no hay que precipitar las cosas. Por hoy ya has tenido bastante. Y probablemente convendrá que también descanses mañana. Tenemos años por delante para disfrutar. Esta no es la última noche que vamos a pasar juntos.

Tiffany permaneció tumbada junto a él sin decir nada. A pesar de las últimas palabras de King, eso era lo que ella había sentido. No comprendía sus propios temores y estaba muy insegura respecto a la capacidad de permanencia de Kingman Marshall. Carla aún era una amenaza, y aunque King hubiera disfrutado con ella en la cama, aún no estaba acostumbrado a su condición de casado, condición que siempre había rechazado. Tiffany no quería engañarse pensando que a partir de esa noche todo iría sobre ruedas. De hecho, a la luz del día, la intimidad que acababan de compartir podría convertirse en un inconveniente, más que en una ventaja.

Sin embargo, la preocupación fue diluyéndose lentamente mientras permanecía tumbada entre los brazos de su marido, aspirando su aroma. Era inevitable que llegara el día siguiente, pero, al menos por esa noche, podía simular que era una esposa intensamente querida con un largo y feliz matrimonio por delante. King sabía que no había tenido tiempo de ver a un médico para elegir el método contraceptivo más adecuado, y él tampoco se había hecho cargo de ello, como dijo que haría.

Al pensar en un hijo, todo su cuerpo se acaloró. King no quería hijos, pero ella sí, desesperadamente. Si King la dejaba por Carla, tendría una pequeña parte de él que la otra mujer no podría

arrebatarle nunca.

La caída de los sueños a la realidad fue muy dura.

A la mañana siguiente, Tiffany despertó a solas en la cama. King no estaba y eran las doce del mediodía.

Se puso la bata y las zapatillas y fue al cuarto de estar. También estaba vacío. Inquieta, fue a su dormitorio y allí encontró un sobre del hotel con su nombre sobre la mesilla de noche. Lo tomó y sacó el papel que contenía.

Tiffany,

He dejado tu pasaporte y dinero para el billete de vuelta y para cualquier cosa que necesites en tu bolso. He pagado la cuenta del hotel. Ha surgido una emergencia en casa. Anoche iba a decirte que tenía que irme a primera hora de la mañana, pero se me pasó. He conseguido el único billete que quedaba para volver a San Antonio. Hablaremos más tarde. King

Tiffany leyó la nota dos veces, la dobló y la guardó en su bolso. ¿Qué problema podía hacer que un hombre abandonara de repente a su esposa en plena luna de miel?

Entonces recordó el fragmento de conversación que había escuchado la noche anterior. King dijo que volvería mañana, es decir, ese día. Tiffany respiró profundamente. Carla. Carla lo había llamado y King había dejado a su esposa para volver a ella. Habría apostado cualquier cosa a que no había ninguna emergencia, a menos que se tratara de que echaba de menos a su amante. Al parecer, pensó, desesperada, los ardientes acontecimientos de la pasada noche no habían sido suficientes para King. ¿Y cómo no iba a ser así? A fin de cuentas, ella era una novata, tan sólo una nueva experiencia para él. Probablemente, Carla sería tan experta como él,

Con el orgullo herido, descolgó el teléfono y llamó a su padre.

—¿Hola? —contestó Harrison al cabo de un minuto. El sonido de su voz fue tan reconfortante para Tiffany que tuvo que hacer un esfuerzo para contener las lágrimas

—Hola, papá.

—¿Qué sucede? —preguntó Harrison—. King me ha llamado desde el aeropuerto y me ha dicho que volvía a la ciudad para resolver algún problema que ha surgido con el sindicato. ¿Desde cuándo tenemos

problemas con los sindicatos? —preguntó irritado.

—No sé más que tú al respecto —dijo Tiffany—. King me ha dejado una nota.

—Yo podría haberme hecho cargo del asunto —refunfuñó Harrison —. Llevo más tiempo que él en el negocio.

Tiffany sabía eso sin necesidad de que su padre se lo dijera.

—Vuelvo a casa mañana. He tenido… eh… un problema con una aspirina y no me siento bien. Estaba a punto de irme, pero sólo había un asiento libre en el vuelo. Quedamos de acuerdo en que yo volvería mañana —mintió Tiffany.

Harrison no dijo nada, a pesar de que aquella explicación no lo convenció.

—Eres alérgica a la aspirina.

—Lo sé, pero King no lo sabía. Tenía un terrible dolor de cabeza y me dio dos tabletas. Tuvo que llevarme al hospital, pero ahora estoy bien, y él ya sabe que no debe darme nunca más aspirinas.

—¡Maldita sea! —gruñó Harrison—. ¿Es que no sabe nada sobre ti?

—Oh, no deja de aprender, igual que yo —aseguró Tiffany—. Hablaré contigo mañana, papá. ¿Podrías enviar el coche para que me recoja en el aeropuerto? No sé si King estará demasiado ocupado como para acordarse de ir a recogerme.

Tras un ominoso silencio, Harrison dijo:

—Yo me acordaré de ti. Llama cuando salgas. Cuídate, cariño.

—Tú también, papá. Hasta pronto.

Harrison colgó el teléfono, se levantó de su silla y alcanzó la puerta en dos zancadas. Pasó junto a su secretaria, se encaminó hacia el despacho de King, abrió la puerta ante una sorprendida Carla y la cerró a sus espaldas.

—Se… señor Blair, ¿puedo hacer algo por usted?

—¡Sí! ¡Quiero que deje de intentar sabotear el matrimonio de mi hija, pequeña víbora! —dijo Harrison, furioso—. ¡En la boda se encargó de fastidiar lo de las flores y encima se puso un vestido que parecía el de la novia! ¡Besó al novio descaradamente en la boca y ahora se las ha arreglado para hacer que King vuelva con alguna estúpida excusa, dejando a su esposa sola en Jamaica!

Los ojos de Carla parecían a punto de salirse de sus órbitas.

—Señor Blair, sinceramente, nunca he tratado de…

—¡Está despedida! —espetó Harrison.

Carla logró ponerse en pie, totalmente sonrojada.

—Soy la secretaria de King, señor Blair —dijo entre dientes—. ¡Usted no puede despedirme!

—¿Cómo que no? Soy dueño del cincuenta y uno por ciento de las acciones —dijo Harrison con desprecio—. Eso significa que puedo despedir a quien me dé la gana. He dicho que está despedida y no hay más que hablar.

Carla tomó aire, indignada.

—Presentaré una queja.

—Adelante —invitó burlonamente Harrison—. Llamaré a los periódicos y les daré una historia que tardará años en borrar de su historial después de que hagan algunas averiguaciones —fue un tiro a ciegas, pero Carla no lo sabía. Se puso lívida como el papel—. El pago de su nómina y del despido estará esperándola cuando salga.

Cuando salió de la oficina, Harrison estuvo a punto de chocar con King.

—¡Acabo de despedir a tu maldita secretaria! —dijo, en un tono despectivo muy poco habitual en él—. Y si quieres divorciarte de mi hija para seguir a tu dulce y encantadora querida, apoyaré tu deseo. ¡Esa víbora y tú os merecéis mutuamente!

A continuación, se alejó por el pasillo hecho un basilisco. Las paredes temblaron debido al portazo que dio tras entrar en su despacho.

King dedicó a Carla una penetrante mirada cuando entró en la oficina. Harrison le había tomado la delantera. Él también pensaba despedir a Carla, pero antes quería algunas respuestas.

—De acuerdo —dijo—. Suéltalo ya.

—¿Que suel… suelte qué? —balbuceó Carla, acercándose lentamente a él—. No vas a despedirme, ¿verdad? —susurró en tono insinuante, moviendo sus caderas contra el cuerpo de King—. No después de lo que hemos sido el uno para el otro.

King se puso rígido, pero no precisamente de deseo. Dio un paso atrás.

—Lo que hubo entre nosotros terminó mucho antes de que me casara con Tiffany.

—Eso nunca debió suceder —protestó Carla—. Tiffany es una niña, una princesita mimada. ¿Qué puede significar para un hombre como tú? Tan sólo una nueva experiencia.

—Llamaste para decir que había un serio problema laboral —dijo King, haciendo caso omiso de las insinuaciones de Carla.

Ella se encogió de hombros.

—Tom dijo que había rumores de una huelga y que sería mejor que te avisara. Si no me crees, pregúntale —adoptando una seductora postura, añadió—: ¿Vas a permitir que el señor Blair me despida?

King suspiró. Harrison estaba que echaba fuego.

—Te has echado un mal enemigo —dijo—. Tu comportamiento en la boda es algo que no olvidará fácilmente.

—Pero tú sí —dijo Carla, confiada—. Tú no querías casarte con ella. No te molestaste en comprobar los preparativos, ni en enviarle el tonto ramo de novia, y ella te avergonzó poniéndose ese vestido tan poco adecuado —hizo una mueca de desagrado y añadió—: La boda fue una farsa.

—Sí, gracias a ti —King metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y miró a Carla con cara de pocos amigos. Debía haber estado loco para tener una aventura con una manipuladora como aquella. En su momento resultó excitante y divertida, pero ahora sólo era una molestia—. Veré lo que puedo hacer para conseguirte otro trabajo. Pero no aquí. No pienso ponerme en contra de Harrison.

—¿Es ese el motivo por el que te casaste con ella? preguntó Carla —. ¿Para asegurarte de heredar todo el negocio cuando él muera?

—No seas absurda.

Carla se encogió de hombros.

—Puede que ese sea el motivo por el que ella se ha casado contigo —dijo, tratando de plantar la semilla de la duda—. Ahora estará segura, incluso aunque se divorcie de ti, ¿no crees?

Divorcio. Harrison había dicho algo al respecto.

—Tengo que hablar con Harrison —dijo King secamente—. A pesar de lo que te haya dicho, es obligatorio advertir de cualquier despido con dos semanas de antelación, así que seguirás aquí esas dos semanas. Entretanto, veré que puedo hacer para conseguirte empleo en otra oficina.

—Gracias, cariño —murmuró Carla. Se acercó de nuevo a King y alzó el rostro para besarlo—. ¡Eres un cielo!

King salió del despacho frotándose los labios con un pañuelo.

Capítulo 9

HARRISON frunció el ceño cuando King entró en su despacho.

—No me importa lo que digas; tu secretaria es historia—dijo de inmediato—. ¡Es la última vez que interfiere en la vida de mi hija!

King miró atentamente a su socio. No le gustó su aspecto.

—Aún no he dicho nada —dijo con suavidad—. Tranquilízate. Si quieres que se vaya, se irá. Pero déjale trabajar las dos semanas que se exigen para un despido.

Harrison se relajó un poco. Sus ojos aún destellaban. Estaba muy pálido y parecía que le costaba respirar. Se aflojó la corbata.

—De acuerdo. Pero eso es todo. Esa mujer ha... ha causado mucho daño a Tiffany y... —hizo una pausa, se llevó una mano a la garganta y rió, sorprendido—. Es curioso, me duele desde la garganta hasta la mandíbula... —hizo una mueca de dolor, y, de pronto, cayó al suelo. Su rostro se había puesto grisáceo y estaba cubierto de sudor.

King avisó a la secretaria de Harrison y le dijo que llamara de inmediato a urgencias y que enviara a alguien al despacho.

Era terriblemente obvio que Harrison estaba sufriendo un ataque al corazón. Su piel estaba fría y los labios se le estaban poniendo azules. King empezó a darle un masaje cardíaco. Unos momentos después empezó a turnarse con dos ejecutivos de la compañía que acudieron en su ayuda.

Cinco minutos después llegaba el equipo de la ambulancia.

—¿Hay algún historial de problemas de corazón en su familia? —preguntó bruscamente el enfermero encargado.

—No lo sé —dijo King, irritado. Por segunda vez en menos de una semana no podía responder a una sencilla pregunta sobre el historial médico de dos de las personas que más le importaban en el mundo. Se

sentía impotente—. ¿Qué tal está? —preguntó.

—Estabilizado, pero estos casos son muy delicados —contestó el enfermero—. ¿Quién es su médico personal?

King se alegró de que le hicieran una pregunta a la que por fin podía contestar. El enfermero comunicó el nombre al médico del hospital que estaba atendiendo por teléfono la emergencia.

—¿Algún familiar al que notificar lo sucedido?

—Yo soy su yerno —dijo King—. Mi esposa está en Jamaica. Tendré que llamarla para que venga —temía ese momento. Tendría que comunicarle a Tiffany lo sucedido por teléfono, y la noticia iba a destrozarla. Pero no podía permitirse ir a buscarla. Existía la posibilidad de que Harrison no superara el ataque.

La ambulancia llevó a Harrison al hospital y King habló con el médico antes de telefonear al hotel de Jamaica. Allí le dijeron que Tiffany había dejado la habitación y que no sabían dónde estaba.

King colgó y llamó a casa de Harrison en lugar de a la suya. Contestó la asistenta.

—Hola, soy Kingman Marshall. ¿Está ahí mi esposa?

—Sí, señor. Ha llegado hace un par de horas. ¿Quiere que la avise?

King dudó.

—No, gracias.

Aquello era algo que no podía hacer por teléfono.

Comunicó al médico a dónde iba, pidió un taxi y fue a casa de Harrison.

Tiffany estaba en la planta de arriba, deshaciendo el equipaje. Se puso pálida al ver a King en la puerta. No esperaba que su padre estuviera en casa, ya que era día de trabajo. Tampoco esperaba ver a King allí.

—¿Me buscabas? —preguntó con frialdad—. He decidido quedarme aquí hasta que nos divorciemos.

Todo lo que King iba a decir se esfumó de su mente al escuchar aquello. Había dejado a Tiffany tras hacer el amor con ella y disfrutar más que en toda su vida. ¿Acaso no le había explicado en la nota que una emergencia lo había apartado de su lado? Cuando se fue no sabía que todo había sido inventado por Carla.

—Tiffany, tuve que volver debido a un grave problema...

—Sí, ya sé de qué problema se trataba —replicó Tiffany, que había llamado por teléfono al despacho hacía un rato—. Mi padre ha despedido a tu secretaria y tú tenías que darte prisa para salvar su

trabajo. Acabo de enterarme de todo gracias a la recepcionista.

—¿La recepcionista?

—Llamé porque quería saber dónde estabas. La recepcionista consultó con alguien y me dijo que en ese momento estabas discutiendo con mi padre...

—Hablaremos de eso más tarde —interrumpió King—. Ahora no hay tiempo. Tu padre ha sufrido un ataque de corazón. Esta ingresado en urgencias, en el hospital general. Recoge tu bolso y vámonos.

Tiffany se puso repentinamente pálida.

—¿Está vivo? ¿Se recuperará?

—El doctor estaba con él cuando he venido a buscarte —contestó King—. Vamos.

Tiffany salió con él, aturdida y muy asustada. Su vida se estaba desmoronando. ¿Cómo iba a seguir adelante si perdía a su padre? Era el único ser de la tierra que la amaba, que la necesitaba, que se preocupaba por ella.

En cuanto se detuvieron frente al hospital, salió del coche y corrió hacia la entrada, sin molestarse en esperar a King.

—Vengo a ver a mi padre, Harrison Blair —dijo a la enfermera que estaba en recepción—. Acaban de ingresarlo en urgencias con un ataque al corazón.

—Tiene que hablar con el médico, señorita Blair —replicó la mujer amablemente—. Un momento...

King llegó justo a tiempo de oír a la enfermera utilizando el nombre de soltera de Tiffany. En otras circunstancias se habría puesto furioso por ello, pero aquel momento no era el más adecuado para hacerlo.

La enfermera señaló una puerta y King acompañó a Tiffany tomándola con fuerza por el brazo, temiéndose lo peor.

Un joven médico les hizo una seña, pero no los condujo al cubículo en que King había dejado a Harrison antes de irse. En lugar de ello, fueron hasta unos asientos vacíos al final del pasillo.

—Lo siento. No he hecho esto muchas veces todavía, espero que me disculpen —dijo el médico solemnemente—. Me temo que lo hemos perdido. Lo siento. Fue un ataque fuerte al corazón. Hemos hecho todo lo que hemos podido, pero no ha sido suficiente.

Palmeó el brazo de Tiffany cariñosamente, con el rostro contraído por la compasión.

—Gracias —dijo King, y estrechó la mano del médico—. Estoy seguro de que para usted es muy duro perder un paciente.

El doctor movió la cabeza con pesar.

—Por desgracia, aún no existe la tecnología adecuada para superar estos problemas. Lo peor es que su médico de cabecera nos dijo que no había ningún problema de corazón en el historial familiar. Esto ha sido algo totalmente inesperado para él. Pero, si les sirve de algún consuelo, todo ha sido rápido y no ha sufrido —miro el rígido y conmocionado rostro de Tiffany y luego a King—. Tráigala con usted, por favor. Le daré algo para ella. Va a necesitarlo. ¿Es alérgica a algo?

—A la aspirina —dijo King. Miró a Tiffany, tratando de controlar su propia pena por la pérdida de Harrison—. ¿Eres alérgica a algo más, corazón?

Tiffany negó con la cabeza. No veía, no escuchaba, no podía pensar. Su padre estaba muerto. King había discutido con él por Carla. Su padre había muerto por culpa de King.

Apartó su mano. Sus ojos, cargados de odio, penetraron en la mente de King cuando lo miró.

—Ha sido culpa tuya —murmuró—. ¡Mi padre está muerto! ¿Merecía la pena esto por conservar a Carla? King contuvo el aliento.

—Eso no es lo que ha sucedido…

Tiffany se apartó de él, hacia el cubículo en que aguardaba el médico. Estaba segura de que no quería volver a hablar con su marido mientras viviera.

Los siguientes días fueron un negro vacío. Hubo que organizar el funeral y dejar arreglados otros asuntos, detalles menores que se hicieron en parte gracias a la ayuda de King. La casa Blair se convirtió en una gran tumba vacía. Lettie fue a quedarse con Tiffany, por supuesto, y también King, a pesar de sus protestas. Ocupó un dormitorio cercano al de ella, viéndole superar los días en una especie de trance mientras él trataba con los amigos, abogados y los encargados de la funeraria. Habló con ella sólo cuando fue estrictamente necesario. No podía culparla por cómo se sentía. Estaba demasiado disgustada como para razonar. Habría tiempo de sobra para explicárselo todo cuando se recuperara. Entretanto, Carla desapareció de la oficina, a pesar de las dos semanas de notificación previa a que obligaba el sindicato. King fue inflexible a ese respecto. Recibió su indemnización y una carta de recomendación. Si King

hubiera podido preveer unos años atrás los problemas que iba a causar aquella mujer en su vida, habría huido de ella como de la peste. Pero en aquella época, Carla fue una compañía muy excitante, y él no tenía pensado casarse nunca. Ahora estaba pagando el precio de su arrogancia.

Sin dejarse desanimar por el despido, Carla se presentó en la funeraria, sólo para ser escoltada de inmediato al exterior por King. Hizo alguna velada amenaza sobre acudir a los periódicos con su historia, y él la invitó a que lo hiciera. Carla se fue con un peligroso brillo en sus fríos ojos.

Tiffany notó que no acudió al funeral ni al entierro. Al parecer, se le había comunicado que no resultaría apropiado. Según Lettie, algunas personas no tenían educación ni sensibilidad. Lo dijo deliberadamente, y cerca de King. Éste no reaccionó en lo más mínimo. Sintiera lo que sintiera, se lo guardó para sí mismo.

La única grieta en su pétrea máscara se abrió la noche del funeral, mientras permanecía sentado en el despacho de Harrison con una botella del whisky de éste abierta sobre la mesa.

Lettie se asomó para preguntarle si quería algo más de la cocina antes de que se fuera la asistenta. King alzó su vaso hacia ella.

—Ya estoy bebiendo mi cena, gracias —murmuró. Lettie cerró la puerta a sus espaldas y se detuvo frente al gran escritorio de roble, en el que King apoyaba sus pies.

—¿Qué vas a hacer con la casa? —preguntó de repente. Tenía los ojos rojos. Había llorado por Harrison casi tanto como Tiffany. Ahora, su única preocupación era el futuro de ésta.

—¿Qué quieres decir con qué voy a hacer con la casa? —preguntó King—. Pertenece a Tiffany.

—No, ya no —dijo Lettie, preocupada—. Hasta la ceremonia, Harrison estuvo convencido de que no ibas a casarte con Tiffany. Quería que su hija quedara bien cubierta si le sucedía algo, y no quería que dependiera de ti. De manera que fue a ver a su contable personal para que pusiera a su nombre todo lo que poseía, incluyendo la casa y su parte del negocio —Lettie cruzó los brazos sobre su cintura—. Pero no logró localizar a su contable. Entonces Harrison descubrió que éste llevaba tres años malversando fondos —alzó las manos y las separó expresivamente—. Esta misma semana supo que se había hecho otra hipoteca sobre la casa y los terrenos y que el dinero

había sido transferido a una cuenta en las Bahamas —hizo una mueca mientras King se ponía en pie—. Contrató a un detective privado y tenía que ver a su abogado esta tarde, después de presentar una querella contra el contable antes de que huyera del país con lo que quedaba de su fortuna. Si no lo impides de algún modo, Tiffany quedará arruinada.

—¡Dios santo! —exclamó King, balanceándose ligeramente—. ¡No me extraña que estuviera disgustado! ¿Por qué no me has contado todo esto hasta ahora? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Porque no estaba segura de que tuviera derecho a involucrarte, excepto en lo concerniente al negocio —replicó Lettie—. Supongo que sabrás que Tiffany no quiere seguir adelante con vuestro matrimonio.

La expresión de King se tensó como una soga.

—Lo sé.

Lettie se encogió de hombros.

—Pero no hay nadie más que pueda ocuparse de esto. Yo no, desde luego. Ni siquiera sé llevar bien mis cuentas. No sabría cómo proceder contra ese hombre.

—Prepárame una cafetera, por favor —dijo King—. Luego quiero toda la información que haya sobre ese hombre y lo que planeaba hacer Harrison.

Lettie se animó un poco.

—Todos lo echaremos de menos —dijo con suavidad mientras se volvía hacia la puerta—. Pero sobre todo Tiffany. Durante la mayor parte de su vida fue un padre y una madre para ella —dudó un momento antes de añadir—: Te necesita.

King no respondió. Lettie no parecía esperar que lo hiciera. Salió y cerró la puerta.

Tiffany estaba sentada en la parte baja de las escaleras, pálida y ojerosa. Sus ojos estaban rojos y sostenía un pañuelo arrugado en la mano. El largo camisón y la bata blanca que llevaba puesta parecían enfatizar su delgadez.

—Deberías estar en la cama, niña —dijo Lettie cariñosamente.

—No puedo dormir —Tiffany miró la puerta del estudio—. ¿Está ahí?

Lettie asintió.

—¿Qué hace?

—Emborracharse.

Aquello sorprendió vagamente a Tiffany, pero no hizo ningún comentario al respecto.

—Quiero saber por qué sufrió mi padre un ataque al corazón —dijo con amargura—. La recepcionista no quiso dejarme hablar con King el día que papá murió, porque él y mi padre estaban discutiendo. En el funeral, oí decir a uno de los ejecutivos que había sido una pena que discutieran, porque unos segundos después mi padre sufrió el ataque. Sé que despidió a Carla. ¿Fue ése el motivo por el que King discutió con él?

—No lo sé, Tiffany —dijo Lettie, acercándose a ella—. Estos son momentos difíciles para todos nosotros. No digas ni hagas nada de lo que puedas arrepentirte después. King también sufre. Respetaba a Harrison. Incluso aunque discutieran, llevaban mucho tiempo siendo amigos además de socios.

—Fueron amigos hasta que me casé con King —corrigió Tiffany—. Mi padre pensaba que esa boda era un error. Y tenía razón.

—¿Estás segura? Ha pasado muy poco tiempo desde que os casasteis, y algunos matrimonios tienen comienzos difíciles. No es fácil construir una vida con otra persona. Al margen de los cuentos de hadas, incluso las parejas que más se aman deben adaptarse para que la convivencia diaria funcione.

—Ayuda que las dos partes se esfuercen —dijo Tiffany.

—Estoy de acuerdo. Entra y haz tu parte —la animó su madrina, señalando con la cabeza la puerta del despacho—. Si quieres respuestas, él es la única persona que las tiene.

Tiffany miró la alfombra un momento y luego se levantó lentamente.

—Eso es —continuó Lettie—. Yo voy a prepararle una cafetera. Han surgido algunas complicaciones. Dile que te las cuente. Compartir los problemas es una de las bases de un buen matrimonio.

Tiffany rió sin ganas. Cuando Lettie se alejó por el pasillo, fue hasta la puerta del despacho y la abrió. King la miró desde detrás del escritorio.

—No tenía intención de dejarte abandonada en Montego —dijo—. Pensaba regresar esa misma noche.

—¿En serio? —Tiffany ocupó el sillón de cuero que se hallaba frente al escritorio y suspiró—. El mundo entero ha cambiado desde entonces.

—Sí. Lo sé.

Tiffany se apoyó contra el respaldo de su asiento, deslizando las manos por los fríos brazos de cuero.

—Cuéntame cómo murió, King.

Él dudó, pero sólo un segundo. Su boca se curvó burlonamente.

—Así que no podían esperar a contártelo, ¿verdad? No me sorprende. Los chismosos adoran encontrar un oído dispuesto.

—Nadie me dijo nada. Lo deduje.

—Es lo mismo —King extendió las manos sobre el escritorio y se levantó—. De acuerdo, cariño, si quieres la verdad, aquí está. Tu padre despidió a Carla y tuvieron una fuerte disputa al respecto. Me crucé con él y me demostró su enfado. Cuando lo seguí a su despacho, apenas habíamos empezado a hablar cuando sufrió el ataque.

Tiffany soltó el aliento que estaba conteniendo. Sus uñas se clavaron en los brazos del sillón.

—¿Por qué lo seguiste? ¿Querías convencerlo de que no despidiera a Carla?

—No. Pero hay algo más que la discusión sobre Carla —añadió King, buscando la forma adecuada de explicarle a Tiffany el confuso y devastador hecho de que su padre había perdido su fortuna.

—Sí, lo hay —dijo ella secamente—. Ya quedamos de acuerdo en que te forcé a casarte en contra de tu voluntad. También podemos quedar de acuerdo en que lo que sucedió en Montego fue una forma de exorcismo para ambos y dejarlo en eso —al ver que King iba a hablar, hizo un gesto para impedirlo—. Acúsame de abandono, de crueldad mental, de lo que quieras. Avísame cuando los papeles estén listos y los firmaré.

Lo ojos de King destellaron como bolas de fuego.

—No habrá ningún divorcio.

Tiffany se quedó sorprendida por la vehemencia de su tono, hasta que recordó cuál era su situación. Como heredera de su padre, ahora se había convertido en socia de King. Este no podía permitirse un divorcio. Menuda ironía.

Inclinó la cabeza y lo miró con fría curiosidad.

—Oh, sí claro, lo había olvidado. Ahora somos socios. Qué agradable que todo quede en familia. Ni siquiera tendrás que comprarme las acciones. Lo que es mío es tuyo.

La expresión de King fue una revelación. Fue increíble cómo

simuló que nunca se le había ocurrido ese pensamiento.

—No es un mal detalle ese gesto de sorpresa —dijo Tiffany con irónica admiración—. Supongo que lo habrás practicado a menudo frente al espejo.

—¿Qué haces levantada a estas horas de la noche? —preguntó King.

—No podía dormir—replicó ella, sintiéndose repentinamente vulnerable. Odiaba que se le notara—. Mi padre ha sido enterrado hoy, por si lo habías olvidado.

—Puedo pasarme sin el sarcasmo —dijo King. A continuación, abrió el cajón superior del escritorio y sacó un pequeño frasco—. Ven aquí.

Tiffany se levantó y alargó la mano por encima del escritorio. King puso dos cápsulas en su mano y volvió a cerrar el frasco.

—¿No te fías de que tenga todo el frasco? —dijo ella en tono burlón.

Era cierto, aunque King no iba a admitirlo. Tiffany ya había sufrido suficientes disgustos las últimas semanas. Incluso ella, que normalmente era firme como una roca, podía verse superada por la pena y la preocupación. No era el momento de añadir a su dolor la noticia de su posible ruina. Que lo considerara un donjuán si eso la ayudaba a superar su situación. Le diría la verdad cuando tuviera fuerzas suficientes para asimilarla.

—Tómatelas y trata de dormir dijo—. Verás las cosas con otros ojos por la mañana.

Tiffany miró las cápsulas con expresión herida.

—Él era mi apoyo, mi cobijo —susurró con voz ronca—. Por mal que fueran las cosas, siempre podía acudir a él.

La expresión de King se endureció. En otra época, Tiffany también contaba con él, antes de que se casaran y se convirtieran en enemigos.

—Nunca sabrás cuánto lo siento —dijo, tenso—. Si no quieres creer otra cosa, cree al menos que yo no le provoqué el ataque al corazón. No discutí con él sobre Carla.

Tiffany lo miró y vio por primera vez el dolor que había en su mirada. Aquello hizo que casi toda su rabia se esfumara.

—Sé que querías a mi padre, King —dijo.

—Y por si te preguntas qué ha sido de Carla —añadió él con una burlona sonrisa—, se ha ido. Recibió lo que se le debía y una carta de

referencia. No volverás a verla.

Tiffany lo miró un momento antes de hablar.

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué la despidió mi padre?

King suspiró. Debía contarle la verdad.

—Porque me hizo volver de Jamaica alegando una emergencia inexistente, sólo para fastidiar nuestra luna de miel, y tu padre lo sabía. Decidió que ya estaba harto de sus intromisiones.

—Yo también —dijo Tiffany.

—No tanto como yo. Harrison me tomó la delantera por cinco minutos.

—¿En serio?

—Ven aquí.

King parecía ligeramente violento y había estado bebiendo. Tiffany dudó.

Él se levantó y rodeó el escritorio sin dejar de mirarla.

—Ya te he escuchado lo suficiente —dijo, tomándola en brazos—. Ahora me vas a escuchar tú a mí.

Volvió a su silla y se sentó con Tiffany en el regazo.

—No tienes por qué ponerte rígida como una tabla. Los hombres ebrios no son buenos amantes. Además, no estoy de humor. ¡Y ahora, escúchame! —Tiffany se retorció un poco, pero él la sujetó con firmeza.

—Se suponía que Carla no tuvo nada que ver con las flores de nuestra boda. Le encomendé esa tarea a Edna, la jefa de personal del departamento. Pero mientras yo estaba de viaje, Carla se presentó ante Edna con una nota supuestamente firmada por mí en la que le comunicaba que era ella la que debía encargarse de las flores.

Tiffany se llevó una mano a la boca.

King asintió.

—Y ni siquiera se molestó en encargar los dos centros de flores a una floristería. Los preparó ella misma lo peor que pudo. Y también se ocupó de que no tuvieras tu ramo de novia. Todo fue deliberado.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Fui a ver a Edna en cuanto volví de Jamaica, y enseguida averigüé que no había tal emergencia. Luego la regañé por lo de las flores y ella me devolvió la reprimenda con creces. Me contó lo que

realmente pasó. Me quedé lívido. Entonces fui a mi despacho para aclarar las cosas con Carla y me encontré con tu padre.

—Oh.

King contempló los conmocionados ojos de Tiffany.

—No me tienes en muy buen concepto, ¿no? —preguntó—. A pesar de lo que pensaba de nuestra boda, nunca te habría hecho daño a propósito.

Tiffany hizo una mueca.

—Debí suponerlo.

—El traje que te pusiste fue un duro golpe para mi orgullo —dijo King—. Creí que tratabas de decirme sin palabras que simplemente estabas cumpliendo con el expediente.

—Y yo pensaba que no te importaría lo que me pusiera, porque en realidad no querías casarte conmigo.

King acarició con una mano el brazo de Tiffany.

—Me alejé de ti en un momento en que deberíamos haber estado hablando de nuestras inseguridades —dijo al cabo de un momento—. Teníamos demasiados secretos. De hecho, aún los tenemos —tras respirar profundamente, añadió—: Tiffany, el contable de tu padre acaba de escapar con casi toda tu herencia. Estoy seguro de que eso era lo que más agobiado tenía a tu padre, no Carla, aunque ésta ayudó. Estaba preocupado porque tendría que contarte lo sucedido cuando volvieras a casa.

Tiffany tenía los ojos abiertos de par en par.

—¿Quieres decir que le robaron?

—En resumen, sí —asintió King. Sonrió débilmente—. De manera que, además de todos tus pesares, esposa mía, es posible que te hayas quedado sin nada, a menos que logre encontrar a ese contable a tiempo.

—¿Estoy en la ruina?

King asintió.

Tiffany suspiró.

—Adiós al yate de mis sueños.

—¿Para qué quieres un yate?

Tiffany mantuvo baja la mirada. Su corazón latía aceleradamente, porque estaba hablando con King como no lo había hecho nunca.

—Pensaba utilizarlo como cebo para ver si atrapaba algún hombre agradable con el que casarme.

Aquella Tiffany se parecía más a la que King conocía. Sus ojos adquirieron cierto brillo y sonrió.

—¿Y qué piensas hacer con el marido que ya tienes?

Ella lo observó con los labios fruncidos.

—Pensaba que ibas a divorciarte de mí.

King alzó una ceja. Luego deslizó la mirada con arrogante posesión por el cuerpo de Tiffany.

—Pues será mejor que no vuelvas a pensarlo.

Capítulo 10

LA MIRADA de los ojos de King era casi eléctrica, y Tiffany contempló cómo la miraba durante largos segundos, antes de que su cabeza empezara a inclinarse.

Permaneció entre sus brazos, esperando, respirando apenas mientras se acercaba. Parecía que habían pasado siglos desde que la besó por última vez, y necesitaba desesperadamente que lo hiciera. Alzó el rostro, aguardando...

La repentina entrada de Lettie con una bandeja con café y galletas resultó tan explosiva como una bomba. Ambos dieron un respingo.

Lettie permaneció en el umbral de la puerta, dudando.

—¿Me voy? —preguntó, sin ocultar una burlona sonrisa.

King se recuperó con aparente rapidez.

—No, si lo que traes ahí son galletas de limón.

Tiffany lo miró, sorprendida, pero él se levantó y la dejó en el suelo, dedicándole una sonrisa ladeada.

—Lo siento, cariño, pero las galletas de limón son mi mayor debilidad.

—No me digas —murmuró ella, apoyando las manos en las caderas.

—Mi segunda mayor debilidad —rectificó King.

—Ahora ya es tarde —dijo Tiffany, acercándose a su madrina mientras King tomaba la bandeja de manos de ésta.

La dejó en la mesa y Lettie sirvió el café y distribuyó los platillos y las tazas.

—Estoy arruinada, Lettie —dijo Tiffany.

—Todavía no es seguro —murmuró King mientras saboreaba una galleta—. Voy a ponerme en contacto con el detective privado que

contrató tu padre para seguir la pista del contable, y también con la INTERPOL. Acabarán atrapándolo.

—Pobre papá —dijo Tiffany, llorando un poco al pensar en él—. Supongo que acababa de descubrirlo.

—Creo que dos días antes de sufrir el ataque —dijo Lettie y suspiró —. Incluso entonces traté de hacerle visitar al médico. No tenía buen color. Eso tampoco era habitual en él, porque siempre fue un hombre fuerte y saludable... —se interrumpió, tratando de contener las lágrimas.

Tiffany la rodeó con un brazo por los hombros.

—No llores, madrina—dijo cariñosamente—. Papá no querría que nos pusiéramos así.

—No —asintió King—. A pesar de eso, todos lamentamos su pérdida. Era un buen hombre.

Tiffany respiró profundamente, mordió una galleta y sonrió con valentía.

—Están muy buenas.

—Las hacen a diario en una pastelería cercana —explicó Lettie.

—Sé cuál es —dijo King—. A veces paso por ella y compro algunas para tomarlas por la tarde con café.

Tiffany lo miró y sonrió.

—No sabía que te gustaran las galletas.

Él no le devolvió la sonrisa.

—Yo no sabía que eras alérgica a las aspirinas.

El tono de la voz de King revelaba que el hecho de no haberlo sabido le disgustaba mucho.

—Era lo único que no sabías —dijo Tiffany, contemplando su abatida expresión—. Y tampoco podías saber nada sobre el corazón de papá. Yo tampoco lo sabía. Ya escuchaste lo que dijo el doctor. Ni siquiera había un historial de problemas de corazón en la familia.

King miró un momento la galleta que sostenía en la mano.

—No ayudó disgustarlo...

Tiffany le acarició la mano.

—Habría sucedido de todos modos —dijo, segura de ello—. Sólo se pueden controlar las cosas hasta cierto punto en la vida. Siempre habrá cosas que no se pueden cambiar.

King permaneció con la mirada gacha, tenso.

—Sé que no te gusta que nada escape a tu control —continuó

Tiffany con suavidad, sorprendiéndolo—. Pero ninguno de los dos podría haber evitado lo que sucedió. Recuerdo que una vez leí sobre un político que sufrió un ataque de corazón en la consulta de su médico y nadie pudo salvarlo. ¿Entiendes a qué me refiero?

King alzó su mano libre y la enlazó con la de Tiffany.

—Supongo que sí.

Lettie dio un sorbo a su café, pensativa. También echaba de menos a Harrison. La casa estaba vacía sin él. De repente, alzó la mirada.

—¡Dios santo! ¡Sólo habéis tenido un día de luna de miel! —exclamó.

—Fue un buen día —murmuró King.

—Sí, lo fue —asintió Tiffany.

—Disfrutaremos del resto de los días cuando resolvamos los problemas que tenemos entre manos —dijo King—. Tenemos todo el tiempo del mundo.

—Sería una pena que no pudieras atrapar al ladrón —dijo Lettie, mirando a su alrededor—. Esta casa es el principio de la herencia. Harrison esperaba dejársela a sus nietos.

Tiffany sintió que King se ponía tenso. Despacio, apartó su mano de la de él y dio un sorbo a su café.

—Tenemos años para hablar de hijos —dijo en tono despreocupado—. Algunas parejas nunca los tienen.

—Oh, pero vosotros sí —murmuró Lettie soñadoramente—. Recuerdo que cuando íbamos de compras, el primer lugar en que solías pararte era en la sección de ropa para bebés.

Tiffany se puso en pie, esperando que su repentina palidez no disgustara a Lettie. Su madrina no podía saber que King no quería tener hijos.

—Estoy muy cansada —dijo, sonriendo con gesto de disculpa—. Si no os importa, creo que me voy a acostar.

—Por supuesto que no, querida. ¿Crees que podrás dormirte?

Tiffany sacó del bolsillo de su bata las dos pastillas que le había dado King. Tomó su taza de café y se las tragó con un sorbo.

—Ahora sí —dijo, dejando la taza en su platillo—. Gracias, King —añadió, sin mirarlo directamente.

—¿Estarás bien? —preguntó él.

Tiffany sintió que trataba de hacer que lo mirara. Pero no pudo lograrlo. Estaba pensando en los largos y solitarios años que le

aguardaban sin bebés. No se atrevía a esperar que su única noche juntos hubiera dado frutos. No podía construirse un sueño sobre un simple desliz. Ninguna mujer quedaba embarazada la primera vez. Al menos, casi ninguna, pero ella no tenía esa clase de suerte. Se preguntó si King recordaría su descuido.

—Espero que los dos durmáis bien —dijo mientras salía.

—Tú también, cariño —contestó Lettie. Terminó su café—. Voy a llevar la bandeja de vuelta a la cocina.

—Yo lo haré —murmuró King. Se levantó y tomó la bandeja, sintiéndose más despejado después de haber consumido una buena dosis de cafeína.

—¿Vas a tratar de dormir?

King negó con la cabeza.

—Tengo demasiado que hacer. Puede que sea media noche aquí, pero aún puedo ponerme en contacto con la mitad del mundo. Tengo que atar algunos cabos sueltos. Mañana me ocuparé de seguir la pista al contable.

Lettie lo acompañó a la cocina y dejó las tazas en el fregadero.

King se detuvo antes de salir.

—Mantente cerca de Tiffany mañana, por favor —dijo con gesto serio y pensativo—. No quiero que esté sola.

—Por supuesto —dijo Lettie, mirándolo con atención—. ¿Estás preocupado por Carla?

King asintió.

—Siempre ha tenido la cabeza fría, pero me temo que últimamente está un tanto desequilibrada. No creo que vaya a hacerle nada a Tiffany, pero tampoco está de más tomar precauciones.

—Ojalá… —empezó Lettie, y se interrumpió.

—Sí, ojalá no me hubiera relacionado nunca con ella —concluyó King por ella—. La percepción retrospectiva es una gran cosa.

—Desde luego —dijo Lettie, mirándolo a los ojos—. ¿No lamentas haberte casado con Tiffany?

—Siento haber esperado tanto —replicó King.

—Pero aún hay problemas, ¿no? —Lettie habló con gran delicadeza.

King suspiró.

—Ella quiere hijos y yo no.

—¡Oh, King!

El hizo una mueca.

—He sido soltero toda mi vida. Casarme ya supuso un gran esfuerzo. Aún no me he acostumbrado a ello. La idea de la paternidad... —se encogió de hombros—. No logro asimilarla. Me costará mucho tiempo hacerlo, si es que alguna vez lo consigo. Es algo con lo que Tiffany tendrá que aprender a vivir.

Lettie suspiró, preocupada.

—Tiffany es aún muy joven, por supuesto.

—Es joven y está llena de sueños —asintió King—. Sueños imposibles.

Al otro lado de la puerta de la cocina, el objeto de la conversación que se desarrollaba en ésta volvió a subir lentamente las escaleras, olvidando la sed que le había hecho bajar a por un vaso de leche para llevárselo a la cama. De manera que King nunca querría tener hijos. Por tanto, ella tendría que renunciar a sus esperanzas de convertirse en madre. Algunas mujeres no querían hijos. Era una pena que Tiffany no estuviera entre ellas.

No tuvo necesidad de evitar a King durante los días que siguieron. Simplemente, no estaba en casa. El trabajo se había duplicado tras la muerte de Harrison. Había numerosos problemas legales que resolver, y King tenía una nueva secretaria que tuvo que ponerse al día a base de duro esfuerzo. El apenas iba a casa, y cuando lo hacía, no se despegaba del teléfono.

Lettie seguía allí, porque Tiffany le había rogado que lo hiciera. La casa era grande y parecía vacía sin Harrison, pero la presencia de Lettie hacía que resultara soportable. Y en las raras ocasiones en que King estaba en casa, sus comidas no eran silenciosas. Lettie mantenía conversaciones consigo misma si nadie más participara, cosa que divertía mucho a Tiffany.

Dos semanas después, cuando Tiffany empezaba a acostumbrarse a la solitaria casa, se presentó otra inesperada complicación.

De pronto, empezó a devolver el desayuno. Nunca había tenido esa clase de problemas, y, a pesar de que era demasiado pronto para hacerse las pruebas, en el fondo supo que estaba embarazada. Al darse cuenta de cómo afectaría aquella noticia a su marido, pasó de la alegría al miedo en cuestión de segundos. Se llevó las manos protectoramente al estómago y gimió en alto.

No podía decírselo. King no querría tener el bebé, y tal vez

sugiriera alguna… alternativa. Y esa no era una opción que ella estuviera dispuesta a discutir. Iba a tener su bebé, aunque tuviera que huir y ocultarse. Eso significaba que debía mantener en secreto su estado.

Al principio fue fácil. King no estaba nunca en casa. Pero dos semanas después, según fueron disminuyendo las exigencias de su trabajo, empezó a llegar antes. Y se mostraba atento y cariñoso con Tiffany, como si quisiera reparar los duros comienzos de su matrimonio.

Ella tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para apartarse de aquellas dulces proposiciones, porque lo necesitaba más que nunca. Pero dejar que se acercara demasiado habría sido un gran riesgo. Su cuerpo estaba cambiando, y King no era ningún tonto. Viéndola desnuda, incluso un soltero como él habría apreciado ciertos cambios.

Y el comportamiento de Tiffany sorprendía a King, porque tras la muerte de Harrison su relación se había vuelto mucho más estrecha. Él había tenido que atender asuntos que lo mantenían alejado de casa, y no había querido exigirle nada a Tiffany tras la muerte de su padre, para darle tiempo a adaptarse. Pero ahora, de pronto, ella había empezado a hablar de volver a Nueva York para seguir con su profesión de modelo.

A King le preocupó aquella actitud. Se preguntó si, debido a su trabajo y a las gestiones para atrapar al contable, Tiffany habría llegado a la conclusión de que no estaba interesado por ella. Eso no era cierto. Pero cuando trataba de hablarle, Tiffany encontraba docenas de excusas para apartarse de su lado.

Incluso Lettie estaba extrañada, y lo comentó con su ahijada. Pero Tiffany se limitó a sonreír y a ignorar cada palabra que dijo. Ocultó sus náuseas incluso de su madrina. Nadie iba a amenazar la existencia de su bebé.

Hablaba de ir a Nueva York, pero, entretanto, no hacía más que buscar posibles rutas de escape. Podía volar a cualquier parte del mundo. Incluso sin la fortuna de su padre, contaba con la herencia de su madre, que le dejó una cantidad fija al mes con la que podría vivir bastante bien y hacerse cargo de su bebé. Todo lo que necesitaba era un lugar al que ir.

Una tarde, King la encontró rodeada de folletos de viaje, que Tiffany reunió y guardó de inmediato al verlo, como si la hubiera

atrapado robando.

—¿Planeando un viaje? —preguntó King, frunciendo el ceño.

—¿Quién, yo? ¡No! —Tiffany se aclaró la garganta—. Bueno, al menos, no de inmediato. Pensaba… —dudó mientras trataba de buscar una respuesta que despistara a King.

—¿Has tenido noticias de tu amigo Mark? —preguntó él bruscamente.

—¿De Mark? —Tiffany no había recordado últimamente a su amigo, aunque veía ocasionalmente a Lisa, y ésta si tenía noticias suyas a menudo—. Creo que está en Grecia, haciendo un anuncio de bañadores.

—Así es —replicó King pensativamente—. Vi al padre de Lisa en una reunión esta semana. Me dijo que Mark y su hija iban bastante en serio.

—Me alegro —dijo Tiffany—. Mark ha tenido una vida muy dura. Y, en ciertos aspectos, también Lisa. Su padre es excesivamente dominante. Espero que no esté planeando estropear las cosas.

—Al parecer, Lisa ha amenazado con huir si lo hace

—murmuró King y sonrió—. Supongo que el amor hace valiente a una mujer.

Tiffany podría haber hecho un comentario desagradable sobre Carla, pero se contuvo.

—¿Ya no desayunas? —preguntó King de repente. Tiffany se puso rígida.

—Yo… bueno, no, en realidad… no —balbuceó—. He adquirido malas costumbres tras la muerte de papá —añadió con una risa nerviosa—. El desayuno me recuerda demasiado a él.

—Pero ése no es motivo para que te mueras de hambre, ¿no?

Tiffany se movió en el sofá, incómoda.

—No me estoy muriendo de hambre. Lo único que sucede es que ahora desayuno en mi habitación.

King permaneció donde estaba, frunciendo el ceño, jugueteando con las monedas sueltas que llevaba en el bolsillo.

Tiffany miró su reloj y luego a él.

—¿No has vuelto a casa muy temprano? —preguntó. —Sí —King se acercó al sillón que había junto al sofá y se sentó en él—. He pensado que te gustaría saber que hemos atrapado al contable.

—¿De verdad?

King rió al ver la radiante expresión de Tiffany.

—Eres una chica vengativa —bromeó—. Sí, creía que ya se había librado. Estaba pasando el tiempo lujosamente en las Bahamas, en una isla privada, cuando un canalla le ha echado el guante, lo ha metido en un saco y lo ha enviado en barco hasta una playa de Miami, donde ha sido legalmente arrestado.

—¿Conocemos a canallas que hacen esas cosas? —preguntó Tiffany.

King rió.

Por supuesto.

—¿Le quedaba aún dinero?

—Todo menos algunos miles de dólares. Confesó en cuanto se vio enfrentado a la posibilidad de pasar varios años en prisión.

—Espero que no se libre con una palmadita en la espalda —murmuró Tiffany—. Si no hubiera sido por él, puede que mi padre aún estuviera aquí.

—Pasará dos o tres años en prisión y nunca volverá a conseguir un trabajo de confianza —explicó King.

—Supongo que eso es algo, pero tampoco nos devolverá a papa.

—Nada nos lo devolverá.

Tiffany cruzó las piernas a miró a King. Estaba inquieto e irritable.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Ojalá no tuviera que decírtelo.

Tiffany se irguió en el asiento, preparándose para lo que fuera. Después de todo lo que había pasado, se sentía capaz de soportar lo que fuera.'

—Adelante —dijo con firmeza—. Sea lo que sea, podré afrontarlo.

King la contempló unos momentos, fijándose en los rasgos de madurez que había adquirido su rostro.

—Cómo has cambiado, Tiffany —murmuró.

—Vamos, dime de qué se trata.

—De acuerdo —King se adelantó en el asiento y apoyó los codos sobre sus rodillas—. Quiero que vayas al médico.

Tiffany arqueó las cejas.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque estamos casados y ya llevo demasiado tiempo separado de ti —dijo King con franqueza—. Tienes que tomar alguna medida para no quedarte embarazada. Con un desliz ya es suficiente.

«Tranquila», se dijo Tiffany. «No puedes delatarte ahora». Tragó con esfuerzo.

—Dijiste que tú te harías cargo—replicó.

—Sí, ¿verdad? —dijo King, sonriendo irónicamente—. ¿Y recuerdas la eficacia con que lo hice? Tiffany se ruborizó.

—Fue… inesperado.

—Y exquisito —dijo King con suavidad—. Sueño con ello. He tratado de esperar, de darte tiempo para superar el trauma de haber perdido a Harrison. Pero lo cierto es que te deseo intensamente.

Tiffany sintió que las mejillas le ardían.

—De acuerdo —susurró—. Iré al médico.

—Buena chica —King se levantó y fue hasta el sofá, alargando las manos para levantar a Tiffany y estrecharla entre sus brazos—. Te echo de menos en mi cama —murmuró mientras inclinaba la cabeza —. Te deseo tanto…

Su boca cubrió la de Tiffany, qué no pudo evitar un gemido de placer al sentirse rodeada por los brazos de King. Alzó los suyos y lo rodeó con ellos por el cuello.

King bajó las manos a su cintura para estrecharla con más fuerza. Entonces, de pronto, se quedó muy quieto. Sosteniéndola rígidamente, alzó la cabeza y la miró directamente a los ojos. Y mientras Tiffany se preguntaba qué le habría hecho detenerse, él deslizó las manos con lentitud por su cintura y estómago.

Su expresión cambió. Tiffany supo el instante en que empezó a sospechar. Leyó en su rostro la conmoción, la tensión, el horror.

Se apartó de él, con el rostro rígido de dolor.

King dejó caer los brazos a los lados. La mirada que lanzó al vientre de Tiffany habría ganado un concurso fotográfico.

—¡No lo haré! —dijo ella, caminando de espaldas hacia la puerta —. No pienso hacer nada al respecto, ¡y no me importa lo que digas o hagas! ¡Es mío y pienso tenerlo! ¡Pienso tenerlo!

Se volvió y corrió hacia las escaleras, desesperada por alcanzar la protección de su dormitorio. Si lograba cerrar la puerta a tiempo, King no podría entrar. Pero vio de reojo que éste ya corría hacia ella. A la velocidad que iba, ni siquiera le permitiría alcanzar las escaleras.

Se volvió en el último segundo y corrió hacia la puerta principal, sintiendo que las náuseas le atenazaban la garganta. Abrió la puerta y olvidó la lluvia que había convertido el porche de baldosas en una

superficie peligrosamente deslizante. Sus pies resbalaron y cayó de espaldas violentamente, con un seco y duro golpe.

—¡Tiffany!

Tiffany apenas oyó la exclamación de King. Supo que se había roto cada hueso del cuerpo. Apenas podía respirar, y menos aún hablar. Miró sin ver el pálido rostro de su marido.

—Mi... Bebé —gimió.

King se arrodilló junto a ella y deslizó unas temblorosas manos por su cuerpo en busca de alguna rotura evidente.

—No trates de moverte —dijo, angustiado—. ¡Dios santo! —se levantó y volvió al umbral de entrada—.

¡Lettie! ¡Lettie, llama a una ambulancia! Tiffany se ha caído.

Lettie llegó corriendo al vestíbulo.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, asustada.

—No lo sé. Llama a la ambulancia.

—Sí, ahora mismo...

King volvió a arrodillarse junto a Tiffany y tomó una de sus frías manos entre las suyas. La lluvia caía insistentemente sobre el porche.

Tiffany respiraba entrecortadamente. Sus ojos estaban llenos de lágrimas. Se llevó una mano al estómago.

—Mi bebé —lloró—. Mi bebé...

—¡Oh, no! —murmuró King, tratando de secar sus lágrimas con el dorso de la mano—. Vas a estar bien, corazón, vas a estar bien... ¡Lettie! ¡Por Dios santo!

Lettie llegó corriendo y se detuvo en el deslizante porche.

—La ambulancia estará aquí enseguida —se agacho junto a Tiffany —. ¡Oh, querida! ¡Cuánto lo siento!

Tiffany no podía dejar de llorar, y notó que sus lágrimas afectaban mucho a King. Este sacó un pañuelo de su bolsillo y le secó las mejillas, murmurando palabras de aliento, tratando de consolarla. Tiffany cerró los ojos. Le dolía todo, y, probablemente, había perdido a su bebé. Nunca volvería a tener otro. King se encargaría de que tomara precauciones de ahora en adelante. Empezó a sollozar, desconsolada.

King apoyó una mano en su estómago, presionándolo con ternura.

—Trata de no preocuparte —susurró, y la besó con gran dulzura—. El bebé está bien. Sé que está bien.

Capítulo 11

TIFFANY no podía creer lo que acababa de oír. Abrió los ojos y miró directamente a los de King.

—Tú no lo quieres —susurró. King suspiró.

—Sí lo quiero —dijo él con suavidad—. Os quiero a los dos.

Tiffany estaba a punto de decir algo, pero antes de que pudiera encontrar las palabras, la ambulancia apagó incluso sus pensamientos al detenerse ante el porche.

Tras un rápido examen, lo enfermeros la pusieron en la camilla y la metieron en el vehículo. King fue con ella, prometiendo a Lettie llamar en cuanto supiera algo.

Tiffany sintió que King le tomaba una mano cuando la ambulancia se puso de nuevo en marcha.

—Siempre me estás llevando en ambulancias —susurró.

King le besó la mano con ternura.

—A donde tú vayas iré yo, Tiffany —dijo.

Llevaron a Tiffany a la sala de urgencias, y el médico de la familia, que casualmente estaba en el hospital, la revisó de arriba abajo.

El doctor Briggs sonrió cuando terminó de hacerle las pruebas y tuvo los resultados.

—Ya me he enterado de lo que te pasó en Montego con las aspirinas. Y ahora vienes aquí y te caes. Puede que el matrimonio no sea lo tuyo —bromeó.

—Sí lo es —dijo King, satisfecho, mirando a su mujer con evidente fascinación—. Y también lo será tener un hijo —añadió, mirando a Briggs con gesto interrogante.

El doctor asintió, sonriendo complacientemente al ver cómo se iluminó el rostro de Tiffany.

—Supongo que no habrá muchos problemas para deducir cuándo lo tendrás —añadió, sonriendo traviesamente.

Tiffany se ruborizó y King rió.

—Una vez —murmuró irónicamente—, y mira lo que has hecho.

Ella rompió a reír. No podía creer lo que estaba oyendo. Toda aquella charla sobre no querer hijos y allí estaba King, sonriendo de alegría porque iba a ser padre.

—Se pavoneará una temporada —le dijo el doctor a Tiffany—. Luego empezará a preocuparse y dejará de pavonearse hasta después del parto. Tendrás que animarlo a menudo. Los padres que esperan su primer hijo son muy frágiles.

—Necesitará un obstetra —murmuró King, mirando a Briggs—. No pretendo ofenderle.

—No me ofende —contestó el médico, sonriendo.

—Un buen obstetra.

—Desde luego.

—También habrá que buscar un buen colegio...

Tiffany fue a protestar, pero King estaba junto a la ventana, hablando consigo mismo, y el doctor Briggs alzó una mano.

—No lo interrumpas —dijo—. Está pensando en todas las familias adecuadas de la ciudad que tienen hijas. Tendrá que tener una esposa adecuada...

—Podría ser una niña —protestó Tiffany.

—¡Imposible! —dijo el doctor en tono burlón.

—¿No deberíamos comentárselo? —susurró Tiffany, mirando a King.

El doctor Briggs negó con la cabeza.

—Un hombre debe tener sueños dinásticos de vez en cuando —sonrió—. Estás bien Tiffany. Te saldrán algunos moretones, pero no hay nada roto, y el bebé está firmemente asentado. Llámame el lunes y te mandaré a un obstetra. Yo no me dedico a los partos. Me gusta dormir por la noche.

—¿Todos los bebés nacen de noche?

—Por lo visto, casi todos —dijo el médico, riendo.

King la llevó a casa, aún maravillado con sus descubrimientos, y entró con ella en brazos.

Lettie estaba en el vestíbulo, retorciéndose las manos.

—No habéis llamado —dijo en tono acusador.

—Estaba demasiado ocupado preparando la boda —dijo Tiffany.

Lettie la miró, sin comprender.

—¿La boda? ¿Qué boda?

—La de nuestro hijo.

—Hijo —repitió Lettie, que seguía sin comprender nada. Entonces, su rostro se iluminó—. ¡Estás embarazada!

—Sí.

Lettie se mordió el labio inferior y miró a King con gesto preocupado.

—Lo sé —dijo él con cautela—. Tendré que rectificar todas las tonterías que he dicho al respecto —se encogió de hombros, estrechando a Tiffany contra sí—. No sabía lo que iba a sentir —dijo en su propia defensa, y luego sonrió con tal ternura que Tiffany sintió que su cuerpo era recorrido por una descarga eléctrica—. Es una sensación increíble.

Tiffany sonrió y apoyó la mejilla contra su hombro.

—Tengo sueño —dijo, bostezando. King miró a Lettie.

—Voy a llevarla a la cama.

—Ese es el mejor lugar para ella —dijo Lettie con una cálida sonrisa—. Avísame si necesitas algo, querida —añadió, inclinándose para besar a su ahijada.

—Gracias, Lettie.

King sonreía de oreja a oreja mientras subía las escaleras.

—Tú no querías niños —murmuró Tiffany, adormecida—. Lo dijiste.

—Todos podemos cometer errores —contestó King, encaminándose a su dormitorio en lugar de al de Tiffany. Tras dejarla sobre la cama, añadió—: Sí quiero a este hijo. Con todas mis fuerzas. Casi tanto como a ti. Tiffany se ruborizó.

—King, el doctor Briggs ha dicho…

Él le cubrió los labios con un dedo.

—Ha dicho que el primer trimestre hay que tener cuidado —dijo, asintiendo—. No volveremos a hacer el amor hasta que el bebé esté en casa —se inclinó y la besó con ternura—. Pero sí dormiremos el uno en brazos del otro, como debimos hacer desde la primera noche, cuando aún eras una novia virgen, una preciosa princesa. Si tienes frío, yo te daré calor. Si tienes miedo, yo te protegeré. Y si quieres ser amada, yo te amaré. Así —sus labios acariciaron suavemente los de

Tiffany, saboreándolos. Luego apoyó su mejilla en la de ella y suspiró —. Te amaré con todo mi corazón —susurró—. Durante toda mi vida.

Tiffany contuvo el aliento.

—¿Me… me amas?

—Tanto como tú a mí —King alzó la cabeza y la miró a los ojos.—¿Creías que no lo sabía?

Tiffany suspiró.

—No. En realidad no.

—Eso era de lo único que estuve siempre seguro. Y a veces me preguntaba por qué me amabas. Te he dado muchos problemas. ¿Quieres seguir conservándome a tu lado, a pesar de todo?

Tiffany sonrió lentamente.

—Más que nunca. Alguien tiene que enseñar al bebé cómo llevar el negocio cuando crezca.

King rió.

—Entonces no te queda más remedio que seguir conmigo —acarició la mejilla de Tiffany, y su mirada reflejó lo encantado que se sentía—. Nunca soñé que entregar mi corazón a alguien que a su vez me entregara el suyo produjera esta maravillosa sensación —suspiró —. No creí que pudiera llegar a hacerlo.

—Yo sé por qué —dijo Tiffany, deslizando un dedo por los labios de King—. Pero nosotros no somos como tus padres, King. No tendremos sus problemas. Nos tendremos el uno al otro, y a nuestro bebé.

King empezó a sonreír.

—Así será.

Tiffany lo besó apasionadamente en los labios.

—Y ahora, trata de irte —susurró.

Él rió y volvió a besarla.

—Lo mismo digo.

Tiffany pensó que Lettie sería una madrina estupenda para su bebé, y en lo orgulloso que habría estado su padre. Le entristeció un poco pensar en él.

Pero entonces, su marido la rodeó con sus cálidos brazos, recordándole que en la vida, a cada dolor correspondía un placer. Cenó los ojos y sus pensamientos se perdieron en dulces melodías de nanas mientras la lluvia caía suavemente sobre el tejado.



DIANA PALMER (E.E.U.U., 1946) - Nacida Susan Spaethfue Kyle, es periodista y tiene más de 16 años de experiencia en publicaciones tanto diarias como semanales. En 1979 comenzó a publicar novelas románticas y ahora trabaja para tres editoriales de Nueva York: MIRA, Silhouette Books (historias contemporáneas) y Fawcett Books (narraciones históricas). Ha escrito más de 95 libros que han sido traducidos y publicados por todo el mundo. Entre los galardones que ha recibido destacan siete premios Waldenbooks, cuatro premios B. Dalton, dos Bookrak, todos ellos por sus ventas nacionales, un Lifetime Achievement Award de la revista Romantic Times Magazine, varios premios Affaire de Coeur y dos premios RWA.